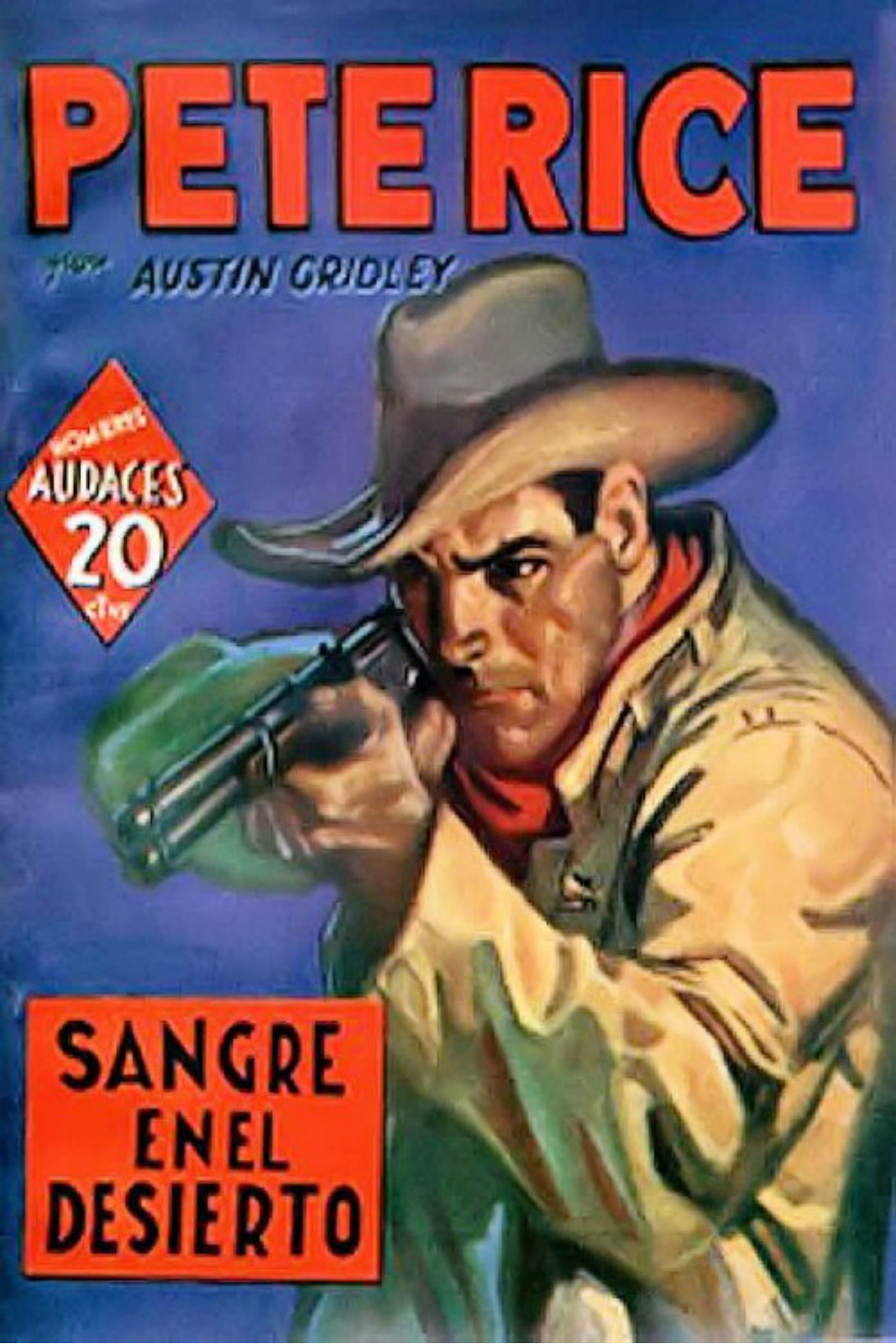


PETER RICE

con AUSTIN GRIDLEY

ROMANES
AUDACES
20
cliv

SANGRE
ENEL
DESIERTO



Sangre en el desierto

Austin Gridley
Pete Rice/13

CAPÍTULO I

EL ASALTO

La vela ponía una mancha amarillenta en la oscuridad de la choza. Su llama hacía destacar la rústica mesa y los rostros enmascarados de los que se sentaban a su alrededor.

Uno de los tres hombres miraba fijamente la botella de whisky que servía de candelero. Las venillas sanguinolentas de sus ojos denunciaban que era un bebedor y que hubiera deseado que aquella botella de whisky sirviera para algo más que para sostener una vela encendida. Se paso una mano por su rugoso cuello desmesuradamente largo. Sabía que si aquella noche “salían las cosas mal”, podría terminar colgado de una cuerda dentro de algunas semanas. La justicia era muy rápida en el distrito de Trinchera.

El hombre que estaba sentado junto a él extraía rápidas y nerviosas bocanadas de un cigarrillo de “mariguana”. Era una figura extraña. Vestía unos zahones verdes, como los que usan los “dandies” en la parte Sur de la frontera. No obstante, cuando habló, se expresó en un inglés razonablemente bueno y sin acento.

—Habrà que actuar con rapidez, ¿verdad, patrón? —preguntó.

El tercer miembro del grupo afirmó con un movimiento de cabeza.

—Sí. Con rapidez y eficacia. Cualquier titubeo en este asunto significa para nosotros una carga de plomo en la cabeza.

Este tercer individuo parecía diferente de sus compañeros. No estaba completamente enmascarado, pero llevaba un pañuelo azul con ranuras desiguales al nivel de los ojos. El pañuelo le rodeaba flojamente la boca, sin ocultar por completo sus hirsutas barbas rojizas. Su voz tuvo un tono de autoridad cuando se dirigió al Individuo del largo cuello.

—No disponemos de mucho tiempo. Pongámonos de acuerdo. Tú has conducido locomotoras en Méjico, de manera que será cosa fácil para ti. Y ganarás por el trabajo de una noche, más que un Presidente en todo un mes.

—Dinero es lo que necesito, patrón —dijo el del cuello largo—. Deme usted sus órdenes y yo las ejecutaré al pie de la letra.

El individuo del pañuelo azul —evidentemente el jefe— abandonó su asiento y, con pasos felinos, se dirigió hacia la puerta.

Escuchó atentamente; luego volvió y recuperó su asiento a la mesa.

—Subirás al tren junto al depósito del agua, y permanecerás oculto en el convoy mientras sube la cuesta. Nosotros saldremos antes y esperaremos cerca de la rampa.

—El tren tardará bastante en llegar allá —intervino el hombre de los zahones verdes.

—Así es —afirmó el jefe—. El maquinista tendrá que aminorar la marcha para trasponer la curva. Eso nos dará tiempo para subir. Pero antes de que el tren llegue a lo alto tienes que haber “anulado” al maquinista... y al fogonero también. ¿Entendido?

—Entendido, patrón —afirmó el hombre del largo cuello.

La voz del jefe continuó:

—Recuerda que el tren debe seguir su marcha. Todo depende de eso. Los del furgón no sospecharán nada si el tren continúa avanzando.

—¿No oirán las detonaciones cuando ataquéis al empleado de correo? —preguntó el del cuello largo.

—¡No te preocupes de eso! Tú haz tu trabajo y nosotros haremos el nuestro —.

El jefe se puso de nuevo en pie, se dirigió a la puerta y escuchó. Esta vez pareció satisfecho. De la parte del Valle de Agua Fría llegaba el eco del silbato de una locomotora.

—¡Ahí tienes tu carnaza! —dijo—. Baja por esa cuesta y sube al convoy. Pero antes de hacerlo quita a tu caballo la silla y la brida y arrójalas a la torrentera. Luego déjalo suelto. Volverá a la remuda mucho antes de que amanezca.

—Comprendido patrón —repitió el individuo del largo cuello.

—O.K., entonces. En marcha. No dejes que crezca la hierba bajo las patas de potro.

El cuellilargo salió al exterior, saltó a silla de su caballo y saludó a los dos hombres, que le observaban desde el dintel la puerta. A los pocos segundos desaparecía en la oscuridad. Se oyó en la noche el tableteo de su galope. Después todo volvió a quedar sumido en imponente silencio. El hombre de los zahones verdes miró significativamente a su jefe.

—¡Pobre diablo! —dijo—. Quizá no tengamos necesidad de matarlo.

Aún cubierto por el pañuelo azul, el rostro del jefe pareció adquirir una expresión dura y cruel.

—¿Te estás volviendo sentimental? —preguntó.

—No, pero...

—Dejemos esto. No hemos venido aquí a charlar. ¿Para qué repartir el botín entre tres? Descartado ése, tocaremos a mitad y mitad. ¿Tienes algo que objetar?

—Nada —contestó el de los zahones—. Después de todo, así será mejor.

Pero su penetrante mirada se clavó intensamente en el hombre del pañuelo azul. Aquella mirada era elocuente. Parecía decir “si éste mata al otro para aumentar su ganancia, ¿puedo yo sentirme seguro?”

No obstante, no dijo nada, y siguió al individuo del pañuelo hasta un alto chaparral. Allí los dos hombres montaron en sus caballos, y se alejaron en dirección opuesta a la que había tomado el primer individuo.

Sus cabalgaduras remontaron la larga rampa de los Pompanos y se perdieron en la neblina púrpura que la coronaba.

El haz de plata del farol de cabeza trazaba un sendero de luz delante de la locomotora. Los émbolos lanzaban chorros de vapor sibilante, mientras las enormes ruedas giraban vertiginosamente sobre los pulimentados ralles. Empezaba un tramo largo y duro hasta la cumbre de los Pompanos.

Bridges, el maquinista, enjugó la humedad de sus anteojeras y oteó el brillante sendero de luz. Después se volvió al fogonero cuyo rostro era como un óvalo iluminado el resplandor del hogar abierto.

—Arroja un poco más, Tom —dijo—. Hay una larga cuesta hasta la cumbre.

Tom Grogan, el fogonero, asintió con un gesto. Arrojó una paletada final de carbón se pasó la ennegrecida mano por la sudorosa frente.

—Pronto correremos cuesta abajo —dijo—. La máquina marcha bien.

Cerró la puerta del hogar, se recostó en a barandilla y miró camino adelante. Los Pompanos eran macizos y altos por aquel sitio. La luna, en cuarto creciente, surcaba los cielos, plateando los ingentes picachos.

—¿Crees, Jim, que llegaremos a su hora a la Quebrada del Buitre?

—Sobre eso puedes apostar todos los cactus de Arizona —aseguró Jim.

El viento de la marcha arrastró su voz sobre el techo del coche correo, enganchado detrás del tender, y la llevó hasta la larga línea de vagones de carga, que terminaban el convoy. La locomotora jadeó, atacando valientemente una pequeña curva antes de iniciar la subida.

Jim Bridges accionó la palanca. El jadeo de la locomotora fue en crescendo. Aumentó la velocidad. Arrojaba la chimenea negras bocanadas de humo. Bridges se asomó al exterior y miró hacia adelante, mientras el tren rodeaba otra curva, serpenteando por los plateados ralles.

Grogan abrió otra vez la portezuela del hogar, hundió su pala en el negro montón que tenía detrás y la levantó cargada de carbón. Pero no llegó a arrojar aquella paletada de antracita. Su musculoso corpachón se irguió, tenso, al escuchar la conminación de una voz:

—¡Manos arriba, muchachos! ¡Bien levantadas... y deprisa!

Bridges y Grogan se volvieron con las manos en alto. Un hombre de elevada estatura, largo cuello y rostro enmascarado, los miraba desde lo alto del tender, hundido en el carbón hasta los tobillos. Sostenía en cada mano un Colt del 45.

—Déjeme cerrar la válvula un punto —suplicó Jim Bridges—. Llegaremos a la cumbre dentro de un minuto y...

—¡Manos en alto he dicho! —rugió el enmascarado—. ¡Si paras la máquina, te paro yo a ti la vida!

El cuellilargo bandido se deslizó cautelosamente hasta la cabina. El resplandor del hogar puso estrías de sangre en los azules cañones

de sus Colts.

—Baja enseguida de ahí —ordenó a Bridges.

—Nos exponemos a que salte de los carriles al iniciar el descenso —objetó el maquinista.

—Baja he dicho.

Bridges obedeció la orden, abandonó su asiento y se colocó junto al fogonero. El rostro sudoroso de éste tenía una expresión extraña. Sus azules ojos parecían medir la distancia que le separaba del bandido del largo cuello.

El malhechor pareció adivinar la intención de Grogan.

—Piénsalo bien antes de hacer una tontería —le aconsejó—. ¡En cuanto hagas el menor movimiento, te mando a los infiernos!

Sonrió triunfal, enseñando sus dientes ennegrecidos por el tabaco.

—Si sois muchachos buenos y caritativos —prosiguió diciendo—. seguid mis órdenes. De lo contrario, vuestros compañeros del furgón correrán peligro. Después de acribillaros a vosotros abriré la válvula, y los que van allá atrás quedarán como ratas en un cepo.

Bridges y Grogan comprobaron la lógica de estas palabras y permanecieron inmóviles, mientras el bandido enfundaba uno de sus revólveres y se registraba un bolsillo con la mano izquierda. La sacó con un puñado de cordeles, que arrojó a los pies del fogonero.

—Te doy permiso para que te muevas lo indispensable para recoger esos cordeles —dijo—. Ata después a tu camarada, y cuida de hacerlo a conciencia. Yo lo comprobaré cuando termines, y si no quedo satisfecho, ¡estás listo! ¿Qué piensas? ¡Recoge esos cordeles! —rugió.

Grogan recogió las cuerdas y procedió a cumplir las órdenes. Cuando apretó el último nudo levantó de nuevo las manos.

—Ahora átate tus propios tobillos —ordenó el bandido, una vez más.

Grogan lo hizo así. El malhechor completó la operación ligando los puños del corpulento fogonero. Luego empujó a sus indefensas víctimas y las hizo caer sobre el carbón del tender.

Enfundó sus revólveres y saltó al puesto de mando. La palanca avanzó un punto bajo sus manos expertas. El tren aumentó su velocidad ligeramente.

El bandido concentró la mirada en el camino, y volvió la

palanca a su primitiva posición al percibir dos sombras bajo el chaparral situado a poca distancia de la vía. El tren volvió a aminorar su marcha.

Salió de las sombras una voz autoritaria.

—*All right*. Mantén la máquina así.

Se oyó remover de pies sobre la grava, y el hombre del pañuelo azul saltó al estribo de acero y trepó hasta el puente de la máquina. Le siguió el enmascarado de los zahones verdes.

—Mantenla a esta velocidad —repitió el individuo del pañuelo azul, dirigiéndose al bandido del cuello largo. Y añadió encarándose con el tercero:— Vamos ya. Hay que darse prisa.

Los dos recién llegados treparon al tender y se dejaron caer al “corredor ciego” —espacio comprendido entre el tender y el primer vagón. Pero en los trenes del Valle de Agua Fría— como el bandido jefe sabía muy bien —la delantera del corredor no era realmente “ciega”; el coche express, utilizado también para el correo, tenía una puerta que se cerraba por dentro.

En el trayecto Agua Fría-Quebrada del Buitre se llevaban valijas de muy poco valor y, por tal causa, la puerta del vagón permanecía sin cerrar la mayor parte del tiempo.

Esta vez, no obstante, dio la casualidad de que estaba cerrada. Pero el bandido jefe tenía pocas dudas de que Joe Deming, el empleado de correos, abriría la puerta cuando oyese su voz. Joe era un muchacho de buena fe, que encontraba muy bueno este mundo y confiaba ciegamente en sus habitantes.

El bandido jefe se quitó el pañuelo y se lo guardó en un bolsillo. No le importaba que Joe Deming le viese la cara. Joe Deming jamás podría contárselo a nadie.

—¡Abre, Joe! —gritó, golpeando la puerta.

Se oyó que alguien rebullía por allá adentro.

—¿Qué te pasa, Joe? —repitió la voz del bandido fingiendo una risa contenida—. ¿Por qué tardas tanto? ¿Es que te estás volviendo reumático?

Se oyó una risa ingenua al otro lado de la puerta y ésta no tardó en abrirse.

El rostro de Deming expresó la mayor sorpresa.

—¿Qué diantres...? —empezó a decir.

¡Crack! El Colt del bandido se abatió sobre el cráneo del

empleado de correos. El segundo golpe le derribó al suelo. El bandido jefe sacó un largo cuchillo, desgastado a fuerza de afilar. Su hoja se hundió una y otra vez en el cuerpo del desgraciado empleado. El bandido retiró luego el arma, la limpió en la camisa del muerto y la volvió a su vaina.

—Esto es mejor que un tiro —dijo fríamente a su compañero—. Los del furgón no habrán oído nada.

El tren seguía subiendo la cuesta, trabajosamente.

Joe Deming quedó de bruces sobre el suelo del coche. Continuaba aún en su rostro la expresión de asombro.

CAPÍTULO II

NUNCA SE SABE...

El bandido jefe saltó sobre el cadáver. Su compañero dio un rodeo, levantando cuidadosamente los pies para no mancharlos en la sangre que corría por el suelo del coche. Ambos hombres pasearon su mirada alrededor con fotográfica rapidez. Nada escapó a su cuidadoso escrutinio.

Había un pequeño cofre con bandas metálicas que contenía la remesa de oro Banco de Comercio de Agua Fría a su sucursal más importante de la Quebrada Buitre —razón por la cual hasta el confiado Deming había creído conveniente cerrar puerta. Había también dos sacas colgadas de unos ganchos de hierro.

—No te cuides del cofre —dijo el bandido jefe—. Coge una de estas sacas, y yo llevaré la otra. Estamos ya próximos a la cumbre y...

Se calló y escuchó. Se oía ruido de pasos sobre el coche del vagón. Rápidamente, pero con extremada calma, el bandido se tapó el rostro con el pañuelo azul.

—Alguien viene del furgón. Tendrá que bajar por la parte delantera —musitó el bandido de los zahones—. ¿Le disparamos?

—Tranquilízate —contestó el jefe—. Debe habernos visto desde la cúpula. Probablemente cree que somos un par de vagabundos que queremos viajar sin billete. Déjamelos a mí.

Sacó su revólver y se dirigió con felinos pasos hacia la parte delantera del vagón. Aparecían ya por la escalerilla un par de piernas con zahones. El bandido jefe esperó hasta que el individuo descendió a la plataforma. ¡Crack! El cañón de su revólver se abatió sobre la blanda gorra del ferroviario. Se doblaron las rodillas del empleado. El bandido le golpeó repetidas veces. El hombrecillo cayó al suelo. El bandido lo empujó con el pie y el cuerpo rodó a la

vía.

El individuo de los zahones no había permanecido ocioso. Había arrastrado las dos sacas hasta la parte delantera del coche. Los dos hombres las recogieron, cerrando la puerta y treparon al tren.

—Ya sabes lo que tienes que hacer —dijo el bandido jefe al cómplice del largo cuello—. Date prisa. Nosotros nos bajamos aquí.

Los dos hombres se arrojaron del tren en la oscuridad. El bandido del cuello largo hizo una mueca, agarró la palanca y abrió completamente la válvula. Entendía lo suficiente de conducir máquinas y evitó abrir las portas, para que la anormalidad de la maniobra no atrajera la atención de los empleados del furgón.

—¿Qué haces ahí? —gritó Jim Bridges—. ¿No ves que eso significa la muerte para todos nosotros, cuando descendamos por la pendiente?

El bandido se echó a reír. La velocidad iba aumentando ligeramente, pero él sabía que todavía podría saltar del tren, sin sufrir daño alguno.

—Alguna vez tenemos que morir —contestó con sorna—. Lo más probable es que vosotros acabéis de penar dentro de unos momentos. Pero si salís de ésta con sólo un par de piernas rotas, no dejéis de dar un recado mío a Pistol Pete Rice, en la Quebrada.

—¡Encárgate tú, con mil demonios, de llevar tus propios recados! —rezongó Grogan.

El bandido del largo cuello se revolvió, incendiados los ojos, en furia homicida. Pero matar a tiros a aquellos hombres era quebrantar las órdenes que había recibido de su jefe. “Nada de disparos... a menos que sea absolutamente necesario”, le había dicho. Las detonaciones darían la alarma a los que viajaban en el furgón.

—Se trata únicamente de que digáis a Pete Rice que tendrá muchos disgustos si trata de seguimos la pista —dijo el bandido—. Somos muchos los que formamos esta banda, y no tardaríamos en despacharle a él y a sus comisarios.

Se dio cuenta de que la máquina iba aumentando su velocidad. Descendió del puesto de mandos y se preparó para saltar. Tom Grogan se revolvió para observarlo, cargados de odio sus ojos azules. Grogan descendía de irlandeses. Había nacido en la Quebrada, pero tuvieron sus palabras un cierto acento de pillete de

puesto, cuando se dirigió al bandido.

—¡Que el diablo te hunda en los infiernos! —gritó.

—Espero verte allí algún día. Como tú irás primero, me podrás esperar. Hasta la vista, boys.

El bandido se arrojó de la máquina en salto audaz. Corrió perpendicularmente a la vía durante algún tiempo y después se dirigió hacia el Sur. Se detuvo para contemplar el convoy, que continuaba remontando la pronunciada pendiente. Al pasar el tren por una curva vio las luces rojas del furgón de cola. Dentro de unos momentos llegaría a la parte más elevada de la rampa y entonces...

El bandido esperó, decidido a oír los resultados de su trágica obra, ya que no podría verla, y se echó a reír cuando el ruido le dijo que el tren había llegado a la cumbre. No tardaría en deslizarse con velocidad de relámpago por la cortadura de la montaña. El bandido reía todavía cuando reanudó la marcha para reunirse con sus compañeros. Le estaban esperando bajo el alto chaparral, no muy lejos de la vía.

—¿Qué te ha retrasado? —preguntó el jefe—. Creí que tendríamos que esperarte toda la noche. Vamos, coge esta saca.

El jefe echó a andar a lo largo de la vía, dirigiéndose hacia el Sur. Sus dos compañeros le siguieron. El de los zahones verdes llevaba la segunda saca. El bandido del cuello largo aceleró el paso para alcanzar al jefe. Quería hablarle.

—Despaché lo más pronto que pude —dijo—. Abrí la válvula y entregué el recado para Pete Rice. Eso despistará al *sheriff*. Creerá que somos veinte, por lo menos.

El bandido jefe no contestó. Caminaba apresuradamente, con la mirada fija en el lecho de cenizas de la vía.

—¿Viste mientras subíais a alguien agazapado por aquí? —preguntó al fin.

—No. Ni un alma, patrón. ¿Por qué?

—Se trata del ferroviario que yo arrojé a patadas del tren. Estaba completamente seguro de que había caído bajo las ruedas. Pero hemos mirado a lo largo de la vía y no hemos encontrado rastro de él. Probablemente se nos ha escapado. Bien; no importa. Aunque me haya visto, no podrá reconocerme.

Por primera vez en aquella noche, el bandido sonrió. Era la sonrisa del que guarda en el pecho un delicioso secreto. El

individuo del largo cuello interpretó la sonrisa, como muestra de buen humor.

—Yo también tuve que liquidar a un individuo —dijo—. Pero me cuidé de cerciorarme de que estaba muerto antes de abandonarle —añadió orgullosamente—. Le descargué tres o cuatro culatazos en el cráneo, ¡y sentí que se le hundía como cuando se rompe una cáscara de huevo!

El jefe mostró cierto interés.

—¿Cuándo fue eso? —preguntó.

—Poco después de accionar la palanca. Debí de ser a una media milla de Todhunter. Parecía un vagabundo y estaba acurrucado en los topes, entre los coches. No me pareció bien dejar vivo a un testigo.

El bandido jefe se apartó de la vía y se metió en el chaparral. Sus compañeros le siguieron. Al cabo de algunos minutos llegaron a la entrada de un desfiladero, flaqueado por grupos de álamos. Una docena de caballos, ensillados y embridados, estaban atados a los árboles. El bandido jefe sonrió por segunda vez en aquella noche.

—No ha habido negocio mejor planeado que éste, aunque ello sea alabarme —dijo—. Ahora lanzaremos estos potros a través del desfiladero. Estaremos muy lejos cuando Pete Rice descubra el rastro de estos caballos y se encuentre chasqueado. Bien, muchachos, descansen un minuto.

Sacó un frasco del bolsillo de la cadera. Los ojos del bandido del cuello largo le observaban con avidez. El malhechor trató de halagar un poco a su jefe.

—Verdaderamente que está usted en todo, patrón —dijo—. Me gustaría ver la cara de Pete Rice cuando dé con estos caballos y descubra, que no tienen jinetes.

El bandido inclinó la cabeza para escuchar el ruido del tren, que se deslizaba vertiginosamente por la pendiente.

—¡Verá usted en cuanto traspongan esa curva! —exclamó—. Los prójimos del furgón podrán considerarse como hombres de suerte si llegan vivos a la Quebrada.

El jefe le alargó el frasco.

—Bebe un trago, camarada —le invitó—. Sí, tienes razón. Quizá lleguen vivos; quizá no. En estos tiempos nunca se sabe si va uno a ver amanecer. Nunca se sabe... nunca se sabe...

Miró significativamente al individuo de los zahones y su ojo izquierdo se cerró en rápido guiño. Después ambos ojos parecieron relampaguear. Contemplaban la espalda del bandido del largo cuello, ocupado en llevarse el frasco a los labios.

La mano del bandido jefe se apoyó en su cinturón. Un instante después estaba en su mano el cuchillo que había matado a empleado de correos.

Un rayo de luna arrancó un destello cuando se elevó la afilada hoja.

CAPÍTULO III

TOD CAREY

En la trastienda de la barbería de Hicks “Miserias”, en la Quebrada del Buitre, se encontraba un hombre alto y delgado sentado ante una tosca mesa que utilizaba como escritorio. Su mano gruesa y morena agarraba una pluma.

Sus angulares mandíbulas trabajaban afanosamente sobre un gran taco de goma de mascar, mientras escribía un informe que debía someter al Consejo de Supervisores del Distrito de Trinchera, Arizona.

Pero muchos detalles indicaban que el redactar informes era sólo una pequeña parte de sus ocupaciones. La fuerte mandíbula, los grises ojos de mirada penetrante, el bronceado rostro cubierto de cicatrices, las poderosas manos, y el Colt de culata de nácar que se apoyaba en su cadera, revelaban que este hombre era probablemente un luchador.

Pero realmente no existía tal probabilidad. Era un luchador, en efecto. Era Pistol Pete Rice, *sheriff* del distrito de Trinchera y famoso como autoridad de paz en todo el Sudoeste.

Acabó su informe, taponó la botella de tinta y se recostó en la silla. Llegaba de la barbería la voz ligeramente nasal de Hicks “Miserias”, que estaba cortando el pelo a un cliente e, incidentalmente, trataba de venderle un frasco de cierta medicina casera para la tos, los catarros, el garrotillo y el reuma.

Una sonrisa cruzó el rostro angular de Pete Rice mientras escuchaba. Quería a Hicks “Miserias” como a ningún otro hombre en el mundo. Lorenzo Michael Hicks tenía más valentía por onza en su diminuto cuerpo que cualquier otro habitante de Arizona. Pesaba solamente ciento veinte libras, pero como comisario de Pistol Pete Rice, no tenía precio.

No temía a nada ni a nadie, y con frecuencia su audacia disgustaba a su jefe. Cuando se enzarzaba a luchar con los malhechores, ora con los puños, ora con el cuchillo o el revólver, brillaba una luz casi fanática en sus azules ojos de irlandés, y una sonrisa peculiar iluminaba su rostro picado de viruelas.

Por otra parte, Hicks era un barbero más que regular. Sus clientes acudían de todas partes del Distrito de Trinchera, y no solamente para hacerse cortar el pelo, afeitarse, y hasta lavarse la cabeza, sino también para adquirir alguno de los variados remedios que poseía para las enfermedades, los dolores y las mataduras, igualmente aplicables a los hombres que a las bestias.

Hicks obtenía pocas ganancias, a veces, en absoluto, pero rara vez dejaba de ofrecer sus productos a los clientes. Había hablado tanto de sus variados remedios para las “miserias” que todo el mundo había olvidado su nombre de pila y le nombraba por aquel apodo.

La sonrisa del rostro de Pete Rice se agrandó cuando oyó que “Miserias” estaba ponderando las virtudes de su último expulsad dolores. El pequeño barbero-comisario había abandonado las tijeras y las había sustituido por un frasco que contenía un líquido lechoso. El líquido chispeaba espumante a cada movimiento de su delgado, pero musculoso brazo.

—No contiene más que hierbas y raíces —iba diciendo—. Las recogí yo mismo. Y enebro para darle un poco de olor. Verás qué bien te cura el enfriamiento, Lem. Ya sabes que el enebro es muy bueno para los resfriados.

—Ya lo creo —concedió el cliente—. La ginebra debe de contener mucho enebro. Yo, en cuanto me siento resfriado, echo un buen trago y me quedo como nuevo.

Pete Rice acentuó su sonrisa. Barruntaba que Lem Hanning, el cliente, se estaba burlando de Hicks “Miserias”. Pero éste no se daba cuenta de ello. Le cegaba su propio entusiasmo.

—No tienes más que tomar una cucharada antes del desayuno y otra después de la cena —aconsejaba “Miserias”—. Verás cómo no vuelves a acatarrarte en toda tu vida.

—¿Antes de desayunar y después de cenar? —repitió el parroquiano—. Pero, ¿y si no ceno?

El barbero-comisario continuó hablando, pero ante la objeción

de Lem dejó el frasco y acabó el corte del cabello. Lem Hanning le pagó el servicio y se dispuso a salir de la tienda.

—¿Qué hay del remedio para los constipados y la fiebre, Lem? —le preguntó “Miserias”.

—¡Oh!, a mí no me preocupa gran cosa —contestó el parroquiano, indiferente—. Ahora mismo entraré en “El Descanso del Vaquero” y me atizaré dos vasos de ginebra fuerte. Eso siempre me cura los catarros.

Y el cliente salió de la barbería.

—¡Recoyotes! —rezongó Hicks “Miserias”—. ¿Cómo te explicas esto, Pete? Ese viejo zorro de Lem Hanning está de acuerdo con todo lo que le he dicho de la medicina... y se va sin comprarme nada.

Los grises ojos de Pete Rice lloraban de risa, pero el *sheriff* se esforzó por ocultar la causa.

—Olvidas, querido “Miserias” —dijo—, que el hombre más difícil de convencer es el que está de acuerdo con todo lo que le decimos.

—¡Maldito imbécil! —siguió rezongando Hicks—. Tienes menos sesos que una alcachofa. Si tuviera algunos, conservaría ahora su hacienda en lugar de estar trabajando como peón en el almacén de Sam Hollis.

—Pues Sam dice que es un buen muchacho —defendió Pete—. Hoy día, compañero, el mejor hombre es el que trabaja para vivir y gana su dinero con su esfuerzo.

—Así es —confesó Hicks—. Pero eso de no cuidarse la salud...

Interrumpió su discurso y se dirigió a la parte delantera del establecimiento. Un joven de unos catorce años acababa de aparecer en la puerta. Tenía un rostro chato y pecoso, coronado por una maraña de cabellos rojizos. Era Tod Carey, hijo de Jim Carey, que desapareció un par de años antes. Pete había tratado mucho a Jim y había lamentado profundamente su muerte.

—¿Cómo te va, Tod? —le saludó “Miserias”—. ¿Vienes a cortarte el pelo? Serás mi último parroquiano, pues no tardaré en cerrar la tienda.

—No vengo a eso —contestó Tod Carey—. Acabo de llegar del Valle y quiero ver al *sheriff* Pete Rice.

El barbero-comisario señaló con gesto la trastienda.

—Ahí le tienes. Pasa, muchacho.

El joven entró en la trastienda. Su rostro se iluminó al reconocer la alta y musculosa figura del *sheriff*. Y Pete Rice sonrió también. Había hablado muchas veces con él muchacho cuando visitaba el rancho del padrastro de Tod, allá en el Valle de Agua Fría.

—¡Hola, Tod! —le saludó—. ¿Cómo estás? ¿Cómo sigue tu padre?

—Estamos muy bien, *sheriff*. Mi padre preguntaba por usted cuando salí de la hacienda.

—¿Ocurre algo por aquellos andurriales? —inquirió Pete.

—Nada. Vengo a verle a usted para otro asunto, *sheriff*. Le traigo algo del Valle ¿Quiere salir un momento?

Pete Rice siguió al muchacho hasta la barra donde estaban atados dos caballos, además del magnífico alazán de Pete, "Sonny".

Uno de los animales era un caballo pío, que mostraba en sus ojos falta de espíritu. Pero el otro causó a Pete Rice franca admiración. Era grande, recio, fogoso; magnífico ejemplar de garañón. Su cabeza se mantenía orgullosamente afecta, y brillaba su satinada piel con reflejos de terciopelo.

Pete Rice lo contempló en admirativo silencio. Su mirada recorría al garañón de cabeza a cola y de cuello a patas. El caballo relinchó. Se distendieron los poderosos músculos de su cuello al alargarse hacia Pete Rice, que le pasó su manaza por la satinada piel. Animales como aquél tenían una extraña fascinación para Pete Rice.

—Si no tuviera a "Sonny" —dijo, acariciando a su alazán—, te compraría este caballo, aunque me costase hasta el último centavo que tenga que pasar por mis manos.

El rostro de Tod Carey se iluminó con amplia sonrisa.

—Estaba seguro de que le gustaría, *sheriff* —dijo—. Por eso lo traje. Este garañón es mío, y yo se lo regalo.

Pete miró asombrado al muchacho. Después se echó a reír.

—No se puede negar que eres bueno y generoso, Tod; pero no puedo aceptarlo.

—¿Por qué no? —insistió Tod—. Es mío, puedo dárselo a quien guste.

—No quiero parecer desagradecido —dijo el *sheriff*—, pero este caballo vale demasiado. Nunca olvidaré que quisiste ofrecerme tan

magnífico animal. Pero guárdalo para ti.

—Pero mi padre dice que es demasiado fogoso para un muchacho de mi edad.

—Y posiblemente tiene razón, Tod. Este bicho tiene fuego en los ojos. —La mirada de Pete recorrió codiciosa el animal—. ¿Cómo le llamas, Tod?

—“Medianoche” —contestó el muchacho.

—Y seguramente merece el nombre. Tienes un caballo digno de...

Se volvió y miró calle arriba. Varios hombres, corrían por la acera de planchas de pino. Hopi Joe, el explorador indio, venía en la cabeza. Llevaba una buena delantera a los otros cuando llegó junto a Pete. Pero, no obstante, su respiración era normal. El indio señaló hacia la estación del ferrocarril Southern Arizona.

—Desgracias —dijo—. Estación del ferrocarril.

Los hombres blancos que llegaron a continuación fueron más locuaces.

—¡Cayó faena, Pete! —gritó uno de ellos—. Han robado el tren.

Pete Rice estaba ya a lomos de “Sonny” y orientó la cabeza del animal hacia la estación del ferrocarril.

Los excitados rancheros se agrupaban alrededor del caballo.

—El tren venía del Valle de Agua Fría —explicó uno—. Y le asaltaron cerca de la cumbre. Mataron a Joe Deming. Lo mataron con un cuchillo y...

Pero el resto de sus palabras quedó ahogado por el tableteo de los cascos de “Sonny” que ya galopaba hacia la estación.

El *sheriff* volvió la cabeza y vio que Hicks “Miserias” con las tijeras en la mano, corría por la acera. Evidentemente, “Miserias” tenía un parroquiano en la tienda... y el parroquiano se había quedado con el pelo a medio cortar. Pero el diminuto comisario rara vez reparaba en tales minucias cuando se trataba de servir a la justicia.

CAPÍTULO IV

LA PRIMERA SOSPECHA

Reinaba gran excitación en el depósito del Southern Arizona. Una multitud rodeaba la locomotora del tren de Agua Fría y hablaba con Jim Bridges, el maquinista, y con Tom Grogan, el fogonero.

Pete saltó de su caballo y se abrió paso por entre la gente.

Bridges y Grogan no daban paz a la lengua contestando preguntas, ni a las manos frotándose las rozaduras que presentaban en sus muñecas.

—¿Qué ha sucedido, Jim? —preguntó Pete.

El maquinista avanzó hacia el coche express enganchado detrás del tender. A pesar de su corpulencia y de la dureza de sus facciones, había lágrimas en sus ojos.

—Joe Deming —sollozó, y no pudo continuar hablando durante algunos segundos. Después continuó:— El mejor muchacho de la línea... y yo fui el que le incité a viajar.

La mirada de Pete Rice había tenido hasta entonces la dureza y la frialdad del ágata, pero se dulcificó al estrechar la manaza del corpulento Jim.

—Ya atraparemos al miserable que lo mató, Jim —dijo—. Es cierto que esto no volverá la vida al pobre Joe, pero lo vengaremos.

Tres hombres retiraron del coche express el cadáver del empleado de correos y lo depositaron suavemente sobre el andén. Bridges se emocionó otra vez, y Pete interrogó al fogonero.

—¿Qué sucedió, Tom?

—Fue al otro lado de la montaña, *sheriff*. Estábamos remontando el último tramo. Yo me disponía a echar una paletada de carbón en el hogar cuando, a nuestra espalda, un individuo nos gritó que levantásemos las manos. Luego me obligó a atar a Jim, y él me ató

a mí después.

—¿Qué aspecto tenía?

Grogan describió al bandido del largo cuello, y añadió:

—Debía de tener alguna experiencia en la conducción de máquinas. Manejaba la palanca como un veterano.

—¿Entró en la cabina?

—Estaba en lo alto del tender cuando gritó por primera vez. Probablemente había estado escondido en el “corredor ciego”.

—¿Iba solo?

—No. Subieron otros dos bandidos, pero estábamos en una posición que no nos permitía verlos. Sólo oímos sus voces. Entraron en el coche express. No sonó ninguna detonación, y no pudimos imaginarnos que hubiesen matado al pobre Joe. Más tarde lo encontramos muerto a cuchilladas.

Jim Bridges continuó el relato. Contó que el bandido del largo cuello había abierto las válvulas, lanzando el tren cuesta abajo a terrible velocidad.

—¿Pero cómo conseguisteis detenerlo? —preguntó Pete.

Bridges señaló hacia la plataforma en la que se veía un hombre de mediana edad rodeado por otro grupo de curiosos.

—El conductor sospechó que ocurría algo anormal cuando descendíamos por la pendiente y, trepando por los techos de los coches, vio que estábamos inermes y detuvo la máquina.

Pete avanzó por entre los curiosos y habló con el conductor. Este se mostró casi confuso cuando el *sheriff* se refirió a su heroica acción.

—Era una cosa que me correspondía —dijo;— era mi tren. El guardafrenos había sido golpeado y arrojado del convoy... como descubrimos después.

El conductor se dirigió a un individuo de ropas desgarradas y sucias que llevaba en la cabeza una venda manchada de sangre.

—Este es Jake, el compañero de que estoy hablando —dijo al *sheriff*.

El aporreado guardafrenos logró sonreír dolorosamente.

—Al principio creí que había llegado el final de mi vida, pero comprendí que tenía que reunir todas mis fuerzas. La cabeza me zumbaba como un nido de abejas. Apreté bien los dientes, me arrastré hasta el chaparral... y perdí el conocimiento.

El guardafrenos se pasó la mano por la cabeza.

—Tuve la suerte —continuó—, de que los bandidos tuviesen demasiada prisa para gastar el tiempo en buscarme. Más tarde, cuando mis compañeros descubrieron mi desaparición, hicieron retroceder el tren, y en cuanto yo lo vi salí de mi escondite. Me subieron al furgón, y sólo hace unos minutos que el doctor Buckley me ha vendado la cabeza.

Pete masticaba, goma lentamente.

—¿Pudiste ver al bandido que te golpeó?

—Ya lo creo. El antifaz no le ocultaba por completo el rostro. Pude ver que gastaba patillas bastante mal cuidadas.

Pete decidió no perder más tiempo en interrogatorios.

—Voy a reunir una partida de caballistas —dijo al conductor—. Pero hay una gran distancia de aquí a la cumbre y todo es cuesta arriba. Me parece que sería mejor meter nuestros caballos en el tren.

—Por mí no hay inconveniente —contestó el conductor—. Haremos todo lo que esté en nuestra mano para ayudarle.

Pete volvió al grupo que rodeaba a Bridges y Grogan. Hopi Joe, el explorador indio, varios de los íntimos amigos de Pete, Sam Hollis, Curly Fenton y otros, se habían unido a la multitud.

—¡Si alguno de vosotros quiere figurar en el grupo de caballistas que voy a organizar, que vaya a buscar su caballo enseguida! —ordenó Pete—. Embarcaremos los animales y así no se cansarán y ganaremos tiempo.

La multitud se dispersó rápidamente. Se consideraba como un privilegio el figurar entre los caballistas de *Pistol* Pete Rice. El *sheriff* de la Quebrada organizaba aquellos grupos sólo muy rara vez. Él y sus dos comisarios, Hicks “Miserias” y Teeny Butler, eran por lo general más que suficientes para cualquier conflicto.

Pero a Pete Rice le gustaba obrar sobre seguro. Recordaba las palabras de Grogan y Bridges acerca de lo que el bandido del largo cuello había dicho: “Somos muchos hombres en la banda. Aniquilaremos a Pete Rice y sus comisarios.” La eficacia, y no el temor, que Pete nunca había conocido, le impulsaba a reunir el grupo de caballistas.

El *sheriff* llamó a Hicks “Miserias” que todavía llevaba puesta la blanca blusa de su oficio. “Miserias” se acercó corriendo.

—Voy a organizar una partida, “Miserias” —le explicó Pete—. Corre a la cárcel y tráete un par de rifles y muchos cartuchos.

—¿Qué hacemos de Teeny? —preguntó “Miserias”. Seguro que se disgustará si prescindimos de él.

—Tienes razón. Creo que se encuentra probando potros en el rancho de la Luna. Que vaya alguien a avisarle en enseguida. Hay poco más de una milla y nos llevará un poco de tiempo meter los caballos en el tren.

“Miserias” se apresuró a desaparecer calle abajo. Sam Hollis, Curly Fenton, Hopi Joe y varios otros, ya estaban de vuelta con sus caballos. Pete encargó a Hollis que embarcase los animales en el tren. Estos fueron conducidos al muelle de carga, y de él, a dos vagones ganaderos.

La operación estaba casi terminada cuando Teeny Butler, el otro comisario de Pete, apareció sobre su caballo gigante.

Teeny Butler, por otro nombre William Alamo Butler, era el hombre más corpulento del distrito de Trinchera. Aunque Pete Rice era alto, Teeny le aventajaba en estatura. Pesaba muy cerca de las trescientas libras, y, sin embargo, había poco exceso de grasa en su gigantesca armazón.

El comisario se apeó de su caballo con la agilidad y la gracia de un jovenzuelo. A los pocos momentos, ya estaba al corriente de todos los detalles, que le comunicó el *sheriff*; después corrió a ayudar a Sam Hollis en el embarque de los caballos.

El veterano conductor se aproximó a Pete.

—Todo está ya dispuesto, *sheriff* —le dijo.

—Nosotros estaremos listos también dentro de unos minutos —contestó Pete—. ¿Has reunido todos tus hombres? ¿Estará el guarda frenos en condiciones de viajar?

—¡Oh, sí! Jake es un hombre de hierro. No perdería una excursión como ésta por nada del mundo. Pero estoy buscando a mi ayudante. No lo veo por aquí.

La mirada de Pete adquirió la dureza y el brillo del diamante.

—¿Quién es? —preguntó.

—Se llama Raggan. Parecía muy buen muchacho y trabajaba bien.

—¿Y ahora le echas de menos? ¿Qué más sabes de él?

—No mucho, *sheriff*. Raggan es nuevo en la línea. Sólo hace dos

semanas que trabaja en ella.

—¿Y no sabes nada más?

—Creo... que no. —El conductor parecía confuso. Su natural honradez le impedía denigrar el carácter de ningún hombre.

—Escucha, compañero —dijo Pete lentamente—. El individuo que mató a Joe Deming no anduvo remiso en actuar. Ni siquiera le dio ocasión para defenderse. Todos tenemos que contribuir a capturar a aquel miserable. Si tú callas algo, no nos ayudarás. Hablemos claro. Tu ayudante puede ser un hombre honrado y puede ser un criminal. Y el que trata de proteger a una culebra de los rayos del sol, puede resultar mordido cuando el sol le dé en sus propios ojos.

El conductor pareció impresionarse con las palabras de Rice.

—Bien; reconozco que tiene usted razón. No es que yo tenga nada que decir contra Raggan; pero cuando nos detuvimos en el tanque de Todhunter para tomar agua, vi que hablaba con un individuo.

Hizo una pausa y continuó:

—Casi podría jurar que aquel individuo subió al tren. Son estos tiempos muy duros y, a veces, hago la vista gorda con los desgraciados que pretenden viajar sin billete.

—¿Qué aspecto tenía aquel hombre? —inquirió Pete.

—Eso es lo que me trae preocupado. Oí a Jake, el guardaferros, que el bandido que lo golpeó tenía una barba muy estropajosa. Y el individuo con quien Raggan estuvo hablando... ¡tenía barba también!

El *sheriff* atravesó la multitud como una bala y corrió hacia un rail donde estaban atados varios caballos. Sus dueños, interesados en los acontecimientos, se habían agrupado alrededor de Bridges y Grogan, cerca de la locomotora.

Pete creía que Raggan habría aprovechado la ocasión para huir en uno de los caballos. Un momento después vio que esto era, en efecto, lo sucedido.

Un individuo cabalgaba en aquel instante calle abajo, en dirección a la oficina de Pete, sobre un caballo muy nervioso. A la primera mirada, Pete comprendió que no se trataba de un jinete muy experimentado.

El jinete mantenía su caballo a medio galope, pero el *sheriff* lo

atribuyó a que quería no llamar la atención; un extraño abandonando a toda prisa el poblado no tenía más remedio que despertar sospechas. Indudablemente, Raggan se proponía tomar uno de los caminos que arrancaban del pueblo para correr después a toda velocidad.

El *sheriff* no perdió el tiempo. Ni siquiera se preocupó de volver a la estación para recoger a “Sonny”.

Eligió un potro de resistente aspecto que tenía un rollo de cuerda atado al arzón, saltó a la silla y se lanzó como una flecha calle abajo. El desconocido jinete miró hacia atrás y espoleó los ijares de su caballo, que arrancó a todo galope.

CAPÍTULO V

EL JINETE SOLITARIO

El *sheriff* sabía que era cuestión de tiempo —de muy poco tiempo, además— el alcanzar al fugitivo. El individuo no sabía montar, y unos centenares de metros más allá Pete podría arrancarle de la silla con su lazo. El *sheriff* clavó, pues, las espuelas a su caballo y éste salió disparado como una flecha.

El ferroviario castigaba furiosamente los flancos de su cabalgadura, y ya empezaba a llamar la atención. Pero la mayor parte de los hombres del pueblo se había congregado en la estación del ferrocarril. Raggan, continuaba avanzando sin tropiezo. Se encontraba ya a la altura de la cárcel, junto a las oficinas de Pete Rice.

El *sheriff* vio entonces que surgía un hombrecillo del oscuro callejón. Era Hicks “Miserias” que volvía con dos rifles y una bolsa de balas. El comisario-barbero llevaba también sus boleadoras. Era un arma compuesta de dos esferas de metal atadas a los extremos de una cuerda de cuero.

Pete vio que las boleadoras empezaban a describir círculos sobre la cabeza de “Miserias” impulsadas por éste. Un instante después surcaban, girando, el aire. Las boleadoras se enroscaron en las patas del caballo de Raggan. El animal trompició y cayó.

Pero Raggan reaccionó con la velocidad de la luz y consiguió caer en pie y echar a correr como un desesperado. Pete vio otra figura —todavía más pequeña que la de “Miserias” que se interpuso ante el fugitivo Raggan con la maestría de un jugador de football. Era Tod Carey, que se encontraba ante la barbería, ocupado en desatar su potro de la baranda.

El choque hizo rodar por tierra a Raggan y al jovenzuelo. Raggan se revolvió. El joven no era enemigo para él; apenas podía

parar sus puñetazos, y se limitó a mantenerse agarrado a sus tobillos con ambas manos hasta que acudió Hicks “Miserias” en su ayuda. Raggan logró ponerse en pie una vez más, pero no tardó en rodar nuevamente por el suelo, golpeado por los puños de “Miserias”.

Durante uno o dos segundos, Pete Rice no pudo ver otra cosa que una densa nube de polvo. Después distinguió que ambos hombres estaban en pie aporreándose sañudamente. Pete refrenó su cabalgadura y saltó a tierra con rapidez, pero “Miserias” le suplicó que le dejase entenderse con aquel “coyote”, y el *sheriff*, que conocía bien la fortaleza de los puños del barberillo, se abstuvo de intervenir.

Al poco rato la despreciativa expresión del rostro de Raggan se cambió en asombro al recibir uno de los terribles directos de Hicks. El barberillo, en cambio, tuvo que encajar un mazazo a la mandíbula. Salió despedido hasta la baranda de su tienda, pero pareció rebotar como una pelota de goma, sacudiendo puñetazos a diestra y siniestra sobre él rostro de su enemigo.

Aquello fue el final de Raggan. Los mazazos le llovían por todas partes, sin que él pudiera apenas devolver ninguno.

—¡Ande con él! —gritaba el excitado Tod Carey—. ¡Aplástele como si fuera...!

El muchacho cesó de gritar al ver que Raggan se desplomaba alcanzado por un “swing” del barbero. “Miserias” se agachó y levantó en vilo a su rival. De dónde sacaba fuerzas aquel cuerpecillo esmirriado, era un misterio. Pero lo cierto es que la fuerza estaba allí cuando “Miserias” la necesitaba.

—¿Por qué lo perseguías? —preguntó al *sheriff*.

—Eso lo averiguaremos ahora —contestó Pete—. Raggan, ¿qué tienes que decir en tu justificación?

El ferroviario, respirando todavía trabajosamente, sostuvo la mirada de acero de Pete.

—No sé a lo que se refiere usted —contestó.

—¡De sobra sabes a lo que me refiero! ¿Quién era aquel individuo de las patillas con quien estuviste hablando en Todhunter? ¿Qué fue de él? ¿Por qué tratabas ahora de huir?

El rostro del ferroviario palideció intensamente. Su boca se apretó como un tornillo.

—¿No has oído lo que te pregunto? —repitió Pete.

—Nada tengo que ver con el asalto al tren, si es eso a lo que usted se refiere.

—Contesta a mis preguntas.

—Nada tengo que contestar hasta que vea a un abogado —insistió Raggan con decisión.

El *sheriff* no perdió más tiempo.

—Enciérralo en un calabozo, “Miserias” ordenó —. Después coge tu caballo y ven a la estación lo más pronto que puedas. Más tarde nos ocuparemos de esta buena pieza.

Una mano se agarró a la manga de Pete. Tod Carey miraba suplicante al *sheriff*.

—¿Puedo ir con usted? —preguntó.

Pete sonrió al jovenzuelo.

—Eres un muchacho valiente, Tod; me gusta tu temple. Veo que no le tienes miedo a nada. Este hombre pesa el doble que tú y no lo dejaste escapar. —El rostro del *sheriff* se revistió de seriedad—. Pero esta tarea es para hombres, Tod. No quiero chiquillos a mi lado.

—Pero si yo no estorbaré —insistió Tod.

—Puedes estorbarles a las balas. No, Tod. Lo siento muchísimo, pero es cosa decidida.

—¿Pero no podré meter mi caballo en el vagón? —suplicó Tod —. Me ahorraría un largo viaje hasta casa. Y escuche, *sheriff*: no he querido decírselo antes porque quizá no le guste a mi padre; hay un malhechor que ronda por el Valle. Le llaman Gila Kid. Tiene asustada a la gente de aquellos contornos. Y hasta pudiera suceder que estuviera mezclado en lo del asalto al tren.

—*All right*, entonces —concedió Pete—. Voy a entrar en la cárcel un minuto. Vete a la estación y preséntate a Teeny Butler. Dile que estoy conforme en que metas tu caballo en el vagón.

—Gracias, patrón —contestó Tod. En su pecoso rostro se dibujó una mueca maliciosa mientras seguía con la mirada a Pete y “Miserias”, que se metieron por el callejón de la cárcel con su prisionero.

Encerrado ya Raggan en la prisión, Pete y “Miserias” se apresuraron a regresar a la estación del ferrocarril.

Teeny Butler y Sam Hollis lo tenían todo dispuesto. Los caballos —excepto los de Pete y “Miserias”— habían sido embarcados en los

vagones ganaderos. Antes de abandonar la estación, Pete Rice, siempre en todo, se cuidó de que cargasen en el tren varios tablones procedentes de los almacenes. No había muelle de carga en el Valle de Agua Fría y exigiría demasiado tiempo construir una rampa para que desembarcasen los caballos.

Pero el *sheriff*, familiarizado con todos los rincones del Distrito de Trinchera, recordó que existían unos peñascos muy cerca del sitio del asalto, en los que podrían apoyarse los tablones formando una suave rampa para el desembarque de hombres y ganado.

Pete hizo una seña al conductor cuando todo estuvo listo. La locomotora silbó estridentemente. Salió de su chimenea un negro chorro de humo, y el tren se puso en marcha, iniciando la ascensión a los Pámpanos.

Al llegar a los peñascos, a una milla de escena del asalto, fueron tendidos los tablones, y los caballos descendieron del convoy. Los hombres se reunieron esperando órdenes de Pete. El joven Tod Carey se aproximó al *sheriff*.

—Iba a preguntarle, patrón —dijo—, si podría seguir con ustedes... aunque sea en la retaguardia. No estoy lejos de casa ahora, pero no creo que me deje usted marchar solo. Los salteadores del tren quizá se encuentren todavía por esta región...

Pete Rice le miró con severidad.

—Nos proponemos partir ahora mismo —contestó—. Ese potro tuyo no podría seguirnos.

Tod repitió su mueca de pillete.

—Ya sabía yo que no podría, *sheriff* —confesó—. Por eso no me lo traje. Fue el garañón blanco el que metí en el vagón. Usted mismo dijo que “Medianoche” era demasiado fogoso para mí. ¿No podría usted montarlo y cederme su alazán, que está mucho mejor domado?

—Perfectamente —accedió Pete para ahorrar tiempo—. Reconozco que has arreglado de tal modo las cosas, que no puedo evitar que nos acompañes. Monta en “Sonny”. Marcharás entre mis comisarios Hicks y Butler.

—Gracias... muchas gracias, patrón.

Pete saltó al lomo de “Medianoche” y maniobró el caballo para colocarlo a la cabeza de la cabalgata. “Medianoche” levantó sus cascos en protesta. Se distendieron sus poderosos músculos. Daba la

impresión de un muelle de acero a punto de libertar su oculto poder.

Pete tiró de las riendas con un rápido movimiento de las manos. El muelle de carne se disparó en el aire, con el lomo arqueado y la cabeza entre las patas delanteras. El animal volvió a posarse en tierra con las cuatro manos a un tiempo. Empezó a hacer la rueda y a corvetear. Pero Pete Rice continuaba graciosamente en la silla, resistiendo todos los embates con increíble naturalidad.

“Medianoche” disparó ambas patas delanteras hacia la aterciopelada negrura de la noche. Se encabritó furioso. Pero un momento le bastó para reconocer una mano maestra en las riendas, y se tranquilizó. Ahora bien; en cuanto Pete asentó su peso en la silla volvió a la carga con renovada energía.

Pete continuaba tan tranquilo. Su amplia boca se abría en complacida sonrisa. Iba a enseñar a “Medianoche” quién era el amo... y a enseñárselo rápidamente.

—Preparaos a correr de firme, muchachos —ordenó.

Acto seguido clavó las espuelas en los flancos de “Medianoche”, y por si esto fuera poco, se echó mano a la pistolera y descargó su 45 a un par de pulgadas de la oreja derecha del enfurecido garañón.

“Medianoche” saltó como una pantera. ¡Bang! Ladró de nuevo el 45 de Pete, lanzando hacia el cielo una culebrina de fuego. El caballo arrancó a espantosa velocidad. Pete palmoteó la poderosa cabeza y acarició la suave crin erizada por el viento.

—¡Ahora todo va bien, muchacho! —gritó al animal—. ¡Ahora te portas como es debido! —El garañón siguió galopando furiosamente. Pete le mantenía tensas las riendas, mientras el grupo de jinetes le seguía a unos centenares de metros de distancia.

Llegaron al lugar del asalto en cosa de pocos minutos. Pete refrenó su cabalgadura y conferenció con Hopi Joe, el explorador indio. Joe se había inclinado sobre algunas huellas que se notaban bajo el chaparral.

—¿Qué opinas, Joe? —preguntó el *sheriff*.

—Tratarse de doce caballos. Quizá más —contestó el indio.

Pete Rice guardó silencio un momento. Luego dio la vuelta al caballo y se aproximó a Tod Carey.

—Escucha, Tod —le dijo—. Quizá no tardemos en tener jaleo. No sé si debo o no llevarte conmigo.

El joven Tod defendió su causa elocuentemente.

—¡Oh, patrón! Yo quiero ser *sheriff*, como usted, cuando sea mayor. Me gustaría ver cómo se hacen estas cosas, ¡lléveme, se lo suplico!

Pete no tuvo corazón para rehusárselo.

—Bien. Si nos atacan, te apearás inmediatamente de tu caballo y buscarás cobijo. No abultas mucho, pero no te falta inteligencia. Y desde los tiempos en que el pequeño David mató al gigante Goliath, el cerebro siempre ha valido mucho más que el tamaño y la fuerza.

El *sheriff* dio a su atezado rostro una expresión severa.

—Y ahora vas a obedecer mis órdenes, Tod. Tienes que acostumbrarte a obrar con nobleza. Me engañaste antes... cuando me hiciste el cambiazco de tu potrillo por “Medianoche”. No quiero volver a cogerte en semejante falta. Te perdonaré por esta vez.

—Gracias, patrón —dijo Tod con humildad—. Es usted noble y franco. ¡Así seré yo de aquí en adelante, aunque viva cien años!

—Es el único camino para andar por la vida —aconsejó Pete—. Una reputación dañada es como un vaso roto. Puede componérsele, pero siempre se nota la rotura. Bien; vamos a continuar la marcha.

Pete se puso a la cabeza de la columna, acompañado de Hopi Joe. Entraron en un estrecho desfiladero. Espesas malezas cubrían de trecho en trecho el terreno, haciendo difícil seguir las huellas. Pero Hopi Joe seguía avanzando sin el menor titubeo. Cada señal, cada rastro, era como una página escrita para su mirada, acostumbrada a explorar el suelo.

El aire iba rarificándose a medida que iban adentrándose en el desfiladero.

La luna parecía una astilla de plata sobre los negros picachos de las alturas.

Hopi Joe no volvió a observar nada... excepto en una ocasión. Se apeó de su caballo y se aplastó contra el suelo, como un podenco que olfatea.

—No estar muy lejos ahora —dijo—. Estas huellas ser frescas.

Pete se dirigió a sus hombres.

—Tratad de que los cascos de vuestros caballos no suenen en las piedras —ordenó—. Caminad por las malezas, a ser posible. Joe dice que estamos ahora muy cerca de los bandidos. Es preciso no darles la alarma.

El grupo de jinetes avanzó más silenciosamente, siguiendo las sugerencias del *sheriff*. Nadie pronunció una palabra. No se oía otro ruido que el que producían los caballos al pisotear hierbajos y malezas.

¡Bang! La explosión despertó mil ecos en el estrecho desfiladero. Pete se volvió rápidamente, echando fuego por los ojos. Uno de sus hombres había disparado aquel tiro. El *sheriff* se aproximó al culpable. Este era un vecino de la Quebrada, sempiterno, haragán, la mayor parte del tiempo sin ocupación alguna.

—¿Por qué hiciste eso, Preston? —preguntó Pete—. ¿Qué papel desempeñas tú en este asunto? ¿Tratabas de dar la alarma a algunos de tus amigos?

—Lo lamento mucho, *sheriff* —contestó Preston—. Quizá no debí hacerlo. Pero mi caballo estaba a punto de pisar la cola de una culebra, y para evitar que le mordiera, tuve que disparar sobre el reptil.

—¿Dónde lo encontraste? —preguntó Pete, pintada la sospecha en sus grises ojos.

—Se deslizó por aquella resquebrajadura y desapareció entre las rocas.

Pete registró el sitio señalado por Preston. Había allí un montón de peñascos rodeados de matojos. No había tiempo de seguir más adelante para continuar la investigación. El *sheriff* no dijo nada más. Dio la vuelta a “Medianoche” y volvió a ponerse a la cabeza de la cabalgata. Pero se proponía vigilar a Preston.

Cuando seguía una pista, Pete Rice nunca sospechaba de ningún hombre sin razón. Pero, por otra parte, tampoco concedía patente limpia a nadie... con la excepción, naturalmente, de Teeny Butler e Hicks “Miserias”.

Tres cuartos de milla más allá, el desfiladero se ensanchaba para desembocar en un valle cubierto de abundante hierba. La cortadura se elevaba imponente por tres de sus lados. El único abierto era aquel por donde se filtraba ahora el grupo de jinetes.

Pete miraba hacia adelante, tratando de escudriñar en la obscuridad. Allá lejos había varios caballos. Al aproximarse más, pudo ver que estaban ensillados y embridados. Pastaban tranquilamente, levantando de vez en cuando sus cabezas, como para averiguar la identidad de los recién llegados.

La mano del *sheriff* se dirigió rápidamente a su pistolera. ¡Caballos sin jinetes, embridados y ensillados! ¿Significaría que los bandidos estaban durmiendo? Pete se apeó de “Medianoche” y levantó una mano, recomendando silencio a sus hombres. Luego avanzó cautelosamente, en la obscuridad, y paseó su mirada de búho por toda la hondonada. Los bandidos podían haber maniobrado para atraer a los jinetes a aquel sitio y rodearles a placer. Los jinetes ofrecerían un blanco excelente una vez dentro del valle.

¿O es que los bandidos habían tomado otra dirección, ahuyentando los caballos hacia el desfiladero para despistar? También era muy posible.

Pero, de pronto, la penetrante mirada de Pete descubrió un único caballo que no estaba sin jinete. ¿Sería aquel hombre el centinela? ¿Se habría dejado vencer por el sueño? ¿Por qué no daba la alarma?

Pete siguió avanzando con extrema cautela. Distinguía ahora más claramente la figura del solitario jinete. Parecía oscilar sobre la silla. Lenta, silenciosamente, el *sheriff* se arrastró hasta llegar casi a los pies del caballo. Un instante después se erguía de un salto y apoyaba el cañón de su 45 contra la espalda del centinela.

—¡Despierta, hombre! —le ordenó en voz baja—. ¡Da un grito y tu espina dorsal ya no será de una pieza!

El jinete no contestó. Tampoco hizo el menor movimiento.

Pete Rice, familiarizado con el espectáculo de la muerte, comprendió entonces lo que había sucedido. El jinete estaba muerto. Le habían matado sus compañeros, atando después su cuerpo a la silla. Un examen más atento mostró que tenía varias cuchilladas en la espalda y en el pecho.

¿Pero de quién se trataba? ¿Y quiénes eran y dónde estaban sus compañeros?

CAPÍTULO VI

TRANT ROWLAND

El cadáver era el de un hombre alto, más bien delgado, con un cuello excesivamente largo. Pete Rice se acordó enseguida de la descripción que el maquinista había hecho del bandido que asaltó la locomotora.

El *sheriff* conferenció con Hopi Joe, que se hallaba dedicado a examinar las huellas de los caballos.

—No haber más huellas —informó Joe—. El rastro llegar hasta aquí, pero no salir. Quizá los hombres ocultarse en alguna parte.

El Indio señaló hacia un grupo de árboles situado a la izquierda de la hondonada. Pero Pete denegó con un movimiento de cabeza. Hizo luego que uno de sus hombres sostuviera una linterna mientras hacía un examen más detenido del cadáver. Las heridas causadas por el cuchillo habían sido restañadas eficazmente.

—No —dictaminó—, no encontraremos aquí a los bandidos. Los ladrones del tren mataron a este hombre, lo ataron a un caballo y espantaron a toda la manada para que cruzase el desfiladero. Los animales continuaron corriendo hasta llegar a la hondonada. Su instinto les dijo que aquí había hierba y agua, cosas bastante raras en el Valle de Agua Fría.

La expresión de gravedad abandonó la mayor parte de los rostros de los caballistas. La sola mención del Valle de Agua Fría bastaba para hacerlos reír. Aquellos hombres, criados junto a la frontera, conocían el Español. Y sabían que Agua Fría significaba “Cold Water”, y la impropiedad del nombre provocaba siempre su hilaridad. Lo de Valle de Agua Fría no era más que una muestra del buen humor de algún antiguo explorador, pues en casi todo el territorio escaseaba el agua y sólo se veía aridez y desolación.

—El jefe de estos bandidos debe ser un hombre muy astuto —

continuó diciendo Pete—. Lo son por lo general los jefes de bandidos. Sólo hay un paso de la astucia a la improbidad, y los hombres astutos siempre están acechando la ocasión de sacar partido de sus tretas.

Pete masticaba su goma lentamente. El caso que tenía ante sí era de los más intrincados. Por el momento era inútil seguir galopando. Lo que había que hacer era tratar de descubrir la intención del bandido que había planeado el golpe al tren de Southern Arizona.

Los miembros del escuadrón de caballistas mostraron su conformidad cuando Pete les explicó que el bandido del largo cuello había sido utilizado como víctima propiciatoria por sus compañeros. El pobre diablo, indudablemente aleccionado por su jefe, había dicho a los tripulantes de la máquina que la banda se componía de muchos hombres.

Pero opinaba el sheriff que el plan había sido ejecutado, no por una gran banda, sino por una pequeña —quizá solamente por dos o tres hombres, que se las habían arreglado para que solamente el del largo cuello fuese visto claramente por los empleados del tren, si las cosas marchaban mal.

El hecho de que los caballos estuviesen preparados para ser lanzados a través del desfiladero, dejando así una falsa pista, en caso de rápida persecución, probaba también que el asesinato del bandido había sido planeado antes de llevarse a cabo el asalto al convoy.

—Apuesto diez contra uno —concluyó Pete—, a que todos esos caballos fueron robados a los rancheros del Valle de Agua Fría.

El joven Tod Carey era posiblemente el más interesado oyente del grupo.

—¡Soberbio! —exclamó—. ¡Qué cosa más grande es acompañarle a usted *sheriff*, y aprender cómo descubre usted estas cosas! Le estoy muy agradecido por haberme traído.

—Bien, pues ten los ojos y las orejas bien abiertos —dijo Pete—. El dominar cualquier oficio es cuestión de experiencia. El cerebro de una persona tiene que aprender a pensar lo mismo que sus manos a trabajar. Nadie ha nacido sabiendo. Los conocimientos se adquieren por grados a través de la vida.

—¿Pero verdad que usted capturará a esos ladrones, *sheriff*? —preguntó Tod con ansiedad.

Pete masticó su goma, pensativo.

—No me gusta profetizar, Tod. Si aciertas, nadie lo recuerda. Y si te equivocas, nadie lo olvida. Sólo puedo decirte que lo intentaré y que voy a empezar ahora mismo.

El cuerpo del traicionado bandido quedó atado al caballo. El resto de los cuadrúpedos formó una manada, que los caballistas llevaron por delante al regresar a la vía del ferrocarril.

Las decepciones nunca desanimaron a Pete Rice un momento. “Si la vida no tuviera sus decepciones, resultaría demasiado empalagosa”, era uno de sus dichos favoritos.

Vueltos a la vía, ni aun Hopi Joe, el explorador indio fue capaz de descubrir una nueva pista. Pete sabía por qué. El jefe de los bandidos se había cuidado de ello. Tras matar a su cómplice y espantar los caballos, él y sus compañeros debieron caminar vía adelante por terrenos rocosos, hasta llegar al escondite donde ahora se encontraba.

La mirada de lince de Joe descubrió algunas pisadas a lo largo de la vía pero aquello no probaba nada. Podían ser huellas dejadas por los que ocasionalmente iban y venían de Toohunter la pequeña aldea de la cabecera del valle.

Jim Bridges y Tom Grogan reconocieron el cadáver del hombre del cuello largo.

—Es el que nos asaltó —dijo Grogan con convicción—. Ya dije yo que el diablo tendría un rival en los infiernos esta noche.

Los caballistas querían quedarse con el *sheriff*, pero Pete Rice les dio las gracias y los despidió.

—Sólo necesito a mis comisarios por el momento —les dijo—. Ahora no hay mucho que hacer, excepto explorar estos alrededores y tratar de descubrir a donde han ido esos bandidos. Mejor será que regreséis todos en el tren con vuestros caballos. Todos menos Tod. Yo y mis comisarios le acompañaremos hasta su casa. Está sólo a unos cuantos minutos de aquí.

Los caballistas embarcaron en el tren, utilizando los tablones para subir sus cabalgaduras. La locomotora silbó estridentemente por dos veces. El convoy se puso lentamente en movimiento, camino de la Quebrada del Buitre.

Pete agitó la mano en despedida a sus amigos y, cuando el tren desapareció en una curva, saltó a la silla de “Medianoche”.

El joven Tod Carey iba montado en “Sonny”. Cuidando todavía por la seguridad del muchacho en aquel terreno sospechoso, Pete le hizo cabalgar entre sus dos comisarios.

Teeny Butler llevaba de las riendas al caballo en que iba el bandido asesinado. Los animales sin jinete encontrados en el valle caminaban delante, guiados por los representantes de la Ley. “Vulcano”, el mastín de Pete, que siempre acompañaba al *sheriff*, corría junto a su amo y sólo le abandonaba de vez en cuando para olfatear en el chaparral.

Las mandíbulas de Pete Rice se movían rápidamente. Pero no porque hablase. Sus blancos dientes atacaban un nuevo cuadrilátero de goma de mascar. Su imaginación trabajaba entre tanto a toda velocidad. Aquel robo del tren era de los más extraños. El cofre de las bandas metálicas —el que contenía la remesa de oro del Banco de Agua Fría al de la Quebrada— no había sido retirado del coche correo.

Pete se preguntó la causa. ¿Se habían visto obligados los bandidos a despreciar aquel tesoro en gracia a la rapidez? ¿O fue su primera intención el huir solamente con las valijas? Estas contenían indudablemente certificados de mucho valor. Pero también en el cofre habían un botín nada despreciable ¿Por qué no le habían arrojado del vagón los ladrones?

El detalle continuaba intrigando a Pete cuando la pequeña cabalgata se adentró en una revuelta del camino. “Vulcano”, el mastín, gruñó. Se detuvo y oteó hacia adelante en la obscuridad. Luego levantó la cabeza mirando a Pete interrogativamente. “Medianoche” se estremeció.

—Alguien anda por aquí muchachos —advirtió Pete a sus comisarios. Un instante después sus Colts de culata de nácar estaban en sus manos.

—¿Quién va? —repitió la voz en las tinieblas.

Pete no contestó. No tenía muchas esperanzas de que se tratase de los bandidos, pero no le gustaba exponerse inútilmente. Manejó a “Medianoche” y se aproximó a Hicks “Miserias”.

—Llévate al muchacho a sitio seguro —le musitó.

—¿Quien va? —repitió la voz en la obscuridad—. ¡Ya estáis contestando... o hablará mi revólver!

Pete Rice hizo una mueca. Había reconocido la voz. Era la de

Larry Keeler, comisario suyo en el pueblo de Agua Fría.

—¡No te des demasiada prisa para manejar ese chisme, Larry! — contestó a gritos—. ¡Aquí Pete Rice y sus comisarios!

Sonó una carcajada en la oscuridad.

—¡Lo siento, *sheriff*!

Se oyó un ruido de cascos. Unos instantes después aparecía el comisario Larry Keeler a la cabeza de un pequeño grupo de rancheros del valle.

A uno de ellos lo conocía Pete de vista, y más íntimamente a dos de los otros tres. El de más edad era Larking, padrastro de Tod Carey, persona muy apreciada por aquellos contornos.

El que cabalgaba junto a él era Trant Rowland, dueño igualmente de un rancho del valle. Rowland, por lo general, se las manejaba muy bien y estaba considerado como un negociante sagaz... y hasta con ribetes de pillo. Pero que Pete supiera, nunca había tenido rozamientos con la Ley... al menos en el Distrito de Trinchera. Era hombre que ni agradaba ni disgustaba a Pete Rice.

No obstante, “Vulcano” el mastín, pareció tener formada su opinión respecto a Trant Rowland, pues empezó a ladrar furiosamente en cuanto lo vio. La mano de Rowland se dirigió como un rayo a su Colt al observar que el perro trataba de abalanzarse.

CAPÍTULO VII

GILA KID

La mano derecha de Pete Rice salió disparada como la lengua de un saurio. Sus largos dedos hicieron presa en la muñeca de Trant Rowland. Al mismo tiempo, alargó su mano izquierda para agarrar el collar del mastín.

—¡Basta ya, “Vulcano”! —gritó el *sheriff*—. ¡Quieto! ¿Qué es lo que te pasa?

El perro continuó gruñendo, pero ya no intentó saltar. Pete se lo entregó a Teeny Butler para que lo retuviera. Al asir el puño de Rowland el *sheriff* rozó con el codo un bulto que llevaba el ranchero en el bolsillo. Pete miró a Rowland con desconfianza.

—Tiene gracia —dijo—, que el perro haya tratado de abalanzarse a usted. Por lo general es un animal pacífico.

—Es muy posible —contestó Rowland de mal humor—. Pero cada uno tiene que protegerse a si mismo, y de seguro que le habría metido un balazo en la cabeza si llega a rozarme con un diente.

—¿Qué lleva usted en ese bolsillo, Rowland? —preguntó Pete. Y señaló el bulto que se dibujaba bajo la chaqueta del ranchero.

—Precisamente iba a explicarlo cuando me atacó su animal. He hecho un descubrimiento que quizá esté relacionado con el robo del tren.

—¿Cómo se enteró usted de lo del robo? —preguntó Pete con vivacidad.

Trant Rowland apuntó vagamente en dirección Agua Fría.

—El operador de telégrafos recibió la noticia desde la Quebrada. Dio la casualidad de que yo estaba a aquella hora en la población.

—Yo también —intervino Larking—. Enseguida me junté con Rowland, Fred Sloat y Lute y los cuatro nos unimos a Larry cuando se disponía a explorar estos alrededores.

Larking miró sonriente a Tod Carey, su hijastro.

—Ya debías estar en casa y en la cama muchacho. ¡Y además vas montado en el caballo del *sheriff*! ¿Qué te ha sucedido?

Pete se lo explicó brevemente. Larking se echó a reír.

—De seguir así —comentó—, no tardaremos en verte convertido en *sheriff*.

Pete siguió interrogando a Trant Rowland. Este hundió una mano en el bolsillo y extrajo varias cartas tan quemadas, que el papel le tiznó la mano.

—Cuando me dirigía a Agua Fría —explicó—, vi una pequeña hoguera cerca de un grupo de álamos. Me aproximé. Y fue suerte que no lo hiciera unos minutos antes, pues los ladrones del tren acababan de abandonar aquellos lugares.

—¿Cómo lo supo usted? —preguntó Pete.

—Porque habían derramado aceite sobre una saca de correos y la habían prendido fuego. Enseguida reconocí la saca, y pensé que allí se había tramado algo. Apagué el fuego a patadas y rescaté estas cuantas cartas. En cuanto llegué a Agua Fría y me enteré de lo del robo, me lo expliqué todo.

El *sheriff* tomó las chamuscadas cartas. La mayor parte no eran legibles, pero examinando, parte de una y parte de otra, pudo comprender su sentido. Los sobres iban dirigidos al secretario de la Quebrada del Buitre. El contenido eran reclamaciones para archivar de diversos exploradores que habían descubierto recientemente un filón de oro en el Valle de Agua Fría.

—Esta noche estamos a treinta del mes —dijo Pete—. Según la ley, estas reclamaciones deberían estar registradas antes del día uno. Y los ladrones del tren se han dedicado a quemarlas. ¿Ve usted en esto algo significativo, Rowland?

La mirada de Trant Rowland expresó el mayor asombro.

—¡Ya lo creo! —contestó—. Parece ser que los ladrones se apoderaron de las valijas de certificados y quemaron estas reclamaciones para deshacerse de ellas.

—¿Quién posee el terreno que han denunciado los buscadores de oro? —preguntó Pete.

—Creo que pertenece al gobierno —contestó Larking—. Está próximo a su hacienda, ¿verdad Rowland?

—Así es. Y por cierto que alguien tiene interés en que...

Se interrumpió y fijó la mirada en uno de los caballos sin jinete que pastaba junto al sendero.

—¡Que el demonio me lleve! —exclamó—. ¿Es mía la silla que está sobre aquel caballo? ¿No ven una “R” estampada a un lado?

Larking se alejó y examinó atentamente los caballos.

—Y este ruano —dijo—, es uno que yo compré para Tod. Miren mi marca.

Lute y Fred Sloat se aproximaron igualmente para examinar los cuadrúpedos. Y descubrieron que tres de los animales eran de su propiedad así como un par de sillas y bridas. Pete Rice no se sorprendió lo más mínimo. Desde un principio había opinado que los asaltantes del tren habían robado caballos, sillas y bridas a los rancheros del valle.

—Bien. Pueden ustedes recuperar lo que les pertenece —dijo a los perjudicados—. Los demás animales quedarán encerrados en un corral; en el de Larking, por ejemplo.

—No hay inconveniente —contestó el ranchero—. Los guardaré y enviaré aviso por los alrededores. Sus dueños podrán venir a reclamarlos cuando gusten.

—De acuerdo, entonces —dijo Pete—. Llevaremos a su hacienda los caballos que sobren.

El *sheriff* quería interrogar a Larking sobre el bandido conocido por “Gila Kid”. Conocía sólo de vista a Lute, y nunca había tratado a Fred Sloat. Sloat y Lute recogieron sus caballos y monturas; Trant Rowland recuperó la marcada con una “R”, y los tres volvieron a Agua Fría. Pete y los tres comisarios acompañaron a Tod y a Larking hasta el rancho de éste, situado en el centro del valle.

Larking montó en “Medianoche” y cedió su cabalgadura, más manejable, a Tod. Este devolvió “Sonny” a Pete.

Larking no mencionó para nada a Gila Kid. Habló de su hijastro, Tod. Le preocupaba el muchacho como si fuese su propio hijo, pero le tenía algo disgustado.

—He conseguido que me llame padre —continuó diciendo—, pero no puedo lograr una verdadera intimidad. Y él es todo lo que me queda en el mundo después de la muerte de María.

Guardó silencio un momento.

—Si no le sirve de molestia, Pete —continuó—, me gustaría que le acompañase de vez en cuando... siempre que no corra peligro.

Necesita una persona como usted para que haga de él un hombre. Tiene buena madera, lo sé. Por algo es hijo de Jim Carey.

Pete Rice sabía al dedillo la vida de Larking, a quien todos conocían por “Jed”. El padre de Tod había desaparecido hacía poco más de un año dejando a su viuda el cuidado del niño y la administración de una gran extensión de terreno árido y casi sin valor alguno.

Unas tres cuartas partes de la propiedad eran tierras desérticas, y el resto, praderíos que no llegaban hasta el pie del Pompano y proporcionaban escasa hierba al ganado.

—Apenas saco nada de estas propiedades —confesó Larking—. El terreno no vale la pólvora que se necesitaría para volarlo. Pero pensé que con un hombre al frente de la hacienda quizá se la pudiera hacer producir. Esa fue una de las razones que me impulsaron a pedir a la viuda de Jim en matrimonio.

“Sabía que ella era mucho para mí —María era una Todhunter antes de casarse con Jim, como usted sabe— pero tuve el valor de solicitarla. Me consideré feliz cuando me aceptó. Y ahora María ha muerto. Lo menos que puedo hacer en su memoria es convertir a Tod en un hombre como ella hubiera deseado.

Pete Rice asintió.

—Le honra ese propósito —dijo—. El muchacho me agrada mucho. Me propongo enseñarle a montar y tirar cuando tenga tiempo.

—Eso es lo que él necesita... alguien como usted que le lleve de la mano —dijo Larking.

Guardó silencio unos momentos. Los jinetes cruzaban la parte Norte de la hacienda de Larking, donde éste había enterrado a su esposa; al pie precisamente de la colina que se elevaba hasta los Pompanos.

—¿Qué hay de ese bandido que le llaman Gila Kid? —preguntó Pete.

—¿Quién le habló a usted de él? —preguntó a su vez Larking.

—Tod. Me dijo que ese Gila Kid trata de asustar a la gente para que abandone el valle.

—Tod se va haciendo un poco parlanchín —sonrió el ranchero—. No quería molestarle a usted sobre este asunto, Pete. Tiene usted algo más que hacer que protegernos a nosotros de un bandido a

quien ni siquiera hemos visto nunca y que bien pudiera ser un farsante.

Larking procedió a explicar que había encontrado una nota clavada en su pajar. Estaba firmada por Gila Kid y le aconsejaba que abandonase el Valle de Agua Fría o se atuviera a las consecuencias...

—¿Conserva usted la nota? —preguntó Pete.

—Sí. La tengo todavía. Pero no creo que sea de mucha utilidad. Está impresa, no escrita... —Larking sonrió amargamente—. No puedo adivinar por qué quieren arrojarme del valle. Yo nunca tuve enemigos, que recuerde. Si no hubiese sido amenazado, quizá me hubiera decidido a tomar algún terreno lejos de aquí. Pero no puedo consentir que nadie me asuste con bravatas. ¡Eso de ninguna manera!

El *sheriff* hizo una seña a Larry Keeler, que cabalgaba junto a Hicks “Miserias”. Larry espoleó su caballo y se aproximó a Pete.

—¿Has oído decir que algún ranchero del valle ha recibido amenazas de un individuo que se firma Gila Kid? —preguntó Pete.

—Sí, *sheriff*. Fred Sloat recibió una nota, anoche precisamente. Y me han dicho que un trampero de la montaña tiene otra parecida. Yo me proponía dar una vuelta por aquí para enterarme de la veracidad del caso y luego informarle a usted, *sheriff*.

Pete guardó silencio. Masticaba su goma con extraña energía ¿Por qué había alguien que quería aterrorizar a los habitantes del Valle de Agua Fría para hacerles abandonar aquel terreno que era prácticamente un desierto árido y seco?

Iba a expresar su pensamiento cuando advirtió que se elevaba una llamarada una milla más al Norte.

—¡Hay fuego! —exclamó.

Larking lanzó un juramento.

—¡Maldita sea! ¡Parece ser en mi ranchería!

—¡Corramos! —gritó Pete—. Dejad la manada de caballos aquí. Más tarde los recogeremos ¡No hay que perder tiempo!

Pete clavó las espuelas en los ijares de “Sonny”. El alazán partió con la velocidad de un proyectil. Lo siguieron Larking, Tod y los tres comisarios. La mirada de Pete iba fija en la roja llamarada que se elevaba cada vez más alta en el cielo.

—¡Parece ser que sólo está ardiendo el pajar! —gritó Larking—.

Quizá el bandido prenda después fuego a la casa ¡Quizá podamos cogerle con las manos en la faena!

Pete asintió y espoleó de nuevo a “Sonny”. La hoguera ponía resplandores rojizos en la noche, iluminando fantásticamente el desierto.

Cuando el *sheriff* enfiló el sendero que conducía a las dependencias del rancho pudo ver claramente el origen del fuego. Había un pequeño pajar en la trasera de la casa, lo suficientemente próximo para causar daño en ella si no se atajaba pronto el incendio.

Al final de la senda Pete refrenó al alazán y salió de la silla. La hoguera iluminaba una gran extensión del terreno y Pete corrió al cobertizo de los aperos, reunió palas y palancas y las tuvo dispuestas cuando el resto de sus hombres penetró en la corralada del rancho.

Todos a una desafiaron el achicharrante calor y apalancaron los soportes del pajar con las pesadas barras de hierro. La débil estructura se desplomó al fin levantando un volcán de humo y llamas. Unos cubos de agua la redujeron después a una masa humeante de escombros.

Larking y los comisarios se enjugaban el sudor de sus rostros cuando la penetrante mirada de Pete Rice descubrió una tarjeta colgada de una barra apostada en la cerca. El *sheriff* se aproximó, retiró el papel y encendió un fósforo. La tarjeta decía así:

“Ya te avisé. No hiciste caso. Ahora desaparece tu casa. Tú seguirás después. Piénsalo bien.

GILA KID”

Los ojos de Larking llamearon al leer el mensaje.

—¡No existe hombre que me asuste a mí para obligarme a abandonar mi rancho! —exclamó—. ¡Que lo sepa Gila Kid o cualquier otro se llame o no Gila!

—¿Seguirá usted el rastro al individuo que hizo esto, *sheriff*? —preguntó ansiosamente el joven Tod Carey.

—Voy a intentarlo Tod. Pero esta faena fue hecha por una mano experimentada. Y la experiencia no hace a los hombres descuidados sino cautelosos. Estoy seguro de que Gila Kid habrá disimulado perfectamente sus huellas. ¿Pero qué hace “Vulcano”? ¡Mirad! ¡Estoy seguro de que ha descubierto algo!

Así era. El corpulento mastín iba de un lado a otro entre un grupo de álamos situado detrás del quemado pajar. Pete Rice se acercó al perro y lo agarró por el collar. El animal tiró de él como queriendo guiarle por entre los árboles.

Los ojos del *sheriff* fueron acostumbrándose gradualmente a la obscuridad que reinaba en aquel paraje. “Vulcano” tiraba del collar con más energía cada vez. Al fin se detuvo bajo un álamo y se puso a aullar histéricamente. Pete Rice levantó la mirada. Balanceándose ligeramente a impulsos del aire pendía un hombre de una cuerda.

—¡Traed una linterna! —gritó Pete a los que habían quedado en el corral.

Unos momentos después se presentaron en la arboleda, acompañados de una luz, Larking, Tod Carey y los tres comisarios.

Pete Rice sacó su cuchillo y trepó al árbol sosteniendo la hoja entre los dientes. Cortó la cuerda. El cadáver cayó a tierra.

El *sheriff* descendió del árbol y examinó el cuerpo. El “rigor mortis” había ya hecho su aparición. Las piernas estaban rígidas. Colgaban los brazos en absurda postura. El cráneo estaba fracturado por detrás, y presentaba la frente dos espantosas heridas. El barbudo rostro estaba también completamente desfigurado. Los claros ojos tenían una fijeza horrible.

Pero lo que interesó más a Pete fue la tarjeta prendida en el cuerpo del muerto. El mensaje decía así:

“Hago lo que me propongo. Desde ahora no enviaré más avisos. Este hombre no quiso abandonar el Valle de Agua Fría; ahora se encuentra en otro mejor.

GILA KID”

CAPÍTULO VIII

LOS MINEROS

Hicks “Miserias” y Teeny Butler permanecieron inmóviles y asombrados. Jed Larking lanzó un juramento, olvidando la presencia de su joven hijastro, Tod. Larry Keeler, el comisario de Agua Fría, apartó la mirada de la cabeza del muerto para fijarla en el rostro severo de Pete Rice.

—¡Asesinato número dos! —exclamó—. ¡Y en la sección confiada a mi vigilancia!

—¡Y apuesto que por el mismo asesino! —añadió Jed Larking.

Pete Rice asintió:

—Estoy de acuerdo con usted, Jed. —Se dirigió a sus comisarios—. Jake, el guardafrenos del tren dijo que podía jurar que el bandido que le golpeó y arrojó del convoy llevaba barba. Este cadáver tiene barba también... y revuelta y rojiza como Jake la describió.

—¡Recoyotes! —exclamó Hicks “Miserias”—. ¿Crees que este cadáver es el de uno de los bandidos?

—Es razonable presumirlo así —contestó Pete—. En primer lugar sabemos que los otros bandidos mataron a su compañero del largo cuello. Al autor de aquella muerte le debe de tener sin cuidado realizar otras. Y además, hay otra razón.

Masticó su goma lentamente.

—El guardafrenos creyó ver otro hombre, en el momento en que el de las barbas le arrojaba a golpes del vagón. Dijo también que aquel individuo llegaba entonces a la puerta con las valijas del correo y que casi podría jurar que llevaba zahones de color verde. Los mejicanos visten de ése modo. Aquel segundo sujeto bien podía ser Gila Kid.

Salieron roncós gruñidos de la garganta de “Vulcano”. El perro

miraba intensamente a través de los árboles en dirección Este. Unos momentos después el aguzado oído de Pete percibía el acompasado golpeteo de un caballo al galope.

—Alguien viene —observó el *sheriff*.

—Apuesto a que es Galt “Dinamita” —contestó Larking—. Su hacienda no está lejos de aquí. Probablemente ha visto el fuego desde su casa y acude a ver lo que sucede. Pero no es que le importe un comino que se quemen todos mis bienes. No tengo por que ocultar que no me gusta nada, ese sujeto. Y a él debe sucederle lo mismo respecto a mí.

Pete recordó que había visto algunas veces a Galt por la Quebrada. Galt tenía fama de haber sido en otros tiempos pistolero. Pero desde que se había establecido en el Valle Agua Fría, unos años antes, su conducta no había dejado nada que desear. Vivía posiblemente del dinero adquirido por oscuros métodos en otras partes, pero siempre se había mantenido dentro de la ley durante su residencia en el Distrito de Trinchera.

Cuando el jinete —que resultó ser, en efecto Galt— se presentó, saludó a Larking y a los hombres de Pete, pero sin cordialidad alguna.

—Vi en fuego desde mi hacienda —dijo— y temí que fuera en su casa, Larking. —Contempló las humeantes ruinas del pajar, y añadió:— Por lo visto, no ha sufrido usted grandes daños.

—No —contestó Larking—. Gracias por su interés.

—Pues si no me necesitan ustedes para nada, regreso a mi rancho.

Pete habló con Galt unos momentos y le contó lo del robo del tren. Sus negros ojos miraban fijamente a Pete mientras se dirigía con él hacia donde Teeny había llevado el cadáver del individuo de los barbas.

—¿Conque dos asesinatos? —decía, asombrada todavía la mirada—. ¡Bonito se está poniendo el Valle de Agua Fría! ¿Y cree usted que fue Gila Kid?

—¿Ha oído, usted hablar de él antes de ahora? —preguntó Pete.

—Ya lo creo, *sheriff*. Clint Berryman, un colono intruso que vivo no lejos de mí, ha recibido la otra noche una nota amenazadora.

El antiguo pistolero abrió la boca como para seguir hablando, después la cerró y la volvió a abrir para continuar diciendo:

—No trato mucho con la gente, pero tengo mis opiniones.

—¿Qué opiniones son esas? —preguntó ávidamente Pete.

—No lo puedo probar, por supuesto, pero hay hombres sospechosos entre esa cuadrilla de buscadores de oro que ha acampado en el Valle. Gila Kid pudiera ser uno de ellos. Nunca ocurrió nada por aquí hasta que llegaron esos mineros.

—En eso estoy de acuerdo con usted —intervino Larking—. Hay que expulsar a esos hombres. Pete, ¿por qué no se pasa por su campamento y los manda al diablo? Aquí no hacen más que provocar conflictos.

—Bien, hablaré con ellos —dijo Pete—. Pasaré por su campamento, camino de Agua Fría. Confío en que podré convencer a muchos para que abandonen estos lugares. Nada de mandarlos al diablo. La cortesía siempre gana dividendos.

—Habría que obligarlos por la fuerza —intervino Galt “Dinamita” con sus bruscos modales—. Por primera vez estoy de acuerdo con lo que ha dicho Larking. Bien, señores, me vuelvo a mi rancho.

Galt clavó las espuelas y se alejó al galope. Pete le observó hasta que se perdió de vista. “Tiene gracia que ese Gila Kid trate de asustar a la gente para que abandone el valle”, pensó el sheriff.

Se imaginó mentalmente la árida faja de tierra con sus secos matojos, sus cactus espinosos y sus peñascos desparramados en profuso abandono, como arrojados a voleo por la mano apresurada de un gigante.

—¿Qué fin perseguirá Gila Kid? —preguntó, como pensando en voz alta.

Larking quedó pensativo un momento.

—¿No será porque cree que hay oro en el valle? —preguntó a su vez.

—Apostaría mi vida a que no lo hay —contestó Pete—. A pesar de ese filón de oro, estoy seguro de que mañana por la noche habré conseguido que abandonen este territorio las nueve décimas partes de los mineros. Escuche, Jed, y hablemos de hombre a hombre. ¿No hay entre sus vecinos alguno de quien se pueda sospechar que mete mano en este curioso asunto?

—Ninguno, que yo recuerde —contestó Larking.

—¿Qué opinión tiene usted de Trant? ¿Y de Rowland, Galt, Sloat

y Lute?

—Todos parecen buenos muchachos. Todos... excepto Galt “Dinamita”. No me gusta ese hombre. Pero tengo que decir una cosa. Estoy completamente seguro de que lleva una vida honrada. No debo meterme en si hizo lo mismo en otros tiempos. Pero ahora vive tan honradamente como usted, como yo o como Tod.

Larking quedó pensativo.

—¿Quién podrá ser? —murmuró—. ¿Qué provecho va a sacar nadie de una tierra cómo ésta? Y, sin embargo, se amenaza y se asesina por su posesión. Los mineros son gente peligrosa. Hay que arrojarlos de aquí, sea como sea.

—Hablaré con ellos —repitió Pete—. Estas situaciones son como los oseznos: hay que domesticarlos antes de que sean demasiado grandes.

El *sheriff* reunió a sus comisarios. El muerto quedó atravesado sobre un caballo conducido por Teeny Butler. Los defensores de la ley se despidieron de Jed Larking y Tod y partieron hacia el poblado de Agua Fría. El campamento de los buscadores estaba casi en la misma dirección.

Era ya muy tarde cuando llegaron a la vista del campo; pero la mayor parte de los mineros estaban despiertos. Brillaban las luces en las tiendas. Estaban en toda su actividad los naipes y los dados.

—Mejor será que tomemos precauciones, *sheriff* —aconsejó el comisario Keeler—. Muchos de estos hombres son delincuentes vulgares y no gustan de visitantes.

Apenas acababa de pronunciar estas palabras cuando salió de una de las tiendas una voz desafiadora.

—¿Qué buscáis aquí?

Antes de que los comisarios pudieran contestar, surgió una segunda pregunta:

—¿Por qué no habéis tomado el otro camino? ¡No queremos curiosos por aquí!

—Queremos hablar con vosotros —contestó Pete Rice.

—¿De veras? Ya os hemos avisado. ¡Ahora hablaremos de este modo!

¡Bang! Se oyó la aguda detonación de un rifle. La bala pasó sobre las cabezas de los defensores de la ley.

—¡Baja ese rifle! ¡Soy el *sheriff*, y voy a entrar en vuestro

campamento!

¡Bang! ¡Bang! Silbaron otros dos pájaros de plomo con peligrosa proximidad. El caballo del comisario Keeler reculó espantado.

La mano de Pete se dirigió a su pistolera. Había observado que un individuo que empuñaba un rifle se deslizaba a lo largo de la tienda. El *sheriff* disparó con rapidez. Se oyó un grito de dolor. El rifle cayó a tierra. El individuo desapareció tras la lona.

—*Sheriff* o no *sheriff*, lo mejor será que os larguéis de aquí. ¡Un paso más y os volamos la cabeza! —gritó otra voz.

Pete y sus hombres se replegaron. Salían mineros de todas las tiendas.

—¿Qué diablos sucede? —preguntó alguien.

—Escuchad, muchachos —dijo Pete—. Debéis de ser lo suficiente sensatos para comprender que no habrá quien me haga retroceder, si me propongo entrar en vuestro campo. ¡Soy el *sheriff*!

—¡Pero si es Pete Rice! —intervino otra voz—. Adelante, *sheriff*. ¿Qué fue ese tiroteo?

Un individuo de hirsutas barbas, que evidentemente se había nombrado jefe, se aproximó al caballo de Pete.

—¿Quién era el sujeto que nos disparó? —preguntó el *sheriff*. Su penetrante mirada escrutó la oscuridad.

—No era ninguno de los que vivimos en esa tienda —contestó el barbudo minero—. Se trata de un vagabundo que vino a pasar aquí la noche. Se llama Zeke, o algo parecido.

—¿Dónde está ahora? —preguntó Pete. Su voz tenía inusitada dureza. Aquella podía ser una hipócrita actitud de los mineros.

El hombre que había hecho el disparo había desaparecido en la oscuridad que rodeaba las tiendas más lejanas. Un registro de ocho o diez minutos no dio resultado alguno. El pistolero herido no se había llevado ningún caballo. Había huido a pie. Y en estas condiciones era casi imposible descubrir su rastro, con una noche tan oscura. Podría haberse ocultado entre las malezas herido como estaba solamente en una mano.

—Dejémoslo marchar —decidió Pete—. Si alguna vez vuelve al campo, os comisiono para que lo llevéis a la cárcel de Agua Fría.

Todos los mineros se habían reunido a su alrededor. Pete les hablaba en tono amistoso y confidencial.

—Han ocurrido sucesos desagradables allá en el valle,

muchachos. Los rancheros opinan que las perturbaciones salen de aquí. Como sois intrusos y buscáis oro, creen que tenéis algo que ver con lo que está ocurriendo.

El jefe de los mineros levantó la voz.

—¡Están completamente locos si dicen eso! Nosotros no llevamos la perturbación a ninguna parte. Exploramos simplemente, para ganar algún dinero. Hemos oído que aquí se ha descubierto un filón, y aquí hemos venido. Nos encontrará usted igualmente en todos los sitios donde se hable de oro.

Pete frunció el ceño.

—Estáis equivocados, muchachos. No hay oro alguno aquí... ni siquiera para llenar un diente.

—¿Quiere usted despistarnos, *sheriff*? Nos hemos encontrado buen mineral.

—Ya lo sé. Habéis recogido trozos que resultaron muy ricos... pero, así y todo, estáis perdiendo el tiempo.

—Eso no tiene sentido, *sheriff*.

—Ahora comprendéis. Hace unos ocho años cruzaba este valle un tren cargado de ganga. Fue asaltado en este sitio. Los empleados del tren fueron muertos a tiros, y los vagones, reducidos a astillas. Los caballos huyeron. El mineral se desparramó a lo largo de una milla. Contiene gran cantidad de oro porque procede de la “Poderosa”, que era una de las minas más ricas por aquellos tiempos.

—Sí, yo trabajé en ella durante dos años —convino uno de los hombres de más edad.

—Bien, pues no hay nada más aquí —prosiguió Pete—. Estáis perdiendo el tiempo en el valle. Trabajáis por nada. Y el hombre que trabaja por nada, ya se sabe lo que es. Mejor será que os vayáis. Así no se os acusará de delitos que no habéis cometido.

Surgió un murmullo de conversaciones entre los mineros. Algunos, ya impacientes, acogieron con agrado la perspectiva de recorrer nuevas sendas. Lo llevaban en la sangre. Eran de la casta de los buscadores de oro.

—Creo que tiene usted razón, *sheriff* —dijo uno—. Ya desde un principio desconfiaba yo de este lugar. Me marché en cuanto amanezca.

—No te irás sin compañía —rió otro minero.

—Nada tengo que añadir, entonces —dijo Pete—. Adiós, muchachos. Atravesaremos vuestro campamento para tomar el camino más corto hacia Agua Fría.

El *sheriff* golpeó a “Sonny” y guió a sus hombres al sendero, que atravesaba las tiendas para salir al camino de Agua Fría. Miró hacia atrás una vez. Los mineros le veían marchar en desconsolado silencio.

—Siento haberles pinchado su burbuja dorada —dijo a sus comisarios, cuando estuvieron fuera del alcance de los del campamento.

—Pero a veces la verdad es como una medicina amarga: cuanto más pronto se tome, más pronto se pasa el mal sabor y más pronto surte efectos. No había necesidad de que esos hombres malgasten su tiempo.

Desvió su mirada hacia la izquierda, al ver que “Vulcano” trotaba en aquella dirección con la nariz pegada al terreno. “Sonny” siguió al perro.

—Hay aquí huellas de caballo —anunció el *sheriff*—. Parece ser que aquel bandido tenía un potro escondido por estos alrededores. Sigamos un rato las huellas.

Pusieron sus cabalgaduras al galope. “Vulcano” corría ahora más deprisa. Pete y sus comisarios le seguían. El olfato del animal era más seguro que la vista de los hombres. El perro se detuvo, de pronto, con los colmillos desnudos. Pete y sus comisarios se reunieron con él. Un poco más adelante se elevaba un gran cactus, rígidamente erecto, a cuyo lado se veía una forma oscura... el cuerpo de un hombre.

Los representantes de la ley se apearon de sus caballos. Pete rascó un fósforo en la suela de su bota. Examinando el cadáver, el *sheriff* señaló la mano derecha de la postrada figura. Se veía en ella el agujero fresco de una bala.

—Este es el hombre a quien yo disparé —dijo.

—Pero yo no creía que le hubieses herido tan gravemente, patrón —dijo Hicks “Miserias”, pintado en su rostro el mayor asombro.

Era bien sabido que *Pistol* Pete nunca tiraba a matar o a herir gravemente, a menos que fuese asunto de vida o muerte para él.

—Y así fue —contestó Pete—. Yo le apunté a la mano.

—Y, sin embargo el prójimo está muerto —intervino Teeny Butler.

—Dadle la vuelta, muchachos —ordenó Pete.

Teeny cumplió la orden. “Vulcano” dio un salto. Pete le agarró del collar, y examinó el cadáver a la luz de unos fósforos. Su camisa de franela oscura estaba teñida de sangre. ¡El bandido tenía cuatro cuchilladas en la espalda!

CAPÍTULO IX

LA MADRE DE PETE RICE

El hombre muerto era completamente desconocido para las autoridades de la Quebrada del Buitre. Ni aun Larry Keeler le había visto nunca, y eso que el comisario de Agua Fría conocía a todos los habitantes del Valle.

—¿Qué te parece mejor que hagamos ahora, Pete? —preguntó Hicks “Miserias”.

—Nada —fue la respuesta, algo sorprendente, del *sheriff*—. Al menos por el momento. He aquí la situación, muchachos. Alguien —Gila Kid, o quienquiera, que sea— se propone despoblar este valle por procedimientos de terror. Eso está bastante claro, ¿no es cierto?

—¿Pero qué se propone hacer con un lugar tan improductivo? —preguntó Teeny Butler.

—Algo. La envidia es tan natural al corazón humano como la sangre a su cuerpo. El hombre que interviene en este extraño asunto ambiciona algo que hay en el valle, y no quiere competidores.

—Pero supongo que no tardaremos en ponerle el pie en el cuello a ese coyote, ¿no es así? —preguntó “Miserias”.

—Si Dios quiere, Hicks. El hombre que se oculta tras todo esto está haciendo imposible la vida de las gentes del valle. Y el que ultraja a un semejante nos ultraja a todos, porque a todos puede llegarnos nuestra vez. Sí, “Miserias”. ¡Ya lo creo que atraparemos a ese bandido!

Masticó su goma lentamente.

—Las batallas no siempre se ganan a pecho descubierto. Se necesita estrategia también. Y yo voy a dar a ese asesino la ocasión de que se crea que el campo es suyo. Me vuelvo a la Quebrada a pasar un par de días.

—¿Vamos contigo, patrón? —preguntó “Miserias”.

—No. Vosotros os quedaréis en Agua Fría para averiguar lo que podáis.

El *sheriff* conocía el carácter de “Miserias”, acostumbrado a su barbería, y contaba con su afición a la charla, que ahora podría resultar valiosísima.

—¿Pero no crees que el coyote haya abandonado ya estos lugares? —preguntó el pequeño comisario.

—Apuesto a que no —contestó Pete—. Va contra la naturaleza humana. Al hombre le cuesta trabajo abandonar un juego cuando está ganado. Y, por ahora, nuestro enemigo tiene todos los triunfos en la mano.

—¿Llevamos los cadáveres a Agua Fría, *sheriff*? —preguntó Larry Keeler.

Pete señaló el cuerpo tendido en el suelo.

—Llevaré a éste atravesado en mi caballo para ver si Jed Larking lo identifica. Jed conoce a mucha gente, y su hacienda me pillará de camino.

El *sheriff* colocó sobre “Sonny” el cuerpo del asesinado y partió hacia el rancho de Larking. Sus comisarios continuaron hacia Agua Fría. Un examen del terreno cercano al cadáver demostró que era imposible seguir las huellas de su asesino antes del amanecer. Teeny, “Miserias” y Larry tratarían de descubrir el rastro en cuanto fuese de día.

“Sonny” resopló como si el terreno se le deslizase bajo las patas. Sentía que su jinete extra era un muerto, pero Pete no tardó en tranquilizarle, y pudo continuar hacia el rancho de Larking, sin más incidentes.

Larking y Tod salieron a la corralada en cuanto oyeron pasos de caballos.

—¿Vuelve usted con el cadáver? —preguntó Larking al ver la rígida forma atravesada en la silla.

—¡Es otro! —contestó Pete—. Quiero ver si usted lo reconoce.

Larking encendió una linterna y contempló el rostro del muerto.

—No lo he visto nunca —dijo tras un minucioso examen—. Apuesto a que es completamente desconocido en el valle.

Charlaron brevemente, y Larking se ofreció para llevar el cadáver a Agua Fría. Pete se dispuso a continuar su camino hacia la Quebrada. Larking parecía preocupado. Envío al joven Tod a la casa

con un pretexto y bajó la voz.

—Me disgusta tener a Tod en el valle —dijo a Pete—. Gila Kid cumplió sus amenazas una vez. La próxima quizá trate de herirme en la cabeza de Tod. ¿No haría yo bien en sacarle de aquí y ponerlo a pupilo en la Quebrada?

—Tiene usted razón. Pero el muchacho no necesita pagar pupilaje. Puede permanecer en mi casa hasta que se calme todo esto —dijo Pete.

Larking cogió la mano del *sheriff* y se la estrechó vigorosamente.

—Crea usted que me quita una gran preocupación, Pete. No sabe lo que se lo agradezco. Tod es cuanto me queda en el mundo. De ahora en adelante cooperaré en este asunto con usted, aunque me cueste la vida. No perderé el tiempo mientras esté usted fuera.

Tod Carey saltó de alegría al saber la noticia. Un momento después tenía su caballo ensillado. Era un potrillo ruano llamado Rowdy. A los pocos minutos el *sheriff* y el muchacho desaparecían en una revuelta, camino de la Quebrada.

Hacía poco que había amanecido cuando penetraron en un sendero a cuyo final se veía una linda casita rodeada de macizos de flores. Salía de ella un delicioso olor a tocino y huevos. La señora Rice, madre de Pete, madrugadora impenitente, había empezado ya a cocinar su desayuno.

La anciana se asomó a la puerta de la cocina cuando oyó las pisadas de los caballos. Tenía en su rostro una expresión expectante... Los grises ojos, bajo el cabello de plata, mostraron su alegría al ver al hijo que volvía sano y salvo.

Pete desmontó y levantó a su madre en vilo para besarla. Después hizo un guiño señalando a Tod.

—Le traigo a usted otro hijo, madre —rió—. Este es Tod Carey. ¿Recuerda usted a Jim Carey? Pues es su pequeño. Va a quedarse con nosotros unos cuantos días.

La señora Rice besó al muchacho, que enrojeció de emoción.

—Los chicos que están creciendo necesitan mucha comida —dijo la madre del *sheriff*—. Voy allá dentro a poner media docena de huevos en la sartén.

La anciana se afanó en la cocina mientras Pete y Tod acomodaron sus caballos y les dieron agua y pienso. A continuación el *sheriff* y su joven amigo se lavaron y luego se sentaron a la mesa

con la señora Rice.

Había allí comida para una familia numerosa, pero todo había desaparecido cuando Pete se recostó en su asiento. En el campo sabía pasarse casi sin alimento, pero comía siempre vorazmente lo que su madre cocinaba.

Tom Carey, joven y sano, encontró que el aroma y el gusto de los torreznos, de los huevos fritos, de los dorados pasteles y del moreno café eran curas maravillosas para su timidez de muchacho.

“Vulcano” recibió los restos de la comida, más un par de galletas de perro y el hueso de un asado que la señora Rice estaba preparando para la cena de aquella noche.

—Pete, Tod y tú habéis estado caminando toda la noche —dijo la anciana—. Necesitáis dormir. Prepararé para Tod el cuerpo de reserva y tú ocuparás, el tuyo. Tenéis que descansar todo el día. Tus asuntos oficiales pueden esperar.

Pete bostezó.

—No me vendrá mal ese sueñecito, madre —dijo—; pero primero tengo que hacer una visita a la cárcel. En cuanto a Tod, creo que lo mejor será que se vaya a mullir la lana ahora mismo.

Tod Carey subió a su cuarto, y Pete besó a su madre y se encaminó a la cárcel de la Quebrada. Esperaba despachar en media hora.

Pero el elemento revoltoso de la Quebrada se había aprovechado, al parecer, de la ausencia de Pete Rice y sus comisarios. Había habido una gran pendencia en una taberna del Barrio Mejicano. Y ya era cerca del mediodía cuando Pete acabó la criba de inocentes y culpables.

A continuación le llevó bastante tiempo tratar de hacer hablar al adusto Bert Raggan, supuesto cómplice de los ladrones del tren. Pero Raggan rehusó decir nada, y Pete le dejó por imposible y regresó a su casa.

Tod dormía profundamente, y la señora Rice cosía, con “Vulcano” tendido confortablemente a sus pies. El *sheriff* subió a su habitación. A los pocos minutos dormía tan plácidamente como un niño.

Poco antes de las cinco de aquella tarde, bajó Tod Carey de su cuarto. Casi había dormido una vuelta entera del reloj. Sus infantiles ojos azules brillaban descansados. Llevaba peinado el

rubio cabello. Relucía su respingona nariz, efecto de una generosa aplicación de jabón.

Encontró a la señora Rice muy atareada en limpiar y aceitar los Colts de su hijo. Tod la contempló con interés.

—¿Hace usted siempre esto por el *sheriff*, señora Rice? —le preguntó.

—Oh, casi siempre —contestó la anciana, quitando el exceso de grasa con un trapo de franela. Luego volvió a cargar las armas cuidadosamente y las puso a secar en la ventana de la cocina, que estaba abierta.

—Mi Pete está generalmente muy ocupado —añadió—. Él ha hecho mucho por mí, y estas pequeñas cosas es lo menos que yo puedo hacer por él. Estas armas han salvado hasta ahora la vida de mi hijo. Yo siempre las miro como objetos que conservan la vida en lugar de quitarla.

La señora Rice se aproximó a una alacena y sacó una bandeja llena de bollos azucarados.

—Voy a dejar dormir a Pete hasta que esté lista la cena —explicó—. Pero me figuro que tú tendrás hambre. Los muchachos siempre la tienen.

Colocó la bandeja en la mesa y puso a su lado un vaso y una jarra de cremosa leche.

—Ahora veremos la brecha que puedes hacer en esta pila de bollos —dijo—. Me voy arriba a arreglar tu cuarto. Cuanto más comas, más contenta estaré.

—Gracias, señora Rice —dijo Tod, encantado—. Haré lo posible por complacerla.

Había ensillado y embridado a “Rowdy”, proponiéndose salir a explorar el pueblo de la Quebrada; pero aquello podía esperar. Salió a la corralada, ató a “Rowdy” a un poste, regresó y se sentó a la mesa. Echó mano a un bollo y se sirvió un vaso de leche.

Los bollos estaban deliciosos. Tod sonrió al pensar que podía agradar a la señora Rice con sólo comer muchos. Oyó que la señora Rice andaba de un lado para otro por allá arriba. ¡Vaya casa aquella! ¡Y qué hombre Pete Rice! ¡Y qué madre tenía!

El muchacho se atragantó al pensar en su desgraciada infancia. Ahora que Pete Rice se preocupaba de él era cuando empezaba a disfrutar algo. Al servirse un nuevo vaso de leche, hizo voto

solemne de que el *sheriff* nunca lamentaría su bondad hacia un niño que no tenía madre.

La gratitud le rebosaba del corazón. Daría su vida por Pete Rice. Pero si no se presentaba ocasión de sacrificársela, y se hacía alto y fuerte como Pete, podría llegar a ser *sheriff* algún día. Y tomaría en todo a Pete como modelo. Haciéndolo así, por fuerza tendría que triunfar.

Tod la había emprendido con el cuarto bollo cuando oyó un ruido detrás de los altos arbustos del jardín. Se asomó a la ventana.

—¡Aquí, “Vulcano” —llamó—. ¡Ven a comer un bollo!

Pero el perro no apareció. “Vulcano” debía de estar arriba, durmiendo. La señora Rice había dicho que, por lo general, se echaba debajo de la cama de Pete, mientras este descansaba.

Tod continuó escuchando. El ruido, como de roce, que salía de detrás de los arbustos había cesado de repente. Como todos los jóvenes, Tod Carey era curioso. Y decidió investigar la causa de aquel extraño ruido. Salió corriendo por la puerta trasera y se dirigió a los arbustos. Iba comiendo el pedazo final de su cuarto bollo. Ni se le pasó por la imaginación que podía correr peligro. Se volvió rápidamente.

Pero antes de que pudiera lanzar un grito, la culata de un revólver se abatió sobre su cabeza. Perdió el conocimiento.

Cuando lo recobró, se encontró atado y amordazado, y la cabeza le dolía horriblemente. Logró incorporarse hasta quedar sentado, y se dio cuenta de que, durante su inconsciencia, le habían arrastrado hasta un alto chaparral que debía de estar situado a poca distancia del jardín de la señora Rice.

—Será mejor que te estés quieto, muchacho. Tienes que permanecer un ratito aquí.

Tod se volvió y descubrió al que hablaba. Este estaba sentado detrás de él, sobre un montón de tierra. Era un joven de buen aspecto, que mostraba una blanca hilera de dientes al sonreír. Pero Tod le miró con ceño. Aquel hombre no parecía muy rudo, pero debía de ser el que le había descargado el golpe.

El muchacho se revolvió y pataleó tratando de aflojarse las ligaduras.

—¡Tranquilízate, muchacho! —volvió a repetir su raptor—. ¡Eso no te servirá de nada! —Hablaban en voz baja, pero severa—. Si

quieres saber lo que va a suceder ahora, espera unos minutos. ¡Te enterarás de muchas cosas!

El agraciado joven volvió a sonreír.

—Tu compañero, Pete Rice, está perdido —dijo—. Dentro de unos momentos...

¡Bang! ¡Bang! ¡Bang! ¡Bang!

Las cuatro detonaciones hicieron que el joven cortara bruscamente su frase y se tendiera bajo el chaparral. Se había echado de bruces y miraba con interés hacia la casa de Pete. Su sonrisa era más amplia que nunca.

Tod pudo oír que Pete Rice bajaba apresuradamente las escaleras y que salía a la corralada en busca de su caballo. Oyó, también los furiosos ladridos de “Vulcano”, y se revolcó por el suelo para tratar de rozar su rostro contra la tierra, y ver si podía aflojarse la mordaza y gritar. Pero su raptor adivinó sus intenciones y le tapó la boca con la mano.

—¿Dónde está Tod, madre? —oyó que preguntaba Pete.

—Habrá ido a explorar los alrededores —contestó la anciana—. Hace unos minutos estaba ahí en la cocina.

—Mejor será que le busque, madre —volvió a decir la voz de Pete—. Dígle que he cogido su caballo, ya que estaba ensillado y embreadado, y que él monte en “Sonny” y me vaya a buscar a la calle principal, y tomaremos juntos una botella de jarabe en cuanto vea a que obedece ese tiroteo.

Se oyó el galope de un caballo que fue amortiguándose gradualmente en la lejanía. El hombre tendido en el chaparral ahogó una risa. Luego retiró su mano de la boca de Tod.

—Ahí va tu amigo Pete Rice —dijo—. ¡Qué poco sospecha que va a la muerte!

El terror, que ante su propio peligro no había experimentado Tod Carey, se reflejó ahora en su rostro. Una vez más trató de revolcarse y patalear para aflojarse las ligaduras. Pero fue inútil. Su agresor probaba que bajo un rostro agradable puede ocultarse un alma negra.

—¡Basta ya! No te vamos a matar. ¿Por qué patalear de ese modo? —El joven se puso en pie, se sacudió el polvo y siguió diciendo:— Ha sido una gran suerte que Pete dijera a su madre que te envíe a ti a la población con su caballo. Ahora verás la ventaja

que saco yo de ese detalle.

Tod estaba sumido en un mar de confusiones, sin acabar de comprender lo que querían decir aquellas palabras y aquellas risas. Su agresor, adivinando sus deseos, procedió a explicárselo.

—Ha sido una cosa muy sencilla. ¡Sencillísima! Cuando Pete Rice se fue a dormir yo ya acechaba por aquí. A mí me han pagado, y me han pagado bien, para espiar al *sheriff*. Y cuando vi los revólveres en el alféizar de la ventana, se me ocurrió una idea. Lo primero que había que hacer era quitarte a ti de en medio. Y ya viste con que facilidad lo hice.

El joven se echó a reír en honor a su propia hazaña.

—Me acerqué cautelosamente —siguió diciendo—, y puse cartuchos vacíos en los revólveres... pero antes te había atado y amordazado para que no gritases. ¿Y sabes lo que hice después?

Evidentemente, no esperaba respuesta amordazado prisionero. Parecía muy satisfecho de sí mismo y dispuesto a hacer todo el gasto de la conversación.

—Pues corrí a la taberna donde se encuentra mi compañero. Es el hombre más valiente de nuestra banda. Yo soy el más distinguido... el que tiene más talento. En un santiamén lo arreglé todo con él y me volví aquí.

“Mi compañero armará jaleo. Ya habrás oído los cuatro disparos que sonaron hace un momento. Pete Rice ha mordido el anzuelo, como nosotros esperábamos. Nunca deja de meter la nariz en asuntos como éste.

Tod Carey no cesaba de torturarse el cerebro en busca de una idea salvadora. Su mirada expresaba el terror. Ya había adivinado el resto de la historia antes de que la continuase su raptor.

—Todo ha salido maravillosamente —prosiguió el joven—. Mi compañero, provocará a Rice a una lucha a tiros. Volarán las balas. Pero todas se clavarán en el cuerpo de Pete. Sus revólveres están cargados con cartuchos vacíos. Es hombre muerto... o lo será cuando oigas los primeros disparos.

CAPÍTULO X

“EL MATON”

Tenía una expresión sombría el rostro de Pete Rice cuando espoleó a “Rowdy” y se lanzó hacia la calle principal. El fogoso potro era capaz de recorrer velozmente una corta distancia, y hasta “Vulcano” tuvo que sudar de firme para conservarse a su nivel.

Pete se volvió sobre la silla con la intención de obligar al perro a regresar a la casa. Pero algo vio en la ansiosa actitud del animal que le contuvo, y desistió de su primer propósito.

“Vulcano” corría con la boca abierta, y la roja lengua, colgante. La pequeña chapa unida a su collar —una chapa que decía “Comisario” donde debía figurar el número de la matrícula— oscilaba a izquierda y derecha como un péndulo. Seguía el tiroteo, cada vez más ruidoso e insistente. Unos segundos después el *sheriff* descubrió la causa.

A la puerta de una taberna próxima un hombre de elevada estatura disparaba al aire su revólver. Era evidente que el individuo había bebido bastante cantidad de whisky. Pero no lo era menos que estaba muy lejos de encontrarse borracho. Brillaban sus ojos con cruel maldad.

—¡Si alguien quiere cambiar unos tiros conmigo, que salga! —gritaba desafiador—. ¡Que salga y le daré billete gratis para el cementerio!

Nadie aceptó el desafío. El alborotador parecía hombre de “pelo en pecho”. No había duda de que vivía de su pistola. Entre los habitantes de la Quebrada no existían delincuentes profesionales. Pete Rice y sus comisarios habían limpiado de ellos la población hacía muchos meses. Los ciudadanos de la Quebrada, excepto unos cuantos vagos inofensivos, se ganaban la vida trabajando.

Aquel hombre parecía decidido a matar. El whisky que había

bebido parecía haberle afirmado el pulso, más que otra cosa. Hubo una expresión de alivio en los rostros de los desafiados cuando Pete refrenó el galope de su caballo y desmontó frente a la taberna. El alborotador pistolero había vuelto a penetrar en el salón. Se oyó un disparo allá dentro.

—¡Cuidado, Pete! ¡Es hombre peligroso! —gritó alguien.

Pete no contestó. Cogió a “Vulcano” por el collar, sacó unos cordeles del bolsillo y lo ató a un poste. Rara vez permitía que “Vulcano” entrase en las tabernas. Los borrachos gastaban a veces crueles bromas a los animales, y Pete no podía consentirlo.

El *sheriff* cruzó a largas zancadas la acera de amarillos tablones de pino. Empujó decidido las puertas giratorias y penetró en el salón. El causante de aquel alboroto habían enfundado sus revólveres y estaba apoyado en el mostrador ante un vaso de whisky. Se volvió al entrar Pete en el establecimiento. Su mirada recorrió de arriba abajo la alta y esbelta figura del *sheriff* y se detuvo en su insignia.

—¡Vaya hombre guapo! —carraspeó entre eructos—. ¿A qué vienes aquí?

—Mejor será que te largues —dijo tranquilamente Pete—. Pero antes tendrás que soltar tus armas.

El camorrista lanzó una risotada. Los bebedores, alineados a lo largo del mostrador, concentraron sus miradas en él. Nunca habían visto a nadie con valor suficiente para desafiar a *Pistol Pete Rice*. Y, sin embargo, estaba claro que aquel individuo no buscaba otra cosa.

—¿Conque me mandas que suelte mis armas, eh? —prosiguió el fingido borracho—. Nadie me ha hablado nunca de ese modo. ¡Me tiene sin cuidado tu cargo!

Su hilaridad se convirtió de pronto en fría calma.

—Tú podrás ser el mejor tirador de este distrito. Pero hay otros en los que no pintarás nada. A mí me pareces un fanfarrón. Y si no, saca tú revólver y veremos si me aventajas.

—Te estoy dando una oportunidad para que te largues de aquí —dijo Pete Rice con el mismo aplomo.

—No necesito oportunidades. ¿Tienes miedo de luchar conmigo a tiros? ¿Qué diablos de *sheriff* eres tú? Vamos, desenfunda ya. Cuando cuente tres procura tener tu hierro en la mano. ¡Si no lo haces, te acribillaré de todos modos!

Las callosas manos del individuo, semejantes a garras, se dirigieron a sus pistoleras.

—¡Prepárate! Con un revólver o con dos. Yo utilizaré dos. Empiezo la cuenta. ¡Uno! ¡Dos! ¡TRES!

Sus zarpas agarraron las culatas de sus revólveres. Las manos de Pete Rice cayeron al mismo tiempo sobre sus pistolas. No habría sido más rápido un rayo. Atronaron el salón dos detonaciones. Siguió a ellas un grito, como de niño espantado, y cayeron al suelo dos armas. Eran las del matón “de pelo en pecho”.

El camorrista sacudió sus manos frenéticamente. Cada una de sus muñecas mostraba una herida de bala. Chorreaba la sangre al suelo. Pero más que la expresión de dolor del rostro del pistolero, más aún que su expresión de temor, fue el asombro que se reflejó en sus ojos.

El *sheriff* avanzó unos pasos y le quitó el pañuelo que le rodeaba el cuello.

—Límpiate las manos con esto —ordenó—. Yo te las vendaré para detener la sangre. El médico hará lo demás en la cárcel.

El herido se mordió los labios para ahogar un grito de dolor.

—¿En la cárcel? —repitió a través de sus apretados dientes—. ¿Tratáis de ese modo en la Quebrada del Buitre a los que quieren batirse noblemente?

—¡Oh!, sí, con mucha nobleza —dijo Pete con sorna—. Tienes muchas cosas que explicar en el calabozo... y no saldrás de él hasta que lo hagas. No esperabas perder este combate, ¿verdad?

El desconocido no contestó. No le dejaba hablar el asombro.

—No, no lo esperabas —continuó Pete Rice—. Mientras yo dormía, y mientras mis pistolas se secaban en la ventana de mi casa, sustituiste las balas por otras de fogeo.

—¡Yo no hice tal cosa! —protestó vehemente el herido.

—Lo haría entonces alguno de tus compinches. Y tú la sabías. Por eso te mostrabas tan valiente. Querías arrastrarme a una lucha “noble” para matarme. Sabéis que en este país a eso no se le llama asesinato.

El *sheriff* se echó a reír.

—Pero cuando yo recogí mis armas —después de oír los tiros que tú disparaste para atraerme— conocí por su peso que allí había ocurrido algo extraño. Llevo muchos años manejando revólveres

para que no se me ocurra examinarlos antes de utilizarlos. Mientras corría hacia aquí cambié los falsos cartuchos por balas legítimas.

Desapareció su sonrisa. Su rostro adquirió la acostumbrada gravedad.

—Ahora necesito saber quién se esconde detrás de todo esto. Está claro que tú eres un pistolero alquilado. Si me dices la persona que te pagó... tu situación mejorará bastante.

El pistolero se tranquilizó algún tanto.

—Déjemelo pensar un poco, *sheriff* —suplicó—. No puedo recordar exactamente lo sucedido. Ayer bebí mucho.

—Pues ahora no estás borracho —replicó Pete con energía—. Si lo estuvieras, dirías la verdad. Es bien sabido que los ebrios dicen las verdades y, en compensación, mienten más de lo necesario cuando están serenos. Ven conmigo a la cárcel. Hay que curarte enseguida.

El *sheriff* recogió las pistolas, se las guardó en un bolsillo y salió con su preso a la calle.

La taberna volvió a llenarse de ruidos. Los bebedores habían perdido el miedo que les invadía unos momentos antes. Algunos aclamaban a *Pistol Pete Rice*. Otros dirigían insultos al derrotado matón. Y no faltaba quien murmurase “que debía colgarse al hombre capaz de hacer aquellas jugarretas”.

Pero Pete no dedicó la menor atención a aquellos comentarios. A los pocos minutos tenía al prisionero en un calabozo y enviaba a buscar al doctor. Luego se dispuso a marchar.

—No permitas que vea al preso nada más que el médico —advirtió al carcelero.

—Nadie lo verá como no se meta por la cañería del lavabo —contestó el empleado.

Pete salió a la calle. Al volver a donde había dejado atados a “Rowdy” y a “Vulcano”, le asaltó un extraño presentimiento. El perro ladró alegremente cuando Pete lo desató, pero el *sheriff* lo acarició abstraído. Tenía la sensación de que aquella noche ocurrirían sucesos desagradables.

Mientras galopaba de regreso a su casa se puso a atar cabos. ¿Dónde estaba Tod Carey cuando sonaron las detonaciones que le obligaron a lanzarse apresuradamente a la calle? ¿Tendría el pistolero un cómplice? ¿Habría desaparecido Tod, por quien había

prometido velar?

La señora Rice estaba en la pequeña galería de la casa cuando Pete llegó.

—Pareces muy preocupado, Pete —dijo la anciana—. ¿Marcha todo bien?

—Perfectamente, madre.

Pete miró a su alrededor. No se veía a Tod Carey ni por el jardín ni por la ventana de la cocina. Pero el *sheriff* procuró dar a su rostro una expresión de tranquilidad. Siempre tenía por norma no alarmar a su madre. Y las palabras que a continuación pronunció la anciana pusieron a dura prueba sus nobles esfuerzos.

CAPÍTULO XI

EL SECUESTRADOR

—¡Qué joven más agradable el que enviaste a buscar a “Sonny”!
—dijo la señora Rice—. ¡Y, además, tan educado! ¿Hace mucho que trabaja para Sam Hollis?

—No mucho, madre —contestó Pete.

Tal había sido la treta que el educado joven había empleado. Por lo visto, se había presentado a buscar a Tod y había dicho a la señora Rice que trabajaba en el almacén de Sam Hollis. La señora Rice, incapaz del menor engaño, nunca lo sospechaba en los demás.

—¿Y cuánto tiempo hace que se han ido, madre? —preguntó Pete.

—Oh, a los pocos minutos de marcharte tú. El joven se llevó a “Sonny”. Dijo que tú le enviabas a buscarlo y que Tod estaba jugando con los chicos de Latham en la carretera. ¿Es que ocurre algo, hijo?

Pete sonrió forzosamente. Encaminó a “Rowdy” por el sendero del jardín que conducía a la casa de Latham.

—Voy a ver si encuentro al muchacho, madre —dijo a la anciana.

Ya lejos de la casa, en el alto chaparro que se extendía por detrás del jardín, el sheriff desmontó y examinó atentamente el terreno. Encontró las huellas de los cascos de “Sonny”. Y encontró las de otro caballo que había estado trabado por allí cerca.

Las huellas se alejaban hacia el Sur. Pete saltó a la silla y espoléó a “Rowdy”. “Vulcano” se había dado cuenta de lo que se trataba. Corría delante del caballo, con la nariz pegada a la tierra.

La pista continuaba hasta la curva del camino de Mesa Ridge y después se desviaba a la izquierda. Pete se alegraba de haber llevado a “Vulcano”, pues dentro de poco sería de noche y, sin él,

nada habría podido hacer.

Un cuarto de hora más tarde, Pete llegaba a la Cresta del Alamo. De haber habido luz —y distaba mucho de ello— podría haberse asomado a la parte Norte del Valle de Agua Fría y, posiblemente, habría descubierto al secuestrador y su presa que atravesaban aquel amplio espacio.

El *sheriff* sabía que estaba sobre la buena pista. El mastín corría sin titubear delante del caballo, cuya marcha había refrenado Pete ligeramente, pues aquellos espesos grupos de árboles se prestaban para una emboscada.

Las manos del *sheriff* iban siempre próximas a sus pistolas. La cola de “Vulcano” se movía con creciente nerviosidad. El animal corría en zig-zag. Al parecer, se encontraba muy cerca de su objetivo. Torció por un sendero que serpenteaba por entre unas desiguales hileras de álamos. Reinaban en el bosquecillo las tinieblas, excepto en aquellos sitios iluminados por la luna, que se filtraba por los claros de los árboles.

De pronto, el mastín empezó a ladrar furiosamente y se puso a saltar ante “Rowdy”, como un perro de pastor que intenta desviar una vaca. El caballo se alzó sobre sus patas. Un jinete menos experto que Pete Rice habría salido lanzado. Pero Pete se mantuvo en la silla y logró detener su cabalgadura.

El *sheriff* se dio cuenta de que “Vulcano” quería advertirle algo. ¿De qué se trataba? ¿Acecharía el enemigo tras aquellas malezas que tenía delante? ¿Se le habrían unido otros cómplices?

—¿Qué pasa, “Vulcano”? —preguntó Pete.

El perro agitó la cola y ladró nerviosamente. Ya no saltaba; daba vueltas en torno al terreno limitado por dos árboles. Pete Rice saltó instantáneamente de su caballo y procedió a investigar. Sus manos se apoyaban en las culatas de sus revólveres.

El sendero estaba atravesado por un delgado alambre tendido entre los dos árboles, y colocado a la altura del pecho de un jinete. Sujeto a uno de los troncos, con el extremo del alambre atado alrededor del gatillo, se veía un fusil cargado.

Cualquier jinete, por muy cautamente que caminase, habría tropezado con el obstáculo que cruzaba la senda. Y la más ligera presión habría hecho que se disparase el fusil apuntado a lo largo del alambre. Un rifle, posiblemente habría fallado, pero la pesada

carga del fusil no habría dejado de dar en el blanco.

El *sheriff* desató el arma y lo colgó de su arzón, con el cañón hacia abajo. Había escapado por un pelo a la muerte. “Vulcano” le había salvado. Se inclinó y palmoteó la noble cabeza del mastín. Los ojos de “Vulcano” brillaron de placer en la oscuridad. Su cola golpeaba contra el tronco de un álamo.

—¡Has estado bien, “Vulcano”, has estado bien! —le decía Pete—. Ya te mereces algo más que esa placa de comisario que llevas al cuello.

El *sheriff* trató de desentrañar cómo el perro había encontrado la trampa. El animal era inteligente e intuitivo, pero era mucho creer que su instinto le hubiera avisado el peligro de aquel alambre tenso y de la máquina unida a él.

La conducta del perro debió de tener su origen en una acumulación de huellas cerca de aquel sitio, decidió Pete.

El fugitivo, ingenioso y ocurrente, no había que negarlo, había, probablemente, pisoteado repetidas veces el sendero antes de conseguir colgar convenientemente el alambre y sujetar el arma en exacto ángulo recto. El olfato de “Vulcano” le había dicho que allí había ocurrido algo extraordinario.

“Rowdy” reanudó la marcha, guiado siempre por el perro. Se podía confiar en que él animal no dejaría de advertir cualquier otro peligro. Pete aguzó el oído. No se oía otro ruido que el grito de los animales nocturnos, el rítmico golpeteo de los cascos de “Rowdy” y los blandos aullidos que de vez en cuando lanzaba “Vulcano”.

Pero los aullidos del perro se hicieron más frecuentes. Corría ahora por un terreno más despejado que le permitía acelerar el paso. Ladró una o dos veces con ansiedad.

Pete se dio cuenta de que el secuestrador estaba cada vez más cerca. Detuvo su caballo un segundo sobre la última loma que dominaba el Valle de Agua Fría. Llegaba hasta allí el débil rumor del galope de un caballo a lo lejos.

El *sheriff* lanzó a “Rowdy” cuesta abajo. Corría el animal tan velozmente, que dejó a “Vulcano” atrás. Pete ya no lo necesitaba tanto. No habría más trampas, puesto que se encontraban en terreno despejado. Lo importante ahora era alcanzar al malhechor.

Llegaron a una brusca pendiente que terminaba en el fondo del valle. Pete obligó a “Rowdy” a tomarla. Caballo y jinete, medio

corrieron, medio se deslizaron hasta llegar a la carretera. Había habido cierto peligro en tan rápido descenso, pero, con él, Pete había ahorrado una milla de camino, por lo menos.

Podía ya oír distintamente el golpeteo de los cascos fugitivos. Ganaba terreno a ojos vistas. “Rowdy” avanzaba con la velocidad y la gracia de los halcones de roja cola que volaban sobre aquel semidesértico terreno. Pete iba muy animoso. Se acercaba el desenlace triunfal. De pronto, se sintió desfallecer. ¡Allá lejos habían sonado dos disparos!

¿Qué podían significar? No había más que una posible contestación, desgraciadamente. Si oía el ruido de los cascos de los caballos del secuestrador y de Tod, también aquél tenía que oírle a él. ¿Habría disparado el criminal contra Tod en un desesperado intento de huída? Conseguiría de este modo que su perseguidor se detuviera a examinar al muchacho para ver si todavía vivía y prestarle ayuda para salvarle.

Pete concentró todas sus energías en supremo esfuerzo. El acero de sus espuelas sacó a “Rowdy” la última onza de velocidad. Las aceradas herraduras del caballo batieron un rápido “tatú” sobre el suelo del desierto.

El aguzado oído del *sheriff* percibió de nuevo el galope de un caballo. Escuchó atentamente. Era sólo un animal el que ahora galopaba. Indudablemente, el que montaba el secuestrador. ¡Entonces, era cierto! El criminal había disparado contra el muchacho para facilitar su huída.

El cuerpo de “Rowdy” se distendió en loco frenesí de velocidad. Era como una flecha de carne lanzada a los vientos. Y, de pronto, al transponer una pequeña curva, surgió la temida revelación. Atravesada en la senda yacía la pequeña figura de un muchacho... ¡la inconfundible figura del joven Tod Carey!

CAPÍTULO XII

EL HOMBRE MISTERIOSO

Salió una voz de la oscuridad.

—¡Alto! ¿Quién va? ¡Levante las manos y no toque el revólver!

Era la vez del joven Tod Carey. Pete sintió que el corazón le estallaba de alegría. Había temido que el muchacho estuviera muerto o gravemente herido.

—¡Soy yo... Pete! —gritó el *sheriff*.

Tod se puso en pie de un salto.

—No conocí a “Rowdy” en la oscuridad, *sheriff*— dijo, corriendo hacia Pete —.

—¿Verdad que no estás herido, Tod? —preguntó Pete con ansiedad.

—¡Estoy sano y salvo, patrón!

—Pero, entonces, aquellos disparos...

—Los hice yo mismo. Tenía una pistola escondida en la bota. No me la encontró el hombre que me llevaba.

Tod procedió a explicar todo lo que le había sucedido. Cuando su raptor oyó que se aproximaba un caballo, le entró el pánico. Cortó entonces las ligaduras del prisionero para apoderarse de “Sonny” y huir así en el caballo más rápido. Acto seguido saltó sobre el alazán y desapareció en la noche. Fue entonces cuando Tod sacó la pistola que llevaba escondida y disparó dos veces contra el fugitivo.

—No sé si le di —comentó el muchacho—. De todos modos, continua corriendo. Quise dispararle todo el cargador, pero tuve miedo de herir a “Sonny”.

Pete le palmoteó cariñosamente la espalda.

—¡Eres un valiente Tod! ¡Sí, señor! ¡Eres un valiente!

El muchacho sonrió orgulloso.

—Tuve grandes dudas de si sería usted o no —prosiguió—. Me quedaban cuatro balas en la pistola y le habría hecho un gran recibimiento de tratarse de un bandido. Por eso me tendí atravesado en el sendero.

—¡Chócala, Tod! —dijo Pete tendiéndole la mano. El muchacho se la estrechó calurosamente.

—Todo lo hiciste muy bien, Tod. Nadie lo habría hecho mejor que tú.

—Lo único que siento es que no he podido impedir que se llevara a “Sonny”. ¿Cree usted que le hará daño?

Pete se echó a reír.

—Lo más probable es que “Sonny” se lo haga a él. “Sonny” conoce bastantes tretas. No llevará muy lejos a su jinete.

Pastando la rala hierba que crecía unos metros más allá, encontraron el caballo del bandido, y Tod montó en él.

—Desde aquí podríamos dirigirnos a Agua Fría —sugirió Pete—. Veremos qué informes me dan Teeny y “Miserias”.

Los dos camaradas continuaron hacia el Sur. Pete no había perdido la pista del secuestrador, pero el caballo que montaba Tod estaba ya muy agotado, y el *sheriff* no quiso dejar solo al muchacho mientras perseguía al bandido.

Mientras descendían, el *sheriff* iba escuchando intensamente, y a los pocos minutos se sintió recompensado. Sus oídos percibieron un lejano rumor. Era el acompasado galopar de un caballo.

—¡Ese es “Sonny”!... ¡Apostaría la vida! —exclamó Pete.

Lo era. Sonó un relincho en contestación a un silbido de Pete, y el magnífico alazán apareció a la vista. Unos minutos después alargaba su cuello hacia Pete, rozándole la manga con el morro en busca de caricias. El *sheriff* se abrazó a su musculoso cuello.

—¡Ya sabía yo que no tardarías mucho en desprenderte de aquel mal jinete, querido “Sonny”! —le decía.

Contempló los flancos del alazán. Había en ellos enormes rasgaduras causadas por los furiosos espolazos del fugitivo. Pete las sintió cómo si las llevara en sus propias carnes.

—Todo lo que podemos hacer es coger el coyote que te hizo esto —murmuró al oído del animal—. Vamos, “Vulcano”. Cumple tu misión. ¡Que no se diga que un bandido despistó a un comisario como tú!

Pete saltó a “Sonny”. Tod se encaramó a “Rowdy” y sacudió una palmada al tercer caballo para que partiera en busca de su propio hogar. El mastín iba olfateando el terreno. Era sólo cuestión de tiempo el encontrar al malhechor. Este carecía de cabalgadura, y era también muy posible que le hubiese alcanzado una de las balas de Tod.

Pero la insistente afirmación del muchacho de que su raptor era un hombre muy listo, quedó confirmada cuando “Vulcano” llegó rastreando hasta el borde de un riachuelo que rodeaba la parte Norte del Valle de Agua Fría y allí se puso a ladrar fútilmente. Era fácil adivinar lo sucedido. El bandido había robado un barquichuelo y había huido río abajo a fuerza de remos.

Pete tuvo una idea. Se la dio el fusil que estuvo a punto de matarle cuando lo del alambre atravesado en el sendero. Era un arma valiosa y muy buen aspecto. Seguramente conservarían en Agua Fría el número de su licencia.

Palidecían las estrellas en el cielo cuando los dos camaradas descendían por la loma del Sur. En el silencio del valle sonaban los cascotes de sus caballos como tambores enfundados. Cuando entraban en el pueblo de Agua Fría brillaban sobre los picachos del Pompano los primeros rayos del sol mañanero.

Pete se sentía inclinado al mutismo, y el joven Tod Carey parecía satisfecho con caminar al lado de un hombre que idolatraba, aunque tuviera que reservarse sus pensamientos. El *sheriff* contemplaba pensativo el árido valle, preguntándose por qué Gila Kid codiciaba aquel al parecer inútil terreno. La experiencia aseguraba a Pete que no podían existir minerales bajo su superficie.

Hicks “Miserias” y el comisario Larry Keeler salieron a su encuentro cuando desmontaron ante la oficina del último. “Miserias” tenía poco que informar.

—Parece como si hubieses asustado a Gila Kid, obligándole a abandonar el país —observó “Miserias”.

—Es muy posible —dijo Pete. Pero tenía el presentimiento de que no tardaría en volver a saber del bandido.

El *sheriff* entró en el despacho del comisario y sacó el fusil.

—¿Conoces esto, Larry? —preguntó.

Larry Keeler cogió el arma y la examinó atentamente.

—Creo que sí, *sheriff* —dijo al fin—. Es un arma muy extraña.

No hay muchas iguales por esta región. Apuesto que es la que he visto llevar a Jimmy Calderon más de una vez.

—¿Dónde vive ese individuo? —preguntó Pete.

—Vivía antes en el barrio mejicano, pero acaba de trasladarse al camino de Todhunter.

—Vamos para allá a charlar un rato con él —sugirió el *sheriff*.

Teeny Butler se les unió, y los cuatro representantes de la ley y Tod Carey montaron en sus caballos y bajaron lentamente por la calle principal.

Ya en las afueras de la población Keeler guió la pequeña cabalgata por el camino de Todhunter, y tras una galopada de unos minutos, se detenían todos ante una pequeña choza situada a poca distancia del camino. Larry golpeó la desvencijada puerta. Nadie contestó.

Larry volvió a llamar más fuerte y con más insistencia. El comisario se volvió a sus compañeros.

—Quizá esté durmiendo la borrachera de “tequilla” —dijo.

Volvió a llamar. Entretanto, Pete Rice había desmontado y examinaba la puerta. Era evidente que estaba cerrada por dentro. ¿Por qué no contestaba Calderón, entonces?

—Algo extraño ocurre aquí —dijo Pete—. Echemos abajo la puerta.

El *sheriff* apoyó el paso de su cuerpo contra los tablones. La puerta crujió y cedió. Penetraron en la cabaña los visitantes. La mirada de Pete la recorrió con pasmosa celeridad. Había una mesa arrimada a la pared. Se veían sobre ella algunos alimentos a medio comer. El fuego de la estufa se había apagado. Habían desaparecido algunas ropas que debían de colgar de una percha. Al parecer, el dueño de la choza la había abandonado apresuradamente saltando por la ventana posterior que había dejado abierta.

—Parece ser que Jimmy ha emprendido el vuelo —observó Larry Keeler—. Debía de estar comprometido en este negocio ¡Quién lo iba a decir! Parecía honrado, y vivía aquí solo y sin muchas necesidades.

—La soledad no siempre es indicio de honradez —dijo Pete—. Las fieras no gustan mucho de compañía. Bien, puesto que el pez se nos ha escapado, volvamos a Agua Fría.

Abandonaron la choza y montaron en sus caballos. Pete

masticaba su goma, pensativo. ¿Sería Jimmy Calderón el misterioso Gila Kid?

Era posible. ¿Por qué no? Nadie había visto nunca a Kid. Nadie... excepto el guarda-frenos del tren asaltado que había tenido ocasión de echar un vistazo a “un hombre de aventajada estatura, que llevaba zahones como los mejicanos”.

Pero Tod Carey había afirmado que su raptor era un joven de buen aspecto; y Larry Keeler había descrito a Calderón como un hombre de unos cuarenta años, tostado por los soles del desierto. ¿Sería Calderón el asaltante del tren, y el secuestrador? ¿Gila Kid... o viceversa?

Pete se sentía cada vez más preocupado. Cada pista que seguía parecía hacer más impenetrable aquel misterio del Valle de Agua Fría. Hicks “Miserias” aproximó su pequeño ruano al alazán de Pete.

—Escucha, patrón. En aquel montículo hay un hombre que parece muy interesado en lo que estamos haciendo.

Pete levantó la cabeza, prestas todas sus facultades a entrar en rápida acción. Su penetrante mirada se posó sobre un montículo situado un poco más arriba del camino de Todhunter. Creyó, en efecto, percibir la figura de un hombre que se movía con rapidez por entre los árboles y malezas que coronaban la altura. Indudablemente creía que no podía ser visto, pero cada movimiento del ramaje delataba su presencia y sus solapadas intenciones.

—Seguid caminando, muchachos —ordenó Pete a sus compañeros—. Seguid como si nada hubiera sucedido. Yo daré la vuelta al amparo de esta loma y sorprenderé por detrás a ese individuo. Veremos de quién se trata.

Tod y los comisarios siguieron sus instrucciones. Continuaron caminando indiferentes hacia el camino de Todhunter. Pete guió a “Sonny” por detrás de la loma y después rodeó cautelosamente el montículo. El hombre oculto tras la cortina de arbustos apenas se dio cuenta de que faltaba un jinete del grupo hasta que Pete se echó sobre él.

El *sheriff* espoleó a “Sonny”. El alazán trepó por la rampa de la colina en saltos vigorosos. Ya cerca de la cumbre, Pete pudo ver que el desconocido se había dado cuenta de que faltaba un jinete y no estaba dispuesto a sufrir interrogatorios. Corría en aquel momento a

su caballo y un instante después lo lanzaba a todo galope por la senda que bordeaba la colina.

Debía de haber clavado frenéticamente las espuelas en los ijares de su cabalgadura, pues ésta saltaba y corveteaba como enloquecida. Pete advirtió, también, que el individuo no era precisamente una notabilidad como jinete. Unos espolazos más y el caballo le lanzaría al precipicio.

Pete desató su lazo del arzón de "Sonny". El caballo enemigo se había detenido en seco. A la próxima probablemente no tendría tanta suerte. Pero cuando el cuadrúpedo empezaba de nuevo a corvetear, el lazo de Pete salió disparado y fue a caer sobre la cabeza del inexperto jinete.

El caballo reculó espantado. La cuerda arrancó al desconocido de la silla. El caballo, misteriosamente aliviado de aquella carga, se lanzó al galope cuesta abajo. Un segundo después, Pete había desmontado y se encontraba junto al cautivo.

El individuo era casi tan corpulento como Pete Rice, pero más fuerte. Era más corto su cuello, su pecho más abultado, y las musculosas espaldas indicaban fuerza, ya que no gracia. Tenía los cabellos muy rubios, ojos azules, pómulos salientes y mandíbula cuadrada. Era el suyo el rostro de un luchador, y su actitud no desmentía a sus facciones.

—¿Qué quiere usted de mí? —preguntó a Pete—. Qué abuso es éste... de arrancar a un hombre de su montura?

—Soy yo el que preguntaré —le atajó Pete—. ¿Qué hacía usted aquí?

Los ojos azules del desconocido se posaron en la insignia del *sheriff*.

—No sé de lo que me habla usted —contestó—. Al parecer es usted *sheriff*.

—Exacto —dijo Pete—. ¿Y usted quién es? —preguntó secamente.

—Me llamo Carl Borklund —fue la respuesta.

—¿Qué hacía usted por estos parajes?

El desconocido titubeó unos segundos.

—Probablemente habrá creído, usted que estaba espiando —confesó—. Pero estaba buscando minerales. Esperaba encontrar algunos buenos ejemplares entre estas malezas.

Pete lo observó atentamente. ¡Minerales! ¿No sería aquella la causa de lo que venía sucediendo en el Valle de Agua Fría? Y, sin embargo, Pete Rice, criado en el Sudoeste y familiarizado con los minerales de la región, tenía la seguridad de que no había ninguno que valiera la pena en todo lo largo y lo ancho del valle.

Observó una vez más al forastero. Como en la mayoría de los luchadores, su rostro parecía noble y franco. Y, no obstante, aquella historia de los minerales parecía haber sido urdida para salir del apuro del momento. Había una extraña expresión en aquella mirada azul, como si el hombre estuviera mintiendo.

El *sheriff* cambió de táctica. Su voz se hizo más bondadosa.

—De vez en cuando vienen algunos mineralogistas a este país —dijo—. A mí me parece una extravagancia, pero hay quien se divierte con estas cosas.

Recogió un trozo de arcilla endurecida, arrancada por los herrados cascos de un caballo, y lo mostró al forastero.

—Este trozo de Ogalla es muy interesante, ¿verdad? —preguntó—. Se encuentran a montones por estos andurriales.

—Sí —contestó el desconocido con voz insegura—. Es muy interesante... Mucho.

El *sheriff* sonrió para sus adentros. El que se decía perito en minerales no sabía distinguir una formación de Ogalla de un trozo de arcilla endurecida.

—¿Por qué intentaba usted huir? —preguntó Pete.

—¿Huir? —replicó el otro—. ¿Por qué iba a huir, *sheriff*? Fue mi caballo que se espantó. Yo no tengo nada de jinete.

Pete examinó rápidamente la situación. Aquel hombre había mentido en lo de los minerales. Algún motivo le había llevado a aquellos parajes. Y, sin embargo, Pete no tenía nada específico de que acusarle... Como si hubiera leído los pensamientos de Rice, el forastero procedió a justificarse.

—No me ha encontrado usted quebrantando ninguna ley, *sheriff*. Me hospedo en el Hotel de Agua Fría. Me encaminaré hacia él, si usted me lo permite... es decir, si encuentro mi caballo.

Pete recorrió la cuesta con la mirada. Subía por ella Hicks "Miserias". Había cogido el caballo de Borklund y lo llevaba de las riendas.

—Mi comisario trae su caballo —dijo Pete al desconocido—.

Ahora se lo entregará a usted.

Se oyó como un roce entre los arbustos cercanos a Borklund. La mano de Pete acudió a su revólver. ¡Bang! La culebra causante de aquel ruido se retorció en agonía, colgante del cuerpo su cabeza. Borklund había desenfundado también su revólver. Disparó dos veces sobre el convulsionado reptil. Pete observó que el forastero podía ser un inexperto jinete, pero distaba mucho de ser un novicio con las armas.

¿Quién podía ser aquel Borklund? Aquel hombre, que parecía razonablemente honrado, había mentido descaradamente al explicar la misión que le había llevado allí. Aquel hombre no sabía montar, y tiraba como un maestro. Su torpeza como jinete, ¿habría sido un truco para disimular un oculto propósito?

El guarda frenos del tren asaltado había dicho que el hombre de los zahones era alto y fuerte, de amplios hombros y largas piernas. Este individuo tenía las mismas características.

¿Qué tenía, que ver el que decía llamarse Carl Borklund con el misterio del Valle de Agua Fría? Pete se proponía descubrirlo. Y la manera de lograrlo, era dejar marchar ahora a Borklund y sorprenderle cuando se creyera libre de sospechas.

Borklund podría ser culpable. Pero también, y por la misma razón, podrían serlo Raggan y Jimmy Calderón o Trant Rowland. ¿Formarían todos ellos una especie de banda?

Pero Pete se guardó de dejar entrever sus pensamientos.

—Perfectamente, Mr. Borklund —dijo con toda cortesía;— reconozco que yo no puedo impedirle que busque usted minerales por estos contornos. Celebraré poder saludarlo alguna otra vez. Adiós.

Y Pete Rice dio la vuelta y se alejó seguido de Hicks “Miserias”.

CAPÍTULO XIII

KID VUELVE A ATACAR

El sol formaba como una polvareda de luz dorada cuando los policías y su joven protegido, de regreso a Agua Fría, se detenían ante las oficinas del comisario Keeler.

Pete Rice sabía lo que significaba aquella luz amarillenta. Al desmontar miró hacia el Norte y vio unas nubes muy bajas que tomaban un color plomizo hacia las zonas desérticas. Se aproximaba una tormenta de arena. Podía descargar dentro de un par de horas; quizá se aplazara hasta la noche. Pero era seguro que se produciría. Pete conocía los síntomas.

Agua Fría estaba situada, mitad en el desierto, mitad al cobijo de la falda de los Pompones. Sus habitantes sentirían todo el fiero embate de la tempestad. Ellos y sus ganados sufrirían la furia del viento que silba y de la arena que vuela. Pero lo tomarían como la cosa más natural. Llegaría la tormenta arrancando y desgarrando, sin dar cuartel, pero los vecinos del Valle lo aguantarían todo resignadamente. Teeny Butler reconoció también los síntomas.

—Se aproxima el nublado —observó al mirar las nubes que comenzaban por el Norte—. ¡Yo no viviría en este Valle de Agua Fría aunque me lo sirvieran en bandeja de plata con una botella de Bourton al lado! ¿Por qué lo llamarán así, Pete?

Pete Rice se echó a reír.

—¡Vete a saber! ¡Agua Fría! ¡*Cold Water*! Sucede eso a veces con los nombres. Yo conocía a un individuo llamado *Small* (pequeño) que era unos pies más alto que yo, y otro llamado *True* (verdad) era el embustero más grande del Sur de Arizona. Así sucede con lo del Valle de Agua Fría. La mayor parte de su fría agua parece tenerla en el nombre.

El grupo entró en el despacho de Larry Keeler. Pete se sentó

detrás de la mesa. Masticaba su goma con una especie de rabia. Y era que su cerebro trabajaba con la misma violencia. Sus comisarios conocían las señales.

—¡Recoyotes! Es este un caso en el que parece que no se avanza —se lamentó Hicks “Miserias”—. ¡Con las ganas que tengo yo de entrar en acción!

—Hay casos, compañero —dijo Pete—, en que la madurez malogra los resultados. A veces conviene ir poquito a poco... y posando bien el pie.

El *sheriff* tamborileó con sus dedos sobre la mesa. De pronto abandonó su asiento.

—Quedaos aquí unos minutos, muchachos —dijo. Voy a echar un vistazo al depósito.

Pete atravesó apresuradamente el pequeño establecimiento funerario. En las losas de su trastienda yacían tres cadáveres. El *sheriff* no examinó el del bandido del cuello largo, muerto evidentemente por sus compañeros, ni el del individuo llamado Zeke, encontrado a espaldas del campamento de los mineros.

Pero empleó varios minutos en contemplar el cuerpo del sujeto barbudo que había aparecido colgado de un árbol en la hacienda de Jed Larking. Cuando se retiró de aquel lugar brillaba en sus ojos una idea.

—Larry, he pensado enviarte a la Quebrada —dijo a Keeler—. Quiero que me traigas aquel Raggan que tenemos en la cárcel.

Keeler no hizo pregunta alguna, y se puso en pie.

—Marcharé dentro de unos minutos, *sheriff*. El tiempo necesario para subir a mi cuarto a recoger unas cosas. ¿Quieres que meta al preso en nuestro calabozo local?

Pete asintió, y el belicoso comisario salió del despacho.

—¿Por qué no me enviaste a mí, patrón? —preguntó Teeny Butler—. Yo me las entendería mejor con Raggan, caso de intentar fugarse. Larry es valiente, pero abulta poco.

Pete contemplaba las espirales de arena que ya levantaba el viento en la calle principal.

—Porque creo que te necesitaré aquí Teeny-contestó —. A ti y a “Miserias”. Si esta tempestad no estalla hasta la noche, apuesto a que Gila Kid actuará a su amparo.

Hicks “Miserias” mostró enseguida su interés.

—¡Si siquiera supiésemos dónde anida ese coyote! —dijo más animoso.

—Esa es la cuestión —replicó Pete—. Pero no hay más remedio que esperar... y ver. Y ahora, amigos, lo mejor será que os vayáis a dormir. Es posible que tengáis que estar despiertos esta noche. No olvidéis de poner los caballos a cubierto, por si estalla la tempestad. Yo, entretanto, daré un paseo hasta las Rocas.

—¿Puedo ir con usted, *sheriff*? —preguntó Tod Carey.

Pete observó una vez más la inminente tormenta.

—Bien... sí. Quizá tengas una indigestión a fuerza de tragar arena, pero una cosa como esta es buena para enseñar a un joven que en la vida no es todo terciopelo y seda. ¡A caballo, Tod!

Cuando llegaron a las Rocas, Pete se dirigió hacia el desfiladero que desembocaba en el pequeño valle donde habían encontrado al bandido atado a su caballo.

Pete inspeccionó el terreno cuidadosamente. Tod Carey no le interrogaba, pero sabía que cada movimiento de Pete Rice tenía un significado. En una ensanchadura del desfiladero, donde crecían espesos arbustos y malezas, Pete detuvo a “Sonny” y desmontó. Subido a un pequeño montículo observó atentamente entre las rocas. Bajo una de ellas asomaba una culebra muerta. Estaba cubierta de hormigas y otros insectos.

—Ahora ya podemos volvernos, —dijo Pete.

—¿Pero hemos venido sólo para esto, *sheriff*? —preguntó Tod, asombrado.

—Para nada más, Tod. ¿Recuerdas aquel hombre llamado Preston que disparó su 45 cuando veníamos por aquí la otra noche?

Tod recordaba bien el incidente. Pete siguió explicando:

—Bien, pues Preston dijo que lo había hecho para matar a una culebra que se había movido por entre estas rocas. Mi descubrimiento prueba que dijo la verdad. De aquí en adelante ya no tendremos que sospechar de Preston. Este juego, Tod, es muy parecido al que llaman “poker”. En él tienen mucha importancia los descartes. Nosotros podemos descartar a Preston ahora.

Tod mostraba el mayor interés mientras cabalgaba junto al *sheriff*. Parecía estar disfrutando las mejores horas de su vida.

—Yo no habría sospechado tanto de Preston —continuó diciendo Pete—, si no hubiese sabido que era un vago impenitente.

Ten siempre por norma ocuparte en algo, Tod. El holgazán puede no ser hoy tan peligroso como malvado, pero siempre hay el peligro de que lo sea mañana.

Galopaba la pareja de regreso a Agua Fría. A una milla de la población alcanzaron a dos jinetes que resultaron ser Trant Rowland y un ranchero del valle llamado Sims Booneford. Los cuatro hombres entraron juntos en Agua Fría. Con el pretexto de una conversación casual, Pete estudiaba atentamente a Rowland.

—No hace muy buen día para andar a caballo —dijo Pete al advertir que el viento levantaba densas polvaredas.

—No hace muy bueno, *sheriff* —convino Trant—. Veo que se aproxima la tormenta y me parece que será mejor parar la noche en el pueblo que en la hacienda. Ya se está allí mal con buen tiempo, ¡conque figúrese lo que será una de estas turbonadas!

Booneford se echó a reír. Era un individuo de joven aspecto, tostado como un indio. Parecía de buena conformidad y tomaba alegremente las cosas como venían. Pero Pete Rice no podía apartar de su cabeza la idea de que había algo de engañoso e iluso en la manera de ser de Rowland. Éste continuó hablando de la aridez del Valle de Agua Fría hasta que la pequeña cabalgata entró en la población.

Pete y Tod se reunieron con los dormidos comisarios, a los que no levantaron de las mantas hasta bien avanzada la tarde, cuando Jed Larking entró en el despacho.

—Me enteré de que Tod estaba en Agua Fría —explicó el ranchero—, y vine para evitar que fuera a la hacienda con este tiempo. Bien, Pete, he hecho algunas averiguaciones por estos alrededores. No han sucedido grandes cosas, pero traigo algunas noticias.

Las noticias eran que un ranchero establecido a unas cuantas millas de la hacienda de Larking, había recibido una nota de Gila Kid. La nota amenazaba con envenenar la pequeña punta de ganado del ranchero, a menos que abandonara el valle en el término de una semana. Otra de las noticias era que casi todos los mineros habían levantado el campo.

—Este ha sido un gran éxito de usted, *sheriff* —terminó diciendo.

Larking metió su caballo en un cobertizo situado detrás de la oficina del comisario Keeler, y se encaminó a la taberna más

próxima. Era un bebedor razonablemente templado, pero no un abstemio.

Pete lo acompañó hasta la puerta de la taberna y siguió después hacia la estación. Se proponía telegrafiar a Larry Keeler a la Quebrada para que no regresase hasta la mañana siguiente, cuando hubiera pasado la amenazadora tormenta. Había entrado en las oficinas y acababa de agarrar el lápiz unido a una cuerda cuando le llamó la atención el telegrafista.

—¡*Sheriff!* ¡Algo ha ocurrido en Todhunter!

Pete Rice se puso inmediatamente al lado del operador que escuchaba con ansiedad lo que iban diciendo los golpecitos del acústico.

—¡Es Gila Kid, *sheriff!* Mi compañero dice que anda disparando tiros por la población y que...

El acústico guardó de pronto silencio.

—¡Gran Díos! —exclamó el operador—. Deben de haber matado a mi compañero. ¡Han cortado el hilo al otro extremo!

Pero Pete Rice se lanzaba ya fuera de la oficina y corría hacia la calle principal donde había dejado atado su caballo. El viento era ahora más alborotado. Pero si la tempestad aplazaba su furia. Pete y sus comisarios podrían llegar a Todhunter a tiempo de capturar a Gila Kid. Con un poco de suerte, el extraño caso del Valle de Agua Fría podría quedar aclarado aquella misma noche.

CAPÍTULO XIV

PISTA PELIGROSA

Pete y sus dos comisarios desataron apresuradamente del arrimadero sus caballos. Jed Larking los vio desde la taberna, situada enfrente, y salió a la puerta.

—Se trata de Gila Kid —le informó Pete—. ¡Creo que anda disparando tiros por Todhunter!

—Entonces me voy con ustedes —dijo Larking—. Y no estará de más que nos acompañen Dooneford, Rowland y otros individuos de valor probado. Nadie sabe los hombres que tendrá Gila Kid.

Tod Carey saltó del despacho corriendo.

—¿Verdad que me llevará usted, *sheriff*? —suplicó.

—Esta noche tú no vas a ninguna parte, Tod —dijo Larking severamente—. Esto es cosa de hombres. Te quedarás aquí.

Por primera vez desde que le conocía Pete, el joven refunfuñó un poco y se volvió al despacho de mala gana.

—Es preciso que le convenza usted, Pete —dijo Larking—. A usted le hace mucho más caso que a mí. No creo que debemos llevarle a una excursión tan peligrosa como esta.

Pete entró en el despacho.

—Estamos de prisa y no hay tiempo para hablar —dijo al muchacho—. Tu padraastro tiene razón. Esto es cosa de hombres. Tú todavía no tienes edad para este trabajo. Es muy triste verse golpeado sin poder responder. Cuando tengas un poco más de experiencia, te llevaré siempre entre mis caballistas.

Tod tragó saliva, pero bajó la cabeza.

—Está, bien, *sheriff* —murmuró—. Reconozco que lo primero que tengo que aprender es disciplina. ¡Que atrape usted a Gila Kid!

—Gracias —contestó Pete, y salió en busca de “Sonny”.

Los dos comisarios, Larking, Trant Rowland, Booneford y un

peón de éste, le aguardaban ya montados frente a la oficina. Pete saltó a “Sonny”, dio la señal, y el grupo se puso en marcha.

Salieron de Agua Fría arracimados y con la cabeza baja. Los caballos avanzaban con dificultad contra el viento huracanado. La tierra les cortaba el rostro con agudezas de navaja. Pete comprendió que se les echaba encima la tempestad.

Al subir la cuesta de Todhunter silbaba el viento en las ramas de los árboles que agitaba y retorció. La arena se elevaba del desierto en remolinos que giraban en el aire como cuchillos esgrimidos por un atacante invisible.

A Pete no le preocupaba la tempestad en sí misma. Le disgustaba porque dificultaba el avance de sus hombres. Era un elemento que trabajaba en favor de Gila Kid. Pero “Sonny” sabía también luchar contra el viento con inigualable bravura.

Iba oscureciendo rápidamente. Dentro de veinte minutos los caballistas se moverían en las sombras. De vez en cuando azotaba sus rostros alguna rama desgajada. Pero seguían adelante. Salieron por fin a campo descubierto y se dispusieron a escalar la loma a cuyo final se encontraba Todhunter. Rugía allí la tempestad en toda su violencia.

Pete se quitó el limpio pañuelo del cuello e improvisó un sombrero que protegía los ojos y las fosas nasales de “Sonny”. Caminaba a la cabeza del grupo, cubriéndose el rostro con los brazos. Se alegraba de no haber llevado a “Vulcano”. El valiente mastín inglés nunca había sufrido una tempestad de arena.

—¡No puede durar mucho! —animaba Pete a sus hombres—. ¡Dentro de algunos minutos todo habrá pasado!

Se cumplió su profecía. Dos millas más allá, el viento aminoró su violencia. Pero ya era completamente de noche. Por la parte del desierto empezaba a elevarse la luna nueva sobre los Pompanos. Parecía regar de sangre aquellas soledades.

Esta sensación pareció aumentar el deseo de Pete Rice de llegar cuanto antes. Sabía que Todhunter era un pequeño empalme del ferrocarril. Vivían allí pocos hombres, inofensivos jornaleros no acostumbrados a luchar a tiros. Seguramente que no habrían podido resistir el ataque de Gila Kid y sus secuaces.

Los caballos agitaron más rápidamente sus patas, moviéndolas con ritmo de pistones. Traspusieron un montículo y apareció a la

vista el ferrocarril de línea corta. Brillaban sus rieles bajo la luz de la luna como dos regueros de plata.

El grupo galopó paralelamente a la vía sin encontrar una curva durante tres millas. Siguió luego una revuelta y, tras un corto descenso, apareció el poblado de Todhunter. Un pequeño grupo de hombres salió a recibirlos en las afueras del pueblo. Uno de ellos corrió hacia Pete. Era el telegrafista local. Llevaba la camisa manchada de sangre en el sitio en que una bala le había rozado el hombro.

—Llega usted un poco tarde, *sheriff*. El bandido armó la gran jarana con sus hombres y después huyeron todos hacia el Sur. A mí me hirieron en el rostro cuando iba a transmitirle un mensaje a Agua Fría. Tuve que escapar de la oficina. Los vi que cortaban los alambres. Y me quedé sin saber si había recibido usted mí aviso.

—¿Hay algún herido más? —preguntó Pete.

—Al agente de la estación le pegaron un tiro en la mano cuando hacía fuego sobre Kid por la ventana del depósito.

—¿Cuántos hombres acompañaban al bandido?

—Siete u ocho. Quizá diez. Preocupados en buscar refugio, no nos entretuvimos en contarlos.

—¿Visteis a Gila Kid en persona?

—Pues... sí y no. Iba enmascarado. Debe de ser mejicano, pero es un poco más corpulento que el promedio de los habitantes de ese país. Es tan alto como usted... y más fuerte. Llevaba unos zahones verdes, y esgrimía dos revólveres que disparaba sin cesar.

—¿De seguro que era Gila Kid?

—Eso creemos nosotros. Ahora usted piense lo que quiera.

Pete espoleó a "Sonny". Unos centenares de metros más allá le detuvo junto al gran tanque utilizado por las locomotoras del Southern Arizona. Rebosaba el agua y caía por sus costados.

Pete pudo ver la causa a la luz de un farol de la estación. La chapa estaba perforada por varios sitios. Estas perforaciones formaban las letras "G. K."

—Las dibujó a tiros el hombre de los dos revólveres —explicó el telegrafista.

Pete comprendió. Gila Kid había hecho una visita a Todhunter y, al parecer, se había marchado sin llevar ningún botín. Evidentemente, su objeto había sido sembrar el terror; y en un

alarde de bravuconería, como burla al *sheriff* Pete Rice, había dejado su firma, para que todos la vieran en el tanque de agua.

Pete Rice contempló el tanque unos momentos con expresión severa. Desmontó y se dirigió al almacén fronterero al depósito. Este almacén era una construcción de madera toscamente labrada.

Todhunter había sido fundado unos años antes por unos parientes de la madre de Tod Carey que se llamaba María Todhunter. El poblado nunca había sido muy próspero, pero ahora parecía más abandonado que nunca. Las fachadas de las casas estaban acribilladas a balazos, y no había un vidrio sano en ninguna ventana.

Pero los habitantes se mostraban animosos. Conocían la reputación de Pistol Pete Rice; sabían que el *sheriff* seguiría la pista a Gila Kid y que sólo algún suceso imprevisto le impediría capturar al bandido. Muchos de los hombres preparaban ya sus caballos para acompañar al *sheriff*.

Pete consintió en que le acompañasen dos o tres de los mejores tiradores. Los dos heridos y los trabajadores de la vía, poco acostumbrados a montar, debían quedarse en el pueblo. El *sheriff* organizó rápidamente la pequeña cabalgata.

—*All right*, muchachos! —exclamó—. ¡Marchemos ya! Pero si alguno de vosotros tiene familia, mejor será que se quede.

Los jinetes salieron de Todhunter y se orientaron hacia el Sur. Iban en fila y charlaban animosos. A Pete le fue fácil seguir las huellas de los fugitivos. La luna estaba ya muy alta en el cielo.

Desaparecieron gradualmente cactus y mesquites, y el aroma de la salvia invadió el aire. Más tarde, al atravesar estrechas cortaduras y cañones, se llenó el ambiente de fragancias de pino y enebro. Al fondo la cordillera de los Pompanos se destacaba negra e inaccesible. Pete refrenó a “Sonny”. Tenía que ir observando el rastro mientras galopaba, y no convenía alejarse mucho de sus comisarios y del resto de los caballistas. Una cosa era el valor y otra la temeridad.

Las huellas iban a perderse en un bosquecillo de malezas y pinos. Algo decía a Pete que el peligro no estaba lejos de allí. El instinto le trompeteaba en las venas como un clarín de aviso. Reinaba la mayor oscuridad en el bosquecillo, a pesar de la luna. La mirada de Pete trató de perforar las sombras.

Su intuición, su experiencia, le decían que el peligro acechaba tras aquel grupo de pinos. Los fugitivos podían haber soslayado los árboles y ganado tiempo tomando otro camino. ¿Por qué, pues, se habían metido deliberadamente en aquel bosquecillo? ¿Proyectaban alguna emboscada contra sus perseguidores?

La suposición era muy lógica. Pete hizo que sus hombres avanzasen extremando la cautela. Su sexto sentido había entrado en funciones. Sentía casi unos ojos hostiles que le miraban a través del ramaje. Y cuando surgió de él un ramalazo y silbó una bala sobre su cabeza, apenas le causó sorpresa.

Pete se arrojó de “Sonny” instantáneamente. Una palmada en el flanco del alazán le hizo alejarse de la zona del peligro. El *sheriff* emitió un débil silbido... una señal convenida de antemano para que sus hombres desmontasen y pusieran a resguardo sus caballos.

Pete se había ya arrojado al suelo y sus dos Colts ladraban alternativamente. Disparaba hacia los fogonazos que surgían de la oscuridad, para cubrir a sus hombres mientras desmontaban.

Vio que una figurilla se adelantaba corriendo por la derecha. Conoció instintivamente quién era. Hicks “Miserias” se mostraba siempre en la lucha de un modo impetuoso que, a veces, ya no era valor sino imprudencia.

—¡”Miserias”! —gritó Pete—. ¡Échate al suelo!

Hicks “Miserias” se arrojó a tierra en el preciso momento en que cruzaban dos balas por el sitio en que había estado su cabeza. El jornalero de Booneford cayó alcanzado por un balazo, pero gritó inmediatamente que todavía estaba en pie, ya que el plomo sólo le había tocado el antebrazo.

Jed Larking, tumbado junto a Pete, se batía con el mayor entusiasmo.

Había llevado un rifle y lanzaba un proyectil a cada fogonazo del enemigo.

Salió de las malezas un grito penetrante que fue amortiguándose en largo sollozo. Reinó luego el silencio por aquel sitio.

Pero los bandidos luchaban todavía con entusiasmo. Debían de haber comprobado que tenía ventaja numérica. Granizaba balas. Booneford se vio obligado a retirarse con un balazo en el hombro, y el gran chambergo de Teeny Butler voló de su cabeza. Llovían hojas de los árboles y saltaban astillas de los troncos.

El impetuoso Hicks “Miserias” había vuelto a adelantarse, y Pete vio, casi demasiado tarde, que asomaba un rifle por entre unas ramas apuntando al comisario. Pete disparó rápidamente. El individuo del rifle soltó el arma y se desplomó junto a ella.

Uno de los vecinos de Todhunter había llevado un rifle de repetición. Sus agudas y frecuentes detonaciones contribuían en gran parte al estruendo de la batalla.

Sonaron gritos de terror entre los bandidos. Su fuerza estaba desmoralizada. Habían quedado reducidos a un número que casi les igualaba con el de sus perseguidores. Pete Rice silbó por tres veces. Era la señal convenida para rodear a los malhechores.

Hicks “Miserias” fue el primero en destacarse. Un momento después los característicos ladridos de su 45 anunciaron que había alcanzado sin novedad un punto ventajoso. Del lado opuesto salió un grito de triunfo del tejano Teeny Butler. Uno de los bandidos abandonó su refugio y empezó a retroceder sin dejar de disparar. El *sheriff* lo derribó de un balazo en la cadera. Podría haberle dado en el corazón pero nunca arrancaba vidas innecesariamente.

Se lanzó hacia adelante sabiendo que se exponía, pero sabiendo, también, por anteriores experiencias, que los pistoleros pagados, como él creían que eran aquellos, temían el cuerpo a cuerpo más aún que a las balas.

Sonaba hacia la derecha el chasquido del látigo de Teeny Butler. El corpulento tejano se estaba despachando a su gusto esgrimiendo su arma favorita. Se componía ésta de una larga tira de piel seca unida a un corto mango de hueso. No mataba, pero manejada por el gigantesco comisario, era un instrumento terrible.

—¡Me rindo! —oyó Pete que gritaba alguien—. No disparéis en esta dirección. ¡Me rindo!

—¡Mejor será que os rindáis todos a un tiempo! —gritó Pete—. ¡Arrojad las armas! Estáis perdidos. Es inútil derramar más sangre... a menos que lo deseéis. ¡Salid con las manos en alto... y vacías! ¡Alto el fuego, muchachos! —ordenó a sus hombres—. Démosles una oportunidad. —Y añadió, dirigiéndose a los bandidos:— ¡Salid pronto! No os concedo más que diez segundos. ¡Aprovechadlos! ¡Reunios y salid con las zarpas bien levantadas!

Hubo un silencio de varios segundos y, a continuación, surgió una fila de cinco hombres de entre los árboles. Llevaban las manos

en alto. Uno de ellos cojeaba ligeramente.

Pete los condujo a un pequeño descampado, donde podría verlos a la luz de la luna. Dos de los hombres eran gruesos y tenían cabellos rojizos. Pete los juzgó hermanos y, posiblemente, mellizos. Un tercero era también americano por su aspecto y su traje. Los otros dos no había duda de que eran mejicanos, por su tipo.

El *sheriff* se sintió decepcionado, aunque ya se lo esperaba. Desde el principio del empeñado combate había abrigado pocas esperanzas de que Gila Kid estuviera por allí cambiando balas. Gila Kid no luchaba de aquel modo. Ya debía de estar galopando hacia el Sur. Quizá fuera posible seguirle la pista; posiblemente alguno de los prisioneros se prestaría a revelar su escondite.

—¿Dónde está el resto de vuestra banda? —preguntó Pete, dirigiéndose a uno de los individuos de cabello rojizo.

—No somos más —contestó el sujeto—. Algunos perdieron las ganas de pelear en cuanto oyeron el primer lamento, y enseguida tomaron billete para Villadiego. Otros dos, quizá más, han quedado tiosos entre los árboles.

Pete penetró en la espesura. El individuo del pelo rojizo tenía en parte razón. Había allí tendidos tres hombres en diversas posturas de muerte. Pete volvió a salir.

—¿Dónde está Gila Kid? —preguntó al pelirrojo.

—¿Cómo diablos quiere usted que lo sepamos? —contestó el prisionero—. Yo no sé más que lo que he dicho.

—Será mejor para ti que nos ayudes —insistió Pete.

—Lo comprendo *sheriff*, pero no puedo hacer más. Nunca le hemos visto sin antifaz. Esta tarde se presentó en Hole Squatter, que es donde yo vivo con mi hermano. Y nos ofreció veinte dólares a cada uno si le ayudábamos a *raziar* Todhunter. Dijo que no habría muertes y que todo se limitaría a hacer ruido.

Pete Rice estaba seguro de que el preso le decía la verdad. Que él supiera, nadie en Agua Fría había visto el rostro de Gila Kid. El bandido era demasiado cauto para fiarse de sus pistoleros alquilados.

—En Todhunter armamos la gran trapatiesta —siguió diciendo el pelirrojo—. Después, Kid... o quien fuera... nos ofreció veinte dólares más si nos apostábamos en este bosque y les hacíamos caer a ustedes en la trampa. Así lo hicimos, pero no creo que hayamos

matado a nadie. Si usted quiere llevarnos a la cárcel, a mí no me importa recibir comida a cuenta del Distrito. Después de todo, estaré mejor que en mi casa.

El relato de los otros tres hombres fue parecido. Todos, hasta el americano, vivían en una pequeña aldea mejicana, al Norte, de Todhunter. Les había alquilado un hombre corpulento con zahones verdes y antifaz. Todos llevaban las dos piezas de oro de a veinte dólares en el bolsillo para probar la verdad de su aserto. Era inútil seguir interrogándolos. Pete y sus comisarios los ataron con resistentes cordeles.

—Vosotros tened cuidado de estos coyotes —dijo el *sheriff* a los individuos de su partida que no habían resultado heridos—. Pero curad primero a Booneford y a su criado. A estos pistoleros hay que llevarlos al calabozo de Agua Fría.

—¿Y usted no viene con nosotros, Pete? —preguntó Jed Larking.

—No. Yo y mis comisarios vamos a seguir el rastro a Gila Kid.

El *sheriff* montó en “Sonny”. Sus comisarios estaban ya a caballo. El trío atravesó la plantación de pinos y, ya en la linde, descubrió las huellas de unos cascos. Era fácil seguirlas a la brillante luz de la luna. Y todavía fue más fácil al elevarse el astro de la noche. Remontaron un montículo hacia el Sur. El aire era claro y fresco.

Se hizo casi frío cuando los tres defensores de la ley llegaron a la boca de un desfiladero que cortaba la montaña al Sudoeste de Todhunter. Bajaba un riachuelo desde la cumbre. Pete sabía que la corriente se bifurcaba una milla más allá. Ambas ramas se prolongaban aún durante otra milla, donde eran absorbidas por la reseca tierra del Valle de Agua Fría.

Pete esperaba que la pista le conduciría al arroyo. Pero en su lugar, las huellas continuaban, claramente marcadas, hasta la entrada del desfiladero.

—¿Por qué esto? —se preguntó Pete. El fugitivo había desperdiciado la ocasión de despistarles por algún tiempo, al menos. Aunque le hubieran seguido por el río, no habría habido manera de determinar qué rama había tomado después. De donde se deducía que la pista que penetraba en el desfiladero había sido dejada con determinado fin.

Pete, preocupado en examinar atentamente el terreno, apenas se había dado cuenta de que el impetuoso Hicks “Miserias”, siguiendo

igualmente las huellas, había espoleado a su ruano y se encontraba ya dando vueltas por la boca de la rocosa cortadura.

El intuitivo sexto sentido de Pete Rice entró instantáneamente en acción. Parecía haber sonado en su cerebro una campanada de aviso. Tiró de las riendas a “Sonny” y lo paró en seco. Levantó un brazo para impedir que Teeny, que cabalgaba a su izquierda, entrase en el desfiladero. La otra mano acudió presurosa a descolgar el lazo del arzón.

—¡”Miserias”! —gritó—. ¡Vuelve! ¡Vuelve... inmediatamente!

Restallaron las palabras como pistoletazos.

CAPÍTULO XV

NUEVOS AVISOS

Pareció como si Hicks “Miserias” diera la vuelta a su flaco ruano en el área de un dólar de plata y en el espacio de un segundo. Fue innecesario que Pete Hice le arrancase del caballo con su lazo para apartarle del peligro en que creía se encontraba o en que sentía que había de encontrarse un segundo más tarde.

En efecto, en el preciso instante en que “Miserias” surgía de la boca del desfiladero, la rocosa senda que acababa de abandonar saltó bruscamente proyectada hacia el cielo para volver a caer en forma de lluvia de rocas y tierra.

Pete quedó ensordecido. Le zumbó la cabeza. Tembló la tierra bajo las patas de su caballo. La explosión fue terrible. Volaron en todas direcciones fragmentos de roca y pelladas de barro. Pero se habían salvado hombres y caballos, gracias a la intuición de *Pistol* Pete Rice.

Al extinguirse los ecos de la terrorífica explosión, Pete se encaró con Hicks “Miserias”.

—Ya habrás visto —le dijo—, los inconvenientes de obrar demasiado deprisa.

Olfateó el aire. Estaba lleno de un acre olor a dinamita.

Pete desmontó y se arrastró cautelosamente hasta un sitio desde donde se dominaba el interior del desfiladero. El suelo estaba completamente cubierto de pedazos de roca. Las huellas de Gila Kid habían quedado borradas.

El bandido había ganado... y, sin embargo, en cierto modo, Pete Rice había ganado también.

Era evidente que Gila Kid había conseguido parte de lo que se propuso: hacer que lo siguieran desde el pequeño pueblo de Todhunter; dejar claramente marcadas sus huellas en la senda que

conducía al desfiladero, y asegurarse la huída aplicando una mecha encendida a una pesada carga de dinamita. Pero había fracasado en uno de los detalles más importantes de su plan: aniquilar a los representantes de la ley.

—Hay que reconocer que ese prójimo es astuto —observó Teeny Butler.

—Lo es —convino Pete—. Pero la astucia consigue siempre éxitos efímeros, compañero. De otro modo, nunca veríamos colas de zorro clavadas en los graneros.

Por la parte del Norte llegaba el estruendo de muchos caballos al galope.

—Son los caballistas que vienen hacia aquí... o quizá algunos rancheros de estos alrededores —dijo Pete—. El ruido de la explosión atraerá gente de muchas millas a la redonda.

En efecto, se trataba del grupo de caballistas y de un trío de rancheros de la vecindad que galopaban con Jed Larking a la cabeza.

—¿Qué ha sucedido? —preguntó Larking ansiosamente.

Pete señaló el derrumbado desfiladero, del que se elevaban aún tenues nubes de humo. Sobraban las palabras.

—¡Dinamita! —exclamó Larking.

—¡Y mucha, Jed! Gila Kid nos lleva ahora demasiada delantera para que podamos atraparle. Pero como hemos escapado vivos por un milagro, llegará día en que ajustaremos cuentas. ¿Quiénes son esos que vienen?

Descendían por la senda cuatro jinetes, atraídos también por la explosión.

Eran Littleton, el almacenista de Todhunter, un par de ferroviarios y un peón mejicano llamado Gómez. Pete reanudó la marcha, seguido de todos ellos. Al entrar en Todhunter les salieron al encuentro casi todos los habitantes del pequeño pueblo y la mayoría de los rancheros establecidos en aquella parte del valle.

La explosión debía de haber sido oída hasta en Agua Fría. La prueba era que se presentó también Galt “Dinamita”, somnoliento y cabalgando a pelo.

Trant Rowland galopaba junto a Pete. El ranchero movió la cabeza en gesto de desaliento.

—La verdad, Rice, que no tiene usted mucha suerte con ese Gila

Kid —dijo.

—No será la suerte la que me haga capturar a ese bandido —replicó Pete—. Será la constancia. “Suerte” es una palabra de vagos.

El grupo de caballistas entraba ya en Todhunter cuando Pete oyó que se aproximaba un nuevo jinete. El *sheriff* miró en aquella dirección y le pareció reconocer la desmañada figura que se bamboleaba sobre la silla. Un minuto después ya no le cupo duda. El nuevo jinete era Carl Borklund.

Pete aproximó su caballo al del forastero.

—Muy tarde anda usted por aquí, Borklund —le dijo—. ¿Buscando ejemplares de roca a esta hora de la noche?

El alto y corpulento jinete se echó a reír.

—Nada de eso. Es que no hay quien duerma con este barullo. Yo siempre creí que esta parte del mundo era de lo más tranquilo.

—Pues aún puede haber jollines mayores —replicó Pete—. Probablemente uno de estos días... o una de estas noches, andará el diablo suelto por aquí. Y dígame, ¿fue el barullo el que le despertó a usted en su hotel de Agua Fría?

—No. Salí a dar un paseo a caballo. Empecé a explorar a primera hora de la tarde.

—¿En medio de una tempestad de arena? —preguntó Pete—. Pocos ejemplares habrá encontrado usted.

—En efecto —confesó Borklund—. Pero yo no dije que saliera a buscar ejemplares.

Pete clavó su penetrante mirada en la alta y musculosa figura de Borklund. El forastero iba vestido impecablemente. Del bolsillo de pecho de la americana le salía la punta de un blanco pañuelo.

—¿No les importa que siga con ustedes? —preguntó Borklund.

—No. En este país no hay ley que se oponga a que un hombre pasee a caballo... si es eso todo lo que hace.

El grupo de caballistas penetró en Todhunter. Mientras atravesaban el iluminado pueblo, Pete no hacía más que observar con el rabillo del ojo el bolsillo de Borklund. Aquel pañuelo blanco tenía una inicial que no se parecía ni a una “B” ni a una “C”.

No había médico en Todhunter y Pete requisó un carretón para llevar los heridos al pueblo de Agua Fría. A Boneoford le dolía bastante el hombro, y el brazo de su criado sangraba aún.

—Tráeme un poco de agua clara, “Miserias” —ordenó Pete a su

comisario—. Vendaremos a los heridos antes de salir para Agua Fría. ¿Querría usted contribuir con su pañuelo? —añadió, volviéndose a Borklund.

—Con mucho gusto —contestó el corpulento individuo. Tiró del pañuelo y se lo entregó a Pete.

Cuando el barbero-comisario regresó con el agua, Pete lavó el brazo del ranchero y ató el pañuelo sobre la herida. La inicial bordada en él era una “D” mayúscula. Y, sin embargo, el desconocido llevaba bien a la vista, claramente grabadas sobre el colgante de la cadena de su reloj, las letras “C. B.”

Pete quedó confuso. ¿Quién era aquel desconocido que decía llamarse Carl Borklund? ¿Sería acaso el mismo Gila Kid? Tenía la misma figura descrita por los prisioneros. ¿O era únicamente uno de los cómplices de Gila Kid?

Pete no acertaba a apartar la mirada de aquel rostro de boxeador. Brillaba en él la honradez... pero Pete Rice tenía grandes razones para no dar mucha importancia a aquel detalle. ¿Por qué había mentido atribuyéndose la profesión de mineralogista?

Larry Keeler llegó a Agua Fría a primera hora de la mañana siguiente. El rostro del comisario parecía lacio y ojeroso por falta de sueño. Pero el fiel servidor de la ley había seguido las instrucciones de Pete Rice al pie de la letra y había traído consigo a Raggan, el ferroviario, que ya estaba encerrado en una celda de la cárcel de Agua Fría.

Pete le acogió afectuosamente. Tenía un modo de tratar a sus subordinados que les hacía estar pendientes de sus órdenes y deseosos de verse encargados de alguna nueva misión.

—Bien, ¿qué hay que hacer ahora, *sheriff*? —preguntó Keeler—. Sentí perderme el jaleo de anoche.

—No te importe. Tengo una nueva tarea para ti.

Larry prestó atención.

—¿De qué se trata, patrón? Ahora mismo estoy listo.

—¡Ya lo creo que lo estás! —dijo Pete, contemplando el fatigado rostro de su comisario—. Lo que tienes que hacer es quitarte esos trebejos y marcharte a dormir. Que no te vea yo por aquí en todo lo que queda del día. Ya te llamaré si ocurre algo que valga la pena.

Larry inclinó la cabeza y se encaminó al camastro colocado en la parte posterior de su despacho. Pete se dirigió a la prisión de Agua

Fría. Tenía pensado desayunar en el restaurante, que le pillaba de paso.

Era todavía muy temprano, pero el pueblo aparecía extraordinariamente animado. Las puertas de las tabernas no hacían más que girar sobre sus goznes. Pete no podía comprender cómo aquel vecindario necesitaba tantos lugares para apagar su sed. Él nunca entraba en una taberna, a menos que se armase alguna trifulca. En ese caso actuaba pronta y firmemente.

Jamás había probado el alcohol; consideraba la bebida como un hábito vicioso. Pero también se daba cuenta de que había personas que no masticaban goma, y que quizá lo considerasen una costumbre estúpida. Su norma era, pues, la tolerancia, a menos que rozase con la ley que había jurado defender.

El *sheriff* pasó por delante de varias tiendas, cuyos propietarios levantaban las trampas que habían bajado apresuradamente la noche antes, debido a la tempestad de arena. Saludó a algunos conocidos y cruzó la calle para entrar en el restaurante. Al llegar frente al establecimiento vio venir una carreta chirriando y dando tumbos. Un anciano guiaba el par de viejos caballos enganchados a ella. Junto a él se sentaba una mujer de bastante edad, vestida de luto.

Pete reconoció en la pareja al señor y la señora Richard Currier, antiguos granjeros del valle. No tenían hijos y llevaban muchos años ganándose trabajosamente la vida cultivando un pequeño terreno. Pero así y todo, parecían haber sido felices. Eran gente honrada y pacífica que, con los demás de su clase, formaban la espina dorsal de la comunidad.

La escrutadora mirada del *sheriff* descubrió enseguida que en la trasera del carro iban apilados algunos muebles. Notó también que el rostro del anciano Courrier tenía una expresión tristona y abatida, y que las rojas manos de su mujer estrujaban un pañuelo, como si hubiese estado llorando recientemente. Pete se aproximó al carromato.

—¡Buenos días, señora Courrier! ¡Buenos días, Dick! Mucho se ha madrugado hoy.

—¡Sooo!

El carromato rechinó ruidosamente y se detuvo. La señora Courrier correspondió sonriente al saludo del *sheriff*. El anciano le

tendió una mano encallecida por el trabajo.

—Nos trasladamos a otra parte ahora que todavía hay tiempo, *sheriff* —dijo Courrier. El látigo que sostenía en la mano izquierda apuntó hacia las lejanas montañas—. Vamos a la Quebrada.

—¿Ha sucedido algo, Dick? —preguntó Pete.

—¡Mucho! No hemos podido aguantar más, *sheriff*. María y yo no somos jóvenes, pero los pocos años que nos restan de vida queremos vivirlos en paz.

Se quebró la voz del anciano.

“Quizá haya gente a quien no le guste el Valle de Agua Fría. Pero nosotros hemos vivido en él largo tiempo, *sheriff*, y nos duele tener que abandonarlo.

Pete Rice adivinó lo sucedido. Otra vez Gila Kid. Compadeció a la anciana pareja. La mirada de sus grises ojos se dulcificó como cuando la posaba en su madre.

—Cuéntemelo todo, Dick.

—Gila Kid estuvo anoche en nuestra casa. Nos mató a tiros todo lo que teníamos... los cuatro novillos y la vaca lechera. A los pollos les retorció el pescuezo...

La señora Courrier empezó a llorar blandamente, y el anciano Dick le acarició una mano. Pete Rice sintió que se le humedecían los ojos.

—...y después prendió fuego al pajar. Yo lo vi. Era un individuo alto y corpulento, vestido como los mejicanos, y llevaba antifaz. Yo tenía el fusil cargado, pero...

—Dick quería matarlo, pero yo no le dejé —intervino la señora Courrier.

—Bien, quizá tenga que alegrarme de que María me detuviese —dijo modestamente el anciano Dick. Pero la expresión de sus cansados ojos indicaba que no lo sentía así.

—¿Está usted completamente seguro de que era Gila Kid? —insistió Pete.

—Sí, no podía ser otro. Dejó una nota prendida en un poste.

—¿La tiene usted ahí?

—Sí... es todo lo que traigo en los bolsillos.

El anciano alargó un grasiento papel al *sheriff*. La nota estaba escrita a máquina y decía así:

“Abandone este lugar y salga del valle. Si se queda, los mataré a

usted y a su mujer. ¡Márchese pronto!

“Gila Kid.”

Pete palmoteó cariñosamente la espalda del anciano Courier.

—Y se van ustedes a establecer en la Quebrada del Buitre? —preguntó.

—No tenemos otro remedio. Quizá allí pueda dedicarme a algo. Todavía puedo trabajar —dijo orgullosamente el anciano.

—Yo estaba pensando —intervino la señora Courier—, que quizá sea posible alquilar un par de habitaciones a esos turistas del Este que vienen a la Quebrada.

—No haga usted eso, señora Courier —aconsejó Pete—. No tardarán ustedes en estar de vuelta en el Valle. Cazaré a ese Gila Kid. ¡No tendré noche de reposo hasta que lo consiga!

El *sheriff* volvió a dirigirse al anciano:

—Cuando lleguen a la Quebrada, pásese por el almacén de Sam Hollis. Tiene una casa desalquilada junto a la de mi madre. Sam sería capaz de dar por mí su ojo derecho y, si le apuro, hasta el izquierdo.

“Le dice usted de mi parte que le ceda la casa vacante y que ya arreglaré yo el asunto con él. La casa está amueblada. El año pasado se la alquiló a una familia forastera.”

La señora Courier empezó a protestar, pero Pete la atajó diciendo:

—Hace muchos años que nos conocemos, señora Courier, y están de sobra las palabras.

—Pero ya nos ha hecho usted muchos favores —dijo débilmente la anciana.

—Pues ahora se presenta la ocasión de que me hagan ustedes uno a mí. Quiero que acepten esto...

El *sheriff* se metió una mano en el bolsillo y la sacó llena de monedas de oro y plata.

—Ya me lo devolverán cuando regresen al valle y hayan recuperado sus bienes.

Apretó las monedas en la mano izquierda del viejo Dick, y le estrechó la otra cariñosamente.

—Sigán ahora. Hay un buen trecho hasta la Quebrada.

Sacudió una palmada sobre la grupa del caballo más próximo. Arrancó el tiro, y la carreta se puso en movimiento entre chirridos y

bandazos. La señora Courier se llevaba alternativamente el pañuelo a los ojos o lo agitaba despidiéndose de Pete Rice. El viejo Dick recogió las riendas y saludó con el látigo al *sheriff*.

—Adiós, Pete. ¡Que Dios lo bendiga!

—Adiós... hasta la vista —contestó el *sheriff*—. Antes de que termine el mes estaré en el Valle comiendo una tarta hecha por la señora Courier.

Siguió con la vista al carromato. Su mirada volvió a endurecerse. Ahora tenía una razón más para acabar con Gila Kid.

Pete Rice no se detuvo en el restaurante de Agua Fría, sino que siguió directamente hacia la prisión. Antes de desayunar necesitaba pedir prestado algún dinero a “Misericordias” y Teeny. Había entregado al viejo Dick hasta el último céntimo. Las monedas de oro habían salido de los bolsillos de los bandidos capturados la noche antes. Cada malhechor había entregado dos piezas de oro de veinte dólares, precio de sus crímenes, pagado por Gila Kid.

En un principio, Pete se había propuesto entregarlo a la municipalidad, pero ya le había encontrado mejor empleo.

Los métodos empleados por Pete Rice para proporcionarse fondos con destino a sus obras de caridad eran algo grotescos, y hasta a veces un poco ilegales. El defendía la ley; arriesgaba su vida por ella; pero, en opinión suya, la misericordia, la justicia y la caridad estaban muy por encima.

CAPÍTULO XVI

LA GRAN PISTA

El *sheriff* entró en la prisión de Agua Fría, recorrió el bloque de las celdas y se detuvo ante la de Raggan, el mozo del tren asaltado.

—¿Estás dispuesto a hablar, Raggan? —le preguntó.

Raggan parecía abatido. Había desaparecido su desafiadora actitud.

—Estoy esperando la visita de mi abogado —contestó—. Vive en Mesa Ridge y no regresará de Tucson hasta mañana. Entonces hablaré, si él me lo aconseja.

—¿Quién es tu abogado? ¿Pell?

—El mismo.

—Quizá no necesites ningún picapleitos para que te aconseje lo que te conviene.

El *sheriff* llamó al vigilante de la galería.

—Abreme esta celda —le ordenó—. Me voy con el preso a cierto sitio.

—¿Qué va usted a hacer conmigo? —preguntó nerviosamente Raggan—. ¿Me va usted a dar una paliza?

—Te voy a dar una ocasión para que me digas la verdad —contestó Pete—. Tienes que decírmela enseguida. La verdad no necesita consejeros, Raggan. La mentira que asoma la oreja es la que más perjudica. Ven conmigo.

El carcelero abrió la celda. Pete sacó al preso y lo condujo a la funeraria de Agua Fría. El propietario guió a la pareja hasta el depósito donde yacían los tres cadáveres que habían de enterrarse aquel día. Pete retiró el lienzo que cubría el rostro del bandido del cuello largo. Raggan lo contempló, y miró interrogadoramente al *sheriff*.

Pete descubrió a continuación el rostro del hombre acuchillado

en el campamento de los buscadores le oro. Raggan lo contempló sin alterarse.

Pero cuando el *sheriff* retiró el lienzo que cubría el cuerpo del ahorcado en el álamo de la hacienda de Jed Larking, Raggan dejó escapar un grito.

Pete Rice movió la cabeza con aire de satisfacción.

—¡Ya me lo esperaba yo, Raggan! —dijo—, conocías a este hombre, ¿verdad?

Raggan buscó una respuesta.

—¡Vamos! —apremió Pete—. Nada tienes que temer, si me dices la verdad. El más despreciable de los hombres es el que se engaña a sí mismo. Eso te pasa a ti, Raggan. Tienes miedo de decir la verdad. Aún estás a tiempo. ¡Habla!

—¿No me engañará usted? —balbuceó Raggan—. ¿De veras que no me pasará nada si digo la verdad?

—Eso he prometido.

—Los que viven en la Quebrada dicen que usted siempre cumple sus palabras, *sheriff*. Hablaré, pues. Sí, conocí a ese hombre.

—¿Quién era?

—Se llamaba Sam Burns. Era telegrafista ferroviario y trabajó en distintas partes del país. Yo le conocí en Nueva Orleáns. Era un individuo generoso, un buen amigo.

—Y tú le dejaste subir al tren en Todhunter, ¿no es eso? Prosigue, Raggan; nada hasta ahora hay contra ti. Si era tu amigo, es lo menos que podías hacer por él.

Raggan recuperó su confianza.

—Sí, ahora quiero decirlo todo. Cuando el tren se detuvo en Todhunter a tomar agua, vi que mi amigo rondaba por allí. Al principio creí que era un vagabundo que trataba de viajar sin billete, y me dispuse a rechazarle si intentaba subir al tren. Pero nos reconocimos de pronto. Vi que se trataba de Sam. La barba lo desfiguraba por completo. Era un buen muchacho. Quizá demasiado aficionado a la bebida. Se encontraba sin trabajo, andrajoso y hambriento. Le deslicé dos monedas en el bolsillo y le dije que le dejaría subir al tren a la salida de Todhunter... y que le recomendaría al conductor y al guardafreno. Pero íbamos jugando en el furgón, y se me olvidó el asunto.

—Te creo, Raggan —dijo Pete—. Prosigue con tu historia.

Raggan se sintió más confiado que nunca.

—Más tarde, después del robo, oí decir al guarda-frenos que uno de los bandidos era un individuo con barbas. Naturalmente, tuve miedo.

—¿Creíste quizá que tu antiguo camarada se había hecho bandolero?

—Me resistía a creerlo, *sheriff*, ¡pero la bebida cambia tanto a los individuos! Comprendí que si Sam era el bandido, habría convenido con sus compañeros en que el golpe se ejecutaría más allá de Todhunter. ¡Y yo iba a resultar un cómplice!

El ferroviario miró ansiosamente a Pete.

—¿Verdad que me cree usted? —preguntó.

—Te creo —contestó Pete—. Tu relato está de acuerdo con mis noticias. El conductor te vio hablando con un hombre en Todhunter. No le pudo ver claramente, pero observó que gastaba barba.

—Así es. Dije a Burns que se escondiera cuando vi que el convoy se ponía en marcha.

—Al principio sospeché de ti —confesó Pete—. No podía explicarme tu conato de huída. Pero después, cuando volví a Agua Fría, examiné más detenidamente el cadáver. En el bolsillo del reloj le encontré un arrugado carné de telegrafista.

—Sí. Sam estuvo empleado en una Compañía de Nueva Orleans.

—Y encontré en su cuerpo algunas partículas de ceniza, como si hubiera sido golpeado mientras corría el tren y arrojado después a la vía. Probablemente lo agredió el mismo bandido del cuello largo que atacó al fogonero y al maquinista.

El *sheriff* se sacó del bolsillo un anillo de oro muy desgastado.

—Y también llevaba encima este anillo de boda —prosiguió—. Debió de pertenecer a su madre, a juzgar por la fecha que tiene grabada dentro.

—Sí. Sam acostumbraba a llevar uno cuando le conocí en Nueva Orleans.

—Por eso me figuré que se trataba de un indigente y no de un asesino. Un criminal habría empeñado el anillo. Este hombre podía ser un bebedor, un mala cabeza, pero tenía la suficiente sensibilidad para conservar una alhaja que le habría podido proporcionar algún dinero... ¡pero que era recuerdo de su madre! He tratado a muchos

asesinos. Y nunca vi en ninguno un rasgo como ese.

—Sí, Sam era así —asintió Raggan—. Hablaba con frecuencia de su madre. Había muerto hacía tres o cuatro años.

—Cuando contemplo el magullado cuerpo de este desgraciado, me alegro de que no viva la pobre mujer —dijo Pete—. Se le rompería ahora el corazón al ver a su hijo. Estás libre, Raggan. Si necesitas un par de dólares para abandonar el pueblo, más tarde te los daré.

Raggan le tendió la mano.

—¿Quiere estrechármela, *sheriff*?

Pete accedió de buena gana, y se la sacudió vigorosamente.

—Mejor será que vuelvas a la cárcel y duermas un poco —aconsejó al muchacho—. No son los barrotes los que forman la prisión; son los pensamientos, los temores y las conciencias culpables de los hombres. Luego nos veremos, Raggan.

Pete abandonó el depósito de cadáveres y se dirigió a la oficina de Larry Keeler. El sol iba ya muy alto. Una vez más, al contemplar el Valle, le pareció a Pete que el desierto estaba cubierto de sangre. Y podía llegar a estarlo realmente. Si no lograba capturar enseguida a Gila Kid.

El *sheriff* no pasaba por alto ningún detalle. Había eliminado a Raggan de entre los sospechosos, como había eliminado el anterior a Preston, el vago de la Quebrada. Quedaban por observar otros dos individuos.

Continuaba intrigándole por qué quería Gila Kid arrojar del Valle a los habitantes de Agua Fría. Los procedimientos de Kid eran el asesinato, el vandalismo, el incendio y el terror. No perdonaba medio alguno para conseguir sus propósitos.

Era evidente que había encontrado el cuerpo del vagabundo Sam Burns tendido en la vía y que lo había llevado al rancho del Jed Larking para colgarlo de un árbol con uno de sus amenazadores carteles. No había conocido a Burns en vida y, sin embargo, había utilizado su destrozado cuerpo para sembrar el terror.

Pete Rice se sentía todavía impresionado con la historia escuchada de labios del anciano Dick Currier y su mujer. Creía conveniente hacer una excursión a la abandonada granja. Gila Kid podía ser astuto. Pero Pete Rice sabía por experiencia que los criminales más listos dejan a veces buenos rastros.

En el despacho de Keeler recogió a Hicks “Miserias”, a Teeny Butler y al joven Tod Carey, que había pasado la noche en uno de los camastros. Los tres acababan de tomar el desayuno en el Restaurante de Agua Fría. Pete decidió que el suyo podía esperar. El comer era para él una delicia sentado a la mesa de su madre, pero constituía solamente un incidente cuando se encontraba actuando.

Pete abrió la marcha montado en “Sonny”. El joven Tod Carey cabalgaba a su lado sobre “Rowdy”. “Miserias” y Teeny iban detrás. Los cuatro tomaron el camino del desierto y siguieron las rodadas hechas por el carromato de Courier. “Vulcano”, el corpulento mastín, trotaba alegremente camino adelante.

Pete detuvo su caballo ante una tosca pero bien pintada cerca, y lo ató a una de las estacas. Tod y los comisarios hicieron lo propio. Penetraron los cuatro en el corral del pequeño rancho. Se veían numerosas pisadas sobre la tierra. En la parte posterior, el granero de madera no era más que una masa de tablones calcinados. Flotaba todavía en el aire un penetrante olor a humo y resina.

Encontraron en el establo los cuerpos de los cuatro novillos muertos a tiros. La vaca lechera, rezumantes todavía sus ubres, formaba un montón de carne muerta junto a la cerca. Pete Rice recorrió lentamente aquella escena de desolación y muerte. Sólo un asesino podía haber hecho aquello. O un hombre enloquecido por la codicia. ¿Pero qué era lo que codiciaba? ¿Qué podía buscar en aquella misérrima tierra? El misterio obsesionaba cada vez más a Pete Rice, desterrando de su imaginación todo otro pensamiento.

El sheriff siguió las pisadas que terminaban en la pequeña veranda rodeada de mezquites. De pronto se detuvo. Habla en el suelo algo que brillaba al sol de la mañana. Recogió el objeto y lo revolvió entre manos. Era un colgante de reloj. En una de sus caras llevaba grabadas las iniciales “C.B.”.

¿Carl Borklund? Era la mayor pista conseguida hasta entonces.

CAPÍTULO XVII

EL DESAFIO

Pete llamó a sus comisarios y les mostró el colgante de las iniciales. Los ojillos azules de Hicks “Miserias” destellaron al verlo. El severo rostro de Teeny Butler se iluminó de alegría.

—¡Ya llegó! —explotó Hicks “Miserias”—. ¡Ya hemos cogido al culpable!

—¡Para celebrarlo, voy a beberme todas las botellas de medicina que tienes en tu tienda! —convino Teeny Butler.

Pete no hizo comentario alguno. Se dedicó a examinar atentamente el terreno. Las huellas del caballo que el bandido había utilizado eran relativamente fáciles de seguir. Al animal se le había aflojado un clavo de la herradura trasera izquierda. Se veía el claramente en las señales impresas sobre seco suelo del corral.

Pete sintió que la sangre se le aceleraba en las venas. Era aquel un buen rastro, ¡un gran rastro! Le sería fácil seguirlo. Si llegaba a hacerse confuso, si conducía a algún terreno rocoso, llamaría a Hopi Joe, el explorador indio. Y “Vulcano” sería también una ayuda inapreciable para dar, al fin, con la guarida del bandido.

Tod Carey y los comisarios volvieron a montar, y Pete abrió marcha con la mirada fija en el terreno. El rastro se prolongaba durante algunas millas hacia el Norte, desviándose ligeramente hacia el Este. Al llegar a la cumbre de una pequeña colina se metía por un bosque de pinos. Pete detuvo a “Sonny” y señaló hacia abajo. Había allí un caballo ensillado y embridado, que pastaba la rala hierba que crecía en el pequeño valle. Unos centenares de metros más allá se veía una choza.

—Ese es el caballo que montaba Borklund cuando lo vimos por última vez —dijo el *sheriff*—. Es muy posible que Borklund se encuentre en aquella choza. Preparaos para actuar, muchachos. La

cosa se presenta demasiado fácil y bien pudiera ser una trampa.

“Miserias” llevaba un rifle y, a una orden de Pete, lo sacó de su funda. El rifle y el 45 de Teeny cubrirían a Pete mientras se aproximaba cautelosamente a la choza. Si atacaban desde ella, Pete se refugiaría tras un árbol solitario que crecía a la derecha, mientras sus comisarios concentraban el fuego sobre la endeble puerta. Sí conseguían derribarla, los tres hombres se lanzarían a ella y llevarían la lucha al interior de la caza. No podía haber muchos malhechores dentro, decidió Pete. Era muy pequeña y, evidentemente, no tenía más que una habitación.

Dejaron los caballos y el perro atados a los árboles que coronaban el pequeño montículo, y descendieron cautelosamente hacia la choza. Tod quedó encargado de los animales.

A una palabra de Pete, pronunciada en voz baja, los comisarios se echaron de bruces entre altos hierbajos. El *sheriff* se arrastró luego avanzando con toda clase de precauciones. Llevaba en las manos sus dos Colts de culatas de nácar.

No se notaba en la choza movimiento alguno; no salía de ella el menor ruido. Pete se sentía ya inclinado a creer que estaba desocupada. Pero aquello no significaba necesariamente que no hubiera peligro. Podían haber sujetado al interior de la puerta alguna bomba dispuesta de tal modo que explotase al menor empujón.

El *sheriff* atravesó rápidamente la distancia que le faltaba y se colocó bajo la única ventana de la choza. Atisbó por el sucio cristal. Se atensaron todos los músculos de su largo cuerpo.

Sobre el polvoriento suelo de la choza había un hombre tendido de bruces. Pete creó reconocer en él a Borklund por el color de su pelo. Temblaba y se retorció como bajo los efectos de un intenso dolor. Muy cerca de él, a cosa de unas pulgadas, se desenroscaban dos culebras de cascabel.

Una había levantado ya la fea cabeza, y su cola golpeaba nerviosamente el suelo. Aun a través de la vidriera, Pete pudo oír su silbido característico. La culebra iba excitando a su compañera, un poco más adormilada. Este segundo reptil empezaba a arrastrarse por el suelo.

Pete Rice no se detuvo siquiera a pensar en la causa de aquella angustiosa situación. En cualquier instante uno o ambos de los

reptiles podían descargar su golpe. Era fácil disparar sobre ellos. Pero estaban en línea recta con el cuerpo del hombre tendido en el suelo.

Romper la vidriera y saltar por ella para situarse más ventajosamente, sería excitar a las culebras... precipitando posiblemente lo que Pete Rice trataba de evitar. El hombre consiguió incorporarse ligeramente. Era, en efecto, Borklund, como Pete había supuesto desde un principio. Tenía una herida en la sien y huellas de sangre seca en las mejillas. Miró como atontado a su alrededor. Uno de los reptiles se arrastró aún más hacia él.

Pete examinó rápidamente la ventana. No tenía la falleba echada, o más bien, carecía de falleba. Enfundó sus revólveres un instante mientras levantaba la vidriera. Lo hizo con todo cuidado, pero los reptiles oyeron el ruido. Ambos silbaron amenazadoramente.

—¡Borklund! —musitó Pete—. No se mueva. ¡No se mueva ni una fracción de pulgada! ¿Me oye usted?

—Le oigo —contestó la débil voz de Borklund—. ¿Quién es usted? ¿Fue usted quién me golpeó?

Parecía semi-inconsciente. Había contestado a la pregunta de Pete, pero el resto de sus palabras fue una retahíla incoherente. Pete apoyó sus manos en el marco. Un instante después saltaba a la habitación. Hizo ahora todo el ruido que pudo. Trataba de atraer la atención de los reptiles, y lo logró.

El más despierto de los dos disparó hacia él su cabeza, erró el golpe por unas pulgadas y se dispuso a atacar otra vez. La mirada de Pete voló hacia la segunda culebra. Estaba todavía semi alegartada. Borklund se encontraba a salvo de sus colmillos, al menos por unos segundos.

El *sheriff* alargó un pie calzado con resistente bota, presentando al primer reptil, ya inconteniblemente enfurecido, un blanco tentador. La culebra se disparó como un muelle en terrible tensión. Pete descargó al mismo tiempo uno de sus 45.

¡Bang! Disparó casi a bocajarro. La cabeza del reptil voló separada de su ondulante cuerpo. Pete dio un salto, pasó sobre el crótalo más adormecido y arrastró a Borklund hasta la pared posterior de la choza. Luego, su Colt volvió a vomitar humo y llamas, y la compañera de la primera culebra se unió con ella en la

muerte.

Se oyó terrible estrépito a la puerta de la cabaña. Un instante después, el corpachón de Teeny Butler atravesaba los destrozados tableros. Le siguió “Miserias”, pisándole los talones. La expresión de temor en sus ojos —temor por su jefe y no por ellos mismos— se cambió en otra de sorpresa al ver los descabezados reptiles y a Carl Borklund, ya medio incorporado contra la pared.

—¿Qué ha sucedido, patrón? —preguntó Hicks “Miserias”.

—No tardaremos en saberlo —contestó Pete, arrodillándose junto a Borklund.

Pero Borklund le miró como si jamás le hubiera visto.

—¿Mató la culebra? —preguntó—. ¿Lo mató usted a él? Yo ya estaba a punto de echarle mano cuando...

Borklund cayó otra vez en la incoherencia.

Pete le examinó la herida. Tenía los rubios cabellos empapados en sangre. Le habían golpeado la cabeza y la cara con un revólver. La herida de la sien se la había causado el agudo mordisco de la mira del arma.

—“Miserias”, grita a Tod que baje los caballos —ordenó Pete—. Tenemos que llevar a este hombre a que lo vea un médico enseguida. Tú, Teeny, coge el rifle y ponte de guardia en la puerta. Es muy posible que nos ataquen. No acabo de comprender lo que ha sucedido aquí.

Era inútil tratar de interrogar a Borklund. No hacía más que desvariar refiriéndose siempre a “aquella culebra”. Iban empañándose sus azules ojos.

“Miserias” corrió a llamar a Tod, mientras Teeny montaba la guardia a la puerta. Pete registró la sucia habitación. Había una pequeña estufa a un lado, cuya tubería atravesaba una de las paredes de la choza. Era evidente que hacía varias semanas que no se encendía fuego en ella.

Pete abrió la orinienta portezuela. Había dentro papeles, recortes y hojarasca seca. Una caja de fósforos abandonada sobre la estufa indicaba que alguien tuvo intención de encender fuego, pero sin llegar a realizarlo. El *sheriff* removió el combustible y sacó de él varios trozos de paño verde. Los llevó a la puerta y los examinó a mejor luz.

—Esto deben de ser pedazos de los calzones verdes de Gila Kid

—dijo a Teeny—. Pero lo que no comprendo es por qué no acabaron de encender el fuego.

—Cada vez que nos movemos nos sale al paso un nuevo misterio —dijo Teeny—. Pero tengo el presentimiento de que estamos muy cerca del fin.

—También lo tengo yo —dijo Pete—. Si Borklund recobra el conocimiento y puede hablar, nos contará muchas cosas.

—¿Será él Gila Kid? —preguntó Teeny.

—Es difícil decirlo. Quizá le hayan traicionado sus compinches. Quizá se trate de uno de los lugartenientes de Kid; quizá intentara éste matarle como ya hizo con otros. Como ves, el asunto está lleno de quizás. Lo importante ahora es que Borklund recobre pronto el conocimiento.

Pete examinó las huellas que había frente a la choza. Aparte las dejadas por él y sus comisarios, se observaban únicamente las pisadas de un solo hombre. Y no habían sido hechas por las botas de Borklund. A éste debieron golpearle en algún otro sitio, llevándole luego a la choza sobre su propio caballo, que cargó al mismo tiempo el agresor.

“Miserias” y Tod bajaban de la colina con los caballos, precedidos por los jubilosos ladridos de “Vulcano”, que corrían en libertad.

—Bien, marchémonos ya, Teeny —dijo Pete.

—¿Cogeremos al asesino? —preguntó Teeny con ansiedad.

—Tarde o temprano. ¡No hay duda! Cuando un hombre levanta su mano para matar, “Madama la Justicia” empieza a quitarse la venda de los ojos para fabricar con ella el primer trozo de cuerda que ha de ahorcar al delincuente. No estamos todavía al final. Pero nos falta muy poco...

El delirante Borklund fue atado a su propio caballo, que Teeny llevaría de las riendas. Tod y los representantes de la ley emprendieron el regreso a Agua Fría. El sol estaba ya muy alto. Llegaban del desierto grandes ráfagas de aire caliente. Caballos y jinetes estaban empapados en sudor cuando se detuvieron frente a la casa del doctor Okey.

Pete subió el inanimado cuerpo de Borklund. El doctor se encontraba en su domicilio y examinó al herido.

—Tiene una ligera fractura —dictaminó—. Voy a curarle

enseguida. Unas cuantas horas de descanso nos dirán si es necesaria la operación. Si lo es, sería un contratiempo. Francamente, yo no me atrevo a intentarla solo. Necesito consultar con el doctor Bayley en Tucson.

—Bien, ocúpese del herido —dijo Pete—. Yo vendré por aquí a menudo. Si me necesita por cualquier razón, no estaré lejos del despacho de Larry Keeler.

Pete abandonó la casa del médico y se dirigió con Tod y los comisarios a la oficina de Keeler. Este acababa de despertar de su sueño reparador. Estaba ya vestido y sentado a la mesa, hablando con Raggan. El ferroviario saludó amistosamente al *sheriff*.

—Me cansé de estar en la cárcel —dijo—, y estaba esperándole para despedirme de usted antes de abandonar el pueblo.

Pete conferenció con Hicks “Miserias”. Una moneda de oro de cinco dólares cambió de manos. Pete se aproximó a Raggan y se la entregó disimuladamente.

—Buena suerte, muchacho —le dijo—. Yo que tú, trataría de volver a ocupar aquel puesto en el ferrocarril. Y si vuelves a encontrarte en otro lío, di la verdad desde un principio... y ponte en contacto conmigo. Yo siempre hago algo por los que dicen la verdad.

—Siempre la diré de aquí en adelante —prometió Raggan—. Y no lo olvidaré a usted mientras viva, *sheriff*. Si todos los policías fueran como usted...

Miró por la ventana al oír galopar de caballos. Por la calle principal avanzaba un grupo de jinetes. Pete se asomó también. Venía a la cabeza Galt “Dinamita”. Y Galt parecía tan embriagado que apenas lograba sostenerse en la silla. Los jinetes se detuvieron delante de una taberna... la de peor fama de Agua Fría. Los vecinos del pueblo la llamaban “La Puñalada”.

—¿No se armará algo ahí, Larry? —preguntó Pete a Keeler.

—No sé... no sé —contestó titubeando el comisario de Agua Fría—. Galt es peligroso cuando está bebido. Dicen que fue pistolero en otros tiempos, pero en lo que lleva viviendo aquí se ha portado honradamente.

—¿Le tuviste que encerrar alguna vez?

—Una sola. Discutió con Jed Larking y casi se enzarzaron a tiros. Galt hizo un disparo contra Larking. Pero estaba como una

cuba... y falló la puntería.

—Las únicas victorias que gana el whisky son sus propias derrotas —sentenció Pete—. Pero podría llegar una ocasión en que a Galt, embriagado o no, no le fallase la puntería. Eso es lo que hay que evitar.

El *sheriff* salió a la calle y se dirigió a “La Puñalada”. Se detuvo frente a la taberna un momento, pero no entró. En lugar de ello, dio la vuelta por el pequeño callejón que había a un lado. Era un lugar sucio y maloliente. Pero sirvió para los propósitos de Pete, ya que daba a él una gran ventana que utilizaba para ventilar el local. Sus cristales estaban cubiertos de polvo, pero aun dejaban ver el interior.

El primer individuo a quien reconoció el *sheriff* fue Trant Rowland, el ranchero de Agua Fría. Rowland estaba solo. Se había sentado a una mesa junto a la pared del fondo. Tenía un vaso delante, pero no estaba embriagado. Pete observó que no apartaba la mirada del grupo formado por Galt y sus alborotadores compañeros, arrimados al mostrador.

Hablaban de los crímenes que venían ocurriendo en el Valle de Agua Fría.

Galt era el que más vociferaba.

—¡Nosotros cumpliremos aquí nuestra propia ley! —gritaba—. ¡No necesitamos del *sheriff* Pete Rice para nada! Organizaremos partidas nocturnas y...

De pronto se volvió y se encaró con Trant Rowland.

—¿Está usted con nosotros, Rowland? —preguntó.

Trant Rowland sonrió.

—Es muy posible —contestó fríamente—. Hablaremos del asunto cuando esté usted sereno.

Galt “Dinamita” avanzó hacia la mesa, tambaleándose, con la mano apoyada en la pistolera.

—¿Me ha llamado usted borracho?

—No utilicé esa palabra —contestó Rowland sin perder la calma—. Ha estado usted bebiendo y yo también. El beber es cosa de hombres —añadió diplomáticamente.

—¡Usted me ha llamado borracho! —insistió Galt cada vez más excitado—. Yo no acostumbro a morderme la lengua. ¡Yo le llamo a usted “coyote con dos patas”!

Rowland se levantó de la mesa. Estaba pálido, pero tranquilo.

—Yo no repetiría eso, Galt —aconsejó.

—¡Pues yo lo repito! —rugió el otro—. ¡Es usted un coyote! ¡Es usted un fullero!

—¿Consientes eso, Rowland? —intervino uno de los borrachos.

—Pido una satisfacción —dijo Rowland. Palpitaban sus fosas nasales como las branquias de un pez. Su musculosa mano temblaba, ansiosa de golpear.

—¡Pídamela con la boca de su revólver! —rugió Galt “Dinamita”.

El ambiente del salón adquirió una tensión eléctrica, que fue rota por el crujido de la ventana que daba al callejón. Cayeron algunos vasos al suelo. Todo el mundo concentró sus miradas en aquel sitio. Por el vidrio roto asomaba su chata boca un Colt del 45.

—¡Ya se ha derramado bastante sangre en este país! —gritó Pete Rice—. ¡Que nadie desenfunde un arma! ¡El que lo haga tendrá que habérselas conmigo!

Uno de los del grupo que estaba junto al mostrador, hombre malencarado y picado de viruelas, miró desafiadoramente a Pete.

—Estos dos hombres iban a batirse noblemente —dijo.

CAPÍTULO XVIII

MÁS MISTERIOS

Reinaron unos segundos de angustioso silencio.

—¡Que nadie se mueva! —repitió la voz de Pete Rice—. ¡Los 45 en sus pistolas... o va a ocurrir aquí algo más grave lo que ustedes se figuran!

El *sheriff* levantó la rota cristalera, pasó una pierna sobre el alfeizar y saltó al salón.

—Ha habido ya demasiados combates... de los nobles y de los otros —replicó Pete—. ¡No tendrá lugar este desafío!

—¡Pero en qué país vivimos! —se lamentó el belicoso borracho—. Hasta ahora los hombres de verdad podían sacar sus revólveres y...

—¡Cierra los morros! —le interrumpió Pete—. ¡Está usted actuando de agitador y le voy a meter en la cárcel!

—Pero yo creí...

—Crea lo que quiera. Pero recuerde que los hombres de verdad piensan lo que les conviene y ejecutan lo que conviene a los demás.

Se encaró con Galt “Dinamita”.

—Galt, no parece usted en condiciones de jugarse la vida a tiros. El whisky tiene mala puntería. Mejor será que se vaya.

El rostro de Galt hizo una serie de muecas extrañas.

—Escuche, *sheriff* —protestó—. ¡Usted no puede decirme eso a mí!

—¡Haga lo que le mando! —dijo Pete con pasmosa energía—. Y usted, Rowland, márchese también... y en dirección opuesta a la de Galt. Se acabaron las pendencias en Agua Fría.

Galt se mordió los labios, pero se apartó del mostrador y salió en busca de su caballo. Unos minutos después se alejaba calle arriba. Trant Rowland fue más cortés.

—No sé el tiempo que llevaría usted observándonos desde la ventana, *sheriff* —dijo—, pero si estuvo dos o tres minutos, vería que Galt “Dinamita” fue el agresor.

—Lo atestiguo —contestó Pete—. Pero un hombre estaba a punto de caer muerto cuando yo salté por la ventana. Y no quiero que se derrame más sangre. No le acuso a usted de nada, Rowland. Me limito a sugerirle que debe ser usted tolerante con Galt, especialmente cuando esté ebrio.

—Si me desafía otra vez —insistió Rowland—, no tendré más remedio que matarle. No me asusta su reputación de mal hombre.

—Eso le honra a usted, Rowland —dijo Pete—. Pero es locura agarrar las cosas cuando están demasiado calientes. Déjelas enfriar primero; después es posible que ni necesite cogerlas.

Rowland guardó silencio.

—Quizá tenga usted razón —dijo tras una pausa.

Salió de la taberna y montó en su caballo. A los pocos instantes se le oyó galopar en dirección contraria a la que había tomado Galt. Pete Rice volvió a la oficina de Larry Keeler. Llevaba en la boca un nuevo cuadrilátero de goma. Sus mandíbulas trabajaban rítmicamente.

Tenía sus sospechas de que la pendencia que acababa de abortar en la taberna “La Puñalada” estuviera relacionada, en cierto modo, con el misterio del Valle de Agua Fría.

Galt “Dinamita” había estado bebiendo. ¿Pero estaba tan embriagado como había querido aparecer? ¿Estaba “mareado” siquiera? No había duda de que Galt había sido el agresor como había proclamado Rowland. ¿Por qué tenía aquel tanto interés en arrastrar a éste a una lucha a tiros?

Galt era un buen tirador, antiguo pistolero; todo el mundo lo sabía. ¿Contaba con poder deshacerse fácilmente de Rowland? Rowland, fullero y trapisondista, podía ser fundamentalmente honrado. Se había conducido con extraordinaria sensatez ante los insultos de su rival. Hasta había acudido a la diplomacia para calmar al enfurecido matón.

Rowland era uno de los rancheros que se había jactado de que nadie le obligaría a abandonar el Valle. Un pensamiento explotó como un cohete en el cerebro de Pete Rice. ¿Sería aquélla la razón que indujo a Galt a provocar una lucha con Rowland? No había

procedimiento mejor para expulsar al ranchero, “definitivamente” del Valle. Y todo ante testigos y sin que pudiera mezclarse en ello la ley.

Y a este pensamiento siguió otro en rápida sucesión.

¿SERÍA GALT “DINAMITA” EL MISTERIOSO GILA KID?

Pete Rice continuó pensando... y masticando.

Cada vez encontraba nuevos detalles que hacían sospechoso a Galt. En primer lugar se sabía que Galt era un antiguo pistolero. Sus fechorías no habían tenido por escenario el distrito de Trinchera, donde aparentemente se portaba bien. Pero Pete Rice, en sus largos tratos con la ley, apenas conocía un malhechor de aquel tipo que se hubiese realmente reformado. ¿Sería mera apariencia la pretendida respetabilidad de Galt?

Galt era hombre corpulento y forzado —el tipo descrito por los que habían visto al enmascarado Gila Kid. Aparentaba de cuarenta a cincuenta años. El “KID” que formaba parte de su falso nombre, podía ser una aña gaza para poner sugerir la idea de que el bandido era un joven.

El *sheriff* recordaba la noche en que él y sus comisarios habían sido llamados a Todhunter, cuando Gila Kid y sus pistoleros pagados barrían a tiros la pequeña estación del ferrocarril. Aquella noche, Gila Kid había huido por el desfiladero que dinamitó después, esperando aniquilar a Pete y sus comisarios. Aquel desfiladero desembocaba en el Valle de Agua Fría. Y Galt era un habitante de aquel Valle.

Más tarde cuando los defensores de la ley regresaban con sus prisioneros, Galt apareció otra vez. Iba montado en un caballo sin silla y llevaba puestas sus ropas de dormir.

¿No resultaba un poco sospechoso? Podía haberse cambiado de ropa en su rancho antes de reaparecer dando un rodeo a la colina. Aquel especto somnoliento que indicaba que el ruido de la explosión le había despertado de su mejor sueño, pudo ser fingido. Pete entró en el despacho de Keeler, se sentó a la mesa y escribió dos cartas. Una era para su madre; la otra también para la Quebrada... pero para el jefe de la cárcel.

En la última pedía Pete al carcelero que registrase los viejos archivos y viera si descubría algo relacionado con las anteriores actividades delictivas de Galt “Dinamita”. Quizá pudiera

determinarse claramente su personalidad a través del análisis de sus pasados crímenes en otras partes del Sudoeste. El carcelero debía mandar las fichas a nombre del comisario Larry Keeler.

Era ya de noche cuando el *sheriff* se dirigió al correo para depositar las cartas. Después penetró en el restaurante donde ya se encontraba el joven Tod Carey y los comisarios.

La cena ocupó la mayor parte de una hora. Pete y “Miserias” comieron moderadamente, pero la emoción de encontrarse junto al *sheriff* pareció abrir al apetito al joven Carey. Este comió dos trozos de “roast beef” y dos pedazos de empanada, con lo que quedó segundo en el concurso, ya que Teeny Butler devoró cuádruple ración.

El gigantesco comisario pensaba ya en la conveniencia de enzarzarse con un quinto trozo de empanada cuando entró precipitadamente un vaquero en el restaurante. Era Sinms Booneford, el “cow-puncher”. Inmediatamente se aproximó a la mesa de Pete.

El *sheriff* presintió que había sucedido algo extraordinario.

—¿Qué pasa, Booneford? —preguntó—. ¿Más desgracias?

Booneford recuperó alientos un momento.

—Sí, *sheriff*. ¡Se trata ahora de Jed Larking! ¡Gila Kid lo ha herido gravemente! Me envió a buscar un médico y yo he creído deber comunicárselo a usted.

El joven Tod Carey saltó de su asiento. Nunca había demostrado verdadero afecto por su padrastro, pero ahora temblaba de emoción.

—¿Lo vio usted? —preguntó—. ¿Corre peligro de muerte?

—No lo puedo decir —contestó el vaquero—. Pero está muy mal herido.

Pistol Pete Rice corría ya hacia la puerta.

CAPÍTULO XIX

EN LA GUARIDA DE GALT “DINAMITA”

El grupo de jinetes abandonó el pueblo como una cadena de exhalaciones. Pete iba delante sobre “Sonny”. Tod Carey, montado en “Rowdy”, galopaba a su lado. Booneford el ranchero, corría con Larry Keeler, y “Miserias” y Teeny cerraban marcha.

“Vulcano”, con la lengua fuera, luchaba bravamente por conservar al nivel de las veloces patas de los caballos. Pete había decidido llevarlo. “Vulcano” podía ser una ayuda valiosísima para seguir el rastro a partir del rancho de Larking. A menos de media milla del pueblo alcanzaron al médico.

—¡Vaya lo más aprisa que pueda, doctor! —le gritó Pete—. ¡Nosotros prestaremos los primeros auxilios hasta que usted llegue!

El grupo siguió galopando velozmente. El médico se perdió pronto de vista en una curva de la carretera. Booneford espoleó a su caballo y se aproximó al *sheriff*, que le había llamado agitando la mano.

—¿Viste a Gila Kid en persona? —le preguntó Pete sin dejar de galopar.

—¡Ya lo creo! Fue poco después de anoecer. Pasaba yo junto a la casa de Jed y me dieron ganas de entrar para tomar una copa. Y entonces vi que salía corriendo un individuo con zahones verdes.

—¿Tuviste ocasión de verlo bien?

—Al principio, no. Pero sí un minuto más tarde. ¡Casi choco con él! Me apoyó su revólver en el vientre... y me quitó mis armas. Después se escurrió y desapareció en la oscuridad.

—¿Iba enmascarado?

—Sí, con un antifaz verde. Y llevaba pantalones como los de los Mejicanos.

—¿Corpulento?

—Me llevaba la cabeza a mí.

—¿Hablabas como un Mejicano?

—Pues, a decir verdad, a mí no me lo pareció —contestó el ranchero.

—¿Nunca habías oído su voz?

—No, que yo recuerde, *sheriff*.

Mientras el grupo seguía galopando, Boneford explicó que había entrado en la ranchería. Esperaba encontrar a Jed Larking asesinado. Pero no, sólo estaba gravemente magullado. Era su opinión que Gila Kid pudo matar a tiros a Larking, pero oyó el caballo del ranchero y se vio obligado a terminar sin ruido.

Booneford encontró a Larking tendido en el salón. Por lo visto, había estado jugando a los naipes con el único peón que no había ido al pueblo a divertirse aquella tarde.

La baraja había caído al suelo. A Larking le habían golpeado en la cabeza con el cañón de un 45. El criado se desplomó de un puñetazo a la mandíbula cuando trataba de sacar su revólver para defenderse de Gila Kid. Pete abrió un nuevo paquete de goma y se metió en la boca dos pastillas. Sus angulares mandíbulas se movieron a compás de los cascos del caballo. Su cerebro trabajaba rápidamente.

¿Por qué Gila Kid no había matado a Larking y al criado? No habría necesitado meter ruido para “despacharlos” a golpes o a cuchilladas después de dejarlos sin conocimiento. ¿Y por qué había respetado la vida de Booneford? Tanta bondad no estaba de acuerdo con sus anteriores procedimientos.

Pete desvió a “Sonny” hacia la derecha.

—Yo y mis comisarios vamos a tomar este atajo —dijo a Boneford—. Tu caballo está muy cansado y no podría seguirnos por camino tan accidentado. Mejor será que continúes por la carretera.

El ranchero se mostró de acuerdo y torció hacia la izquierda, mientras los comisarios y el joven Tod seguían a Pete. El atajo estaba formado por una pronunciadísima pendiente a cuyo final había una estrecha torrentera que había que saltar. Al aproximarse a ella, la arena y las rocas sueltas formaban un piso resbaladizo y peligroso. Bajo la experta mano de Pete, “Sonny” bajó la pendiente, medio resbalando, sin perder pie. Los demás jinetes lo hicieron más lentamente y con grandes precauciones. Llegaron al final de la

rampa cuando Pete coronaba la ladera del otro lado.

El alazán cubría el terreno a veloces trancos y, llegado a la barranca, la franqueó de un salto con la facilidad del águila. Pete se detuvo para observar a Tod. Pero lanzó un suspiro de alivio al ver que el pequeño “Rowdy” franqueaba el abismo con la misma seguridad y casi con la misma gracia que “Sonny”.

Los comisarios eran expertos jinetes sobre adiestrados caballos y dieron el peligroso salto sin incidentes. La distancia que les separaba del rancho de Jed Larking, quedaba así acortada en cerca de tres millas. Cuando llegaron a la hacienda, la ranchería estaba sumida en la oscuridad. La razón de ello quedó explicada al surgir un fogonazo de una de las ventanas.

—¿Quiénes sois? —preguntó una voz.

—Booneford nos contó lo sucedido —contestó Pete.

—Oh, all right, *sheriff* —le interrumpió la voz—. He disparado por si se trataba de Gila Kid que volvía con refuerzos. Ahora mismo abriré la puerta.

A los pocos segundos abrió la puerta el ranchero de Jed Larking. Tenía una mandíbula casi dislocada y una gran contusión en un pómulo.

—He dejado a Jed tendido en el camastro de la sala —explicó mientras encendía una lámpara. Luego cogió ésta y guió a los visitantes.

Larking tenía todo su conocimiento, pero presentaba la fractura de la nariz, una rozadura en la sien y había manchas de sangre en los vendajes con que el ranchero le había envuelto la cabeza. No obstante, se incorporó cuando Pete entró en la habitación, y palmoteó la espalda de su hijastro, Tod.

—Se ve que Pete está haciendo un buen comisario de ti —dijo—. Bien ¿qué tal lo pasas en tus correrías con el *sheriff*?

—Nunca me he divertido tanto, padre —contestó Tod—. Me paso todo el día a caballo y...

Enrojeció al darse cuenta de que estaba hablando de sí mismo sin preocuparse de las heridas de su padrastro.

—¿Pero cómo se siente usted, padre? —preguntó—. ¡Temíamos encontrarlo muerto!

—Ha faltado muy poco, Tod. Estábamos jugando a los naipes cuando entró Gila Kid. No le sentimos hasta que saltó por la

ventana. Booneford pasaba en aquel momento por delante de la puerta. Y esa fue nuestra suerte. Gila Kid no se atrevió a dispararnos. Debió creerse que se trataba de Pete Rice. A mí me derribó de un golpe y lo mismo hizo con Mel. —El ranchero señaló al cowboy que sostenía la lámpara. Después se dirigió al *sheriff*.

—No creo que se le pueda seguir el rastro, Pete. Tengo la sospecha de que no trajo caballo. Probablemente lo dejó atado a una milla de aquí y se acercó a pie para espiar. Cuando vio que Mel y yo jugábamos tranquilamente a los naipes, saltó por la ventana y nos acogotó.

Pete habló con el ranchero unos minutos. Todos los detalles coincidían con los dados por Boneford. Gila Kid era un hombre corpulento, alto y fuerte. Llevaba un antifaz verde y zahones del mismo color.

—¿Reconoció usted su voz? —preguntó Pete.

—No pude. No pronunció una palabra. Oí un ruido en la ventana, y un segundo después ya estaba en la habitación. Recibí un golpe en la cabeza y perdí el conocimiento. Cuando me recobré, Mel me estaba lavando las heridas con agua fresca.

Mel, el peón, no pudo dar más detalles. Le habían golpeado duro y fuerte, según dijo. Gila Kid no pronunció palabra. Cuando Mel recobró el conocimiento ya había desaparecido. Booneford llegó a la ranchería cuando Pete interrogaba a Larking, y unos minutos más tarde el doctor Okey se apeaba en la corralada. Curó rápidamente las cortaduras de Larking. No había conmoción ni fractura, dictaminó. Larking haría su vida ordinaria dentro de un par de días.

Mientras curaba a los heridos, Pete y sus comisarios se dedicaron a examinar el corral del rancho. No había señales de que Gila Kid hubiese llegado a caballo hasta allí.

Descubrieron pisadas que llegaban a la puerta del pajar y se perdían a su pie. Pete opinó que Gila Kid debía haber trepado por la escalerilla hasta el henil, había cruzado éste y había descendido por el lado opuesto.

Una rápida investigación probó lo acertado de sus suposiciones. Pero las huellas se detenían de nuevo en el corral, donde Gila Kid había robado tres de los caballos de Jed Larking. Las huellas de las doce patas salían después de la corralada. Pete adivinó enseguida la

intención del fugitivo.

Era evidente que había cabalgado en uno de los caballos, empujando delante de sí a los otros dos; luego, ya lejos del rancho, se habría pasado a otro caballo, ahuyentando a los restantes en direcciones diferentes. De este modo sería difícil seguir tan intrincado rastro en la oscuridad.

A Pete se le ocurrió una idea. Volvió a la casa y esperó a que el doctor terminase la cura. El *sheriff* necesitaba saber si Borklund continuaba en el domicilio del doctor. Si Borklund era Gila Kid, podría haberse escapado de él para realizar aquel rápido “raid”.

Pero el doctor Okey contestó riendo que Borklund tenía cama para muchos días. Aquella tarde la había pasado sin conocimiento, y quedó al cuidado de la señora Okey cuando el doctor había sido llamado para asistir a Larking.

Pete volvió a la corralada y reunió a sus comisarios. Booneford y el peón de Jed insistieron, en acompañarles, y Pete consideró más seguro llevar a Tod que dejarle en la ranchería a cargo de un hombre mal herido.

Antes de partir, Pete se cercioró de que estaban cerradas todas las puertas y ventanas de la casa, y colocó un fusil cargado junto a la cama de Jed. La persecución de Gila Kid resultó tan difícil como Pete había imaginado. “Vulcano” ayudó mucho a descubrir el rastro del fugitivo, pero fracasó al llegar al sitio en que Kid había cambiado de caballo y ahuyentado a los otros dos. Posiblemente el rastreo podría continuar a la mañana siguiente.

—No perdamos más tiempo esta noche —dijo Pete a sus hombres—. Tengo ya formada una idea de quién pueda ser ese Gila Kid. No puedo adivinar el objeto que persigue, pero creo haber dado con la persona. Continuemos investigando. Seguidme.

Dio vuelta a “Sonny” y se dispuso a cruzar el valle a buen paso. Cabalgaron durante una buena media hora y, finalmente, se detuvieron ante una casa campera rodeada de una cerca encalada.

—¡Pero si aquí es donde vive Galt “Dinamita”! —exclamó Hicks “Miserias”.

—Lo has adivinado —contestó Pete con sorna—. Veamos si Galt está en casa.

Desmontó y llamó a la puerta de la cocina. No se oyó en menor ruido allá dentro. Pete probó la puerta. No tenía echado el pestillo.

La empujó y entró en la cocina. Rascó un fósforo en la suela de su zapato y encendió una lámpara que encontró sobre una mesa, entre unos platos sucios.

Booneford y Mel quedaron afuera como centinelas, pero Tod y los comisarios habían seguido a Pete. Este tomó la lámpara y se dirigió a la próxima habitación. Se detuvo en el umbral, paralizado por un trágico espectáculo. Galt “Dinamita” yacía tendido en el suelo. Estaba muerto. Fluía la sangre de sus múltiples heridas.

CAPÍTULO XX

UN SUCESO ASOMBROSO

El sheriff se rehizo de su emoción y penetró en la estancia. Examinó el cadáver. Le habían vaciado en la cabeza y en el cuerpo todo un cargador del 45. La muerte debió de ser instantánea.

Pete encendió otra lámpara que había en la habitación.

—El momento es tan oportuno como cualquier otro para comprobar mis sospechas —dijo. Se aproximó a una vieja mesa situada en un rincón y empleó algún tiempo en registrar los cajones. Antes había enviado a Teeny y “Miserias” a registrar el piso de arriba por si encontraban algo interesante.

En el cajón inferior de la mesa había varios edictos puestos en circulación por las autoridades legales de Nueva México. Los edictos describían a Galt como un jovenzuelo y hacían alusión a la Banda de Galt “Dinamita”. Pero fue un recorte de periódico amarillento el que atrajo más la atención de Pete.

El recorte llevaba el retrato de un hombre de largo cuello —indudablemente el bandido cuyo cadáver encontraron atado a su caballo la noche del asalto al tren.

Su nombre era Pock Drake. Había sido maquinista de la Compañía Old México, —seguía diciendo el recorte— de la que fue expulsado por sospechoso de estar en connivencia con los ladrones de trenes. Era miembro de la “Banda de Galt “Dinamita” —terminaba diciendo el periódico.

Pete se dirigió al joven Tod Carey, que estaba sentado en un camastro, serio pero no asustado en presencia de la muerte.

—Esto lo aclara todo, muchacho —le dijo—. Galt es el Gila Kid que andábamos buscando. Él era el hombre de los zahones verdes que vio el guardafrenos.

El *sheriff* enseñó a Tod el retrato de Pock Drake.

—Esto lo demuestra —continuó diciendo—. Galt utilizó a Drake en uno de sus crímenes y luego lo mató o hizo que lo matase otro de su banda. Verás como los muchachos encuentran allá arriba algunos disfraces de Gila Kid.

Teeny y Hicks “Miserias” bajaron unos momentos después. “Miserias” traía un par de pantalones verdes y un antifaz, y Teeny mostraba orgulloso algunos cartuchos de dinamita.

—¡Rocoyotes! ¡Ahora sí que lo hemos descubierto todo! —dijo “Miserias” triunfalmente.

Pero el triunfo de *Pistol* Pete Rice parecía empañado por alguna nube. El *sheriff* masticaba su goma, pensativo.

—De todos modos, la cosa no ha resultado como yo hubiera querido —murmuró—. Resulta probado que Galt “Dinamita” era Gila Kid. Pero apenas lo hemos descubierto, cuando ya tenemos que buscar a otro asesino... al asesino del mismo Gila Kid.

Siguió masticando y pensando en voz alta.

—Cuando salimos en persecución de un homicida es porque queremos entregarlo a la ley. La muerte de Galt ha burlado al verdugo. Y ahora tenemos que encontrar al hombre que asesinó a Galt.

Recordó lo que Trant Rowland había dicho en la taberna “La Puñalada”: “Si vuelve a desafiarme, lo mataré. No me asusta su reputación de mal hombre”.

Era muy posible que Rowland —quemándole aún la imaginación el recuerdo de las ofensas recibidas en la taberna— se hubiese presentado en la casa del ex-pistolero, asesinándole.

Pero Carl Borklund, el misterioso forastero, ¿qué tenía que ver con aquel asunto? En la imaginación de Pete, el misterio estaba muy lejos de aparecer aclarado.

—Os diré lo que pienso, muchachos —dijo—. Aunque Galt sea Gila Kid, debe de haber algún otro detrás... probablemente el individuo que lo mató esta noche.

El *sheriff* se puso en pie, como tomando una resolución.

—Muchachos —dijo a Teeny y “Miserias”—, llevaos el cadáver al pueblo. No digáis a nadie que hemos averiguado que Galt es Gila Kid. El asunto no está terminado todavía... ni con mucho.

Y añadió dirigiéndose a Tod Carey:

—Tod —puedes volver al rancho de tu padrastro. Será mejor

que pases allí esta noche. Como Gila Kid está ya muerto, no os podrá hacer otra visita. Pero, de todos modos, cierra bien puertas y ventanas. Tu padre puede necesitar algunos cuidados durante la noche.

—¿Y dónde vas tú ahora, patrón? —preguntó Hicks “Miserias”.

—Voy a ver si hablo con Trant Rowland, —contestó Pete.

Cuando entró “Sonny” en el corral del rancho de Trant Rowland, la casa estaba completamente a oscuras. Pete golpeó la puerta, pero nadie contestó. Saltó por una ventana. No había nadie en la casa. Rowland había desaparecido.

La ranchería estaba cerrada, y debía de llevar así varias semanas. Los ranchos del Valle de Agua Fría eran muy pequeños; solamente durante determinadas temporadas del año ocupaban muchos jornaleros. La pareja de criados que Rowland tenía a su servicio de un modo permanente debían de haber ido al pueblo a pasar la noche.

Pete puso grupas hacia Agua Fría. La desaparición de Rowland podía no tener nada que ver con el asesinato de Galt “Dinamita”; el ranchero era un solterón, y quizá pasase las noches en el pueblo. Pero cuando llegó a Agua Fría, una vuelta por las tabernas y garitos no proporcionó rastro alguno de Rowland.

Había luz en casa del doctor Okey, y Pete desmontó y subió. Todavía no había aclarado el misterio del hombre que decía llamarse Carl Borklund.

Llamó a la puerta y el mismo doctor Okey salió a abrirle.

—¿Cómo va el enfermo, doctor? —preguntó Pete.

—Está fuera de peligro —contestó el doctor, jubiloso—. Quiere hablar con usted. Pero tendrá que limitar la conversación a cinco o diez minutos. Hay que evitar una recaída.

—Cinco o diez minutos es todo lo que necesito —dijo Pete.

Siguió al doctor Okey a la clara habitación en que yacía Borklund en un amplio lecho. Una mirada de los azules ojos del herido dijo a Pete que estaba con todo su conocimiento y que podía hablar coherentemente.

—¿Cómo se siente usted, Borklund? —le preguntó.

—Mucho mejor, *sheriff*. Lo suficientemente bien para explicar unas cuantas cosas.

Se incorporó sobre un codo.

—Sé que ha sospechado usted de mí, *sheriff*. Quizá mi conducta ha sido un poco rara. Pero he tenido mis razones.

Sonrió ingenuamente.

—En el país donde me he criado —las montañas de Tennessee no nos atenemos mucho a la ley cuando alguien asesina a uno de los nuestros. En tales casos ventilamos el asunto a nuestro modo.

Pete estudiaba atentamente el perfil del herido.

—¿Le asesinaron a un hermano? —preguntó. Y su imaginación voló hacia aquella “D” que había visto en el pañuelo que Borklund le entregara la noche de los disturbios de Todhunter—. Nunca le he encontrado a usted el parecido —continuó—, pero ahora mirándole a usted desde este ángulo, no me cabe duda. ¡Apuesto a que es usted hermano de Joe Deming, el empleado de correos asesinado!

Se endulzó un momento la dura mirada de los ojos del herido.

—Joe... pobre Joe —murmuró—. Era el hombre bueno de la familia. Yo en cambio soy el malo, como dicen ustedes por aquí.

“Yo quería mucho a Joe y él me quería a mí. Hacía años que no nos veíamos. Yo tuve un proceso por deudas y tuve que abandonar el país. Joe marchó al Este. Jim Bridges lo colocó en el ferrocarril Southern Arizona.

Entró el doctor Okey y tomó el pulso al paciente.

—¡Oh, déjeme hablar, doctor! —suplicó el herido—. Me siento muy bien.

—Tiene usted cinco minutos más —dijo el médico.

—*All right*. Empecé un viaje para ver a Joe. Al llegar a Tucson me enteré de su asesinato. Me puse loco. Tomé el primer tren para venir aquí.

—¿Por qué se hizo usted llamar Borklund? —preguntó Pete.

—Pensé que era una buena idea. He trabajado algún tiempo en Minnesota. Tuve allí un amigo Sueco... Carl Borklund. Me dejó su reloj y su cadena cuando murió. Tenía el dije con sus iniciales, y mis cabellos eran los suficientemente claros para poder pasar por un Escandinavo. El mismo Carl me lo decía con frecuencia.

Pete asintió. Comprendía ahora por qué Borklund, o Deming, se había conducido de un modo tan sospechoso durante su estancia en el Valle. Trataba de ejecutar lo que las tradiciones de su familia le habían enseñado que era legítimo: la venganza.

El herido prosiguió relatando cómo había sido golpeado por Gila Kid en los alrededores de Dick Currier, y arrastrado después a la choza abandonada. Hasta que Pete no se lo dijo, nada había sabido del hallazgo del colgante con las iniciales; ni se había enterado, tampoco, del peligro corrido con las culebras.

Pete veía ahora claramente que Gila Kid —Galt “Dinamita”— esperaba que su prisionero muriese de las mordeduras de los reptiles. Gila Kid era también el que había puesto en la estufa los trozos de pantalón verde, pensando, indudablemente, que Pete Rice los encontraría, haciéndole creer que el muerto era Gila Kid.

Pete estrechó la mano del herido.

—Compañero —le dijo—, uno de los bandidos complicados en la muerte de su hermano está tendido en la losa del depósito de cadáveres. Si hay algún otro complicado, y creo que sí lo habrá, espero que aún estará usted por estas tierras para verlo colgar.

—No faltaré —prometió—. Me gusta este país. Se parece mucho a mis montañas. No tienen ustedes muchas leyes, pero se cumplen.

—Así es —convino Pete—. Cuantas menos leyes tiene una comunidad, más probable es que se las ejecute. Las leyes en exceso son como rifles sin municiones. Que se reponga usted pronto, Deming. ¡No tardará usted en ver cosas sorprendentes!

Pete abandonó la casa del doctor y retrocedió hasta el centro del pueblo. “Miserias” y Teeny tenían algunas noticias que comunicarle. Jimmy Calderón había sido encontrado grave pero no mortalmente herido, en una choza situada a unas millas de Todhunter.

Como Borklund, Calderón había sido eliminado después de utilizar su fusil para atentar contra la vida de Pete Rice. El antiguo explorador era inocente de todo delito. Trant Rowland había sido visto también hacía unos minutos, galopando hacia su rancho.

—Entonces esa es la dirección que voy a tomar —dijo Pete a sus comisarios—. Hasta luego, muchachos. Esperad a que vuelva.

Espoleó a “Sonny” y partió al galope hacia el rancho de Rowland.

Aquel sexto sentido con que estaba dotado el *sheriff* de la Quebrada del Buitre le dijo que el caso del Valle de Agua Fría tocaba a su fin. Sin embargo masticaba frenéticamente mientras trataba de unir los detalles todavía dispersos y confusos.

¿Quién se escondía tras Galt “Dinamita”? ¿Quién era el cómplice

que había matado a Galt? ¿Habría sido el individuo de las barbas que el guardafrenos había visto un instante la noche del asalto al tren? ¿Quién podía ser aquel individuo?

El *sheriff* tenía aún alguna ligera sospecha contra Trant Rowland. Pero Rowland iba meticulosamente afeitado. ¿Habría llevado una barba falsa con objeto de despistar y hacer que la justicia persiguiera a un hombre barbudo en lugar de a un barbilampiño?

La imaginación de Pete voló una vez más hacia el extraño personaje que se ocultaba tras aquellos crímenes. ¿Por qué quería extirpar toda competencia del Valle de Agua Fría? ¿Qué cosa de valor había en aquel árido desierto? Ni siquiera crecía en él la hierba. No tenía ni oro ni petróleo. Ni minerales de ninguna clase. La naturaleza del terreno indicaba que era imposible que los ocultara en su seno.

El *sheriff* había dejado a “Vulcano” con Teeny y “Miserias”. El inteligente mastín estaba muy baqueteado. Era fuerte como un oso, pero Pete sabía que una prolongada excitación podía perjudicar sus facultades. El *sheriff* nunca trataba a los animales tan duramente como a sí mismo.

“Sonny” devoró rápidamente las millas que le separaban del rancho de Rowland. La casa se destacaba ya en la lejanía. Había luz en ella. Rowland debía haber llegado. El *sheriff* rodeó un granero abandonado y, al pasar ante un grupo de árboles, le pareció que se movía una sombra bajo ellos. Paró bruscamente a “Sonny”.

—¿Quién va? —preguntó.

Reinó el silencio.

—¿Quién va? —repitió con más energía.

Oyó patear a un caballo. Espoleó a “Sonny” y se lanzó a la caza del misterioso jinete que surgió de pronto del bosquecillo y corría hacia el granero abandonado. La luz de la luna le iluminó el rostro. Era un individuo corpulento y fuerte. Iba enmascarado y llevaba zahones verdes. Pete ahogó un grito de asombro. Hasta aquel momento estaba convencido de que Galt “Dinamita” era Gila Kid y de que Galt había muerto.

¡Y ERA GILA KID EL QUE HUÍA ANTE SUS PROPIOS OJOS!

CAPÍTULO XXI

DESENLAZCE

“Sonny” se lanzó como un meteoro hacia el granero abandonado. El enmascarado volvió la cabeza. Vio que Pete Rice echaba mano a su lazo. Entonces se arrojó del caballo en el preciso instante en que el cordel surcaba el aire, y se refugió en el granero. Pete se arrojó instantáneamente de la silla.

Brillaban ya los Colts en sus manos. Abrió de un puntapié la puerta del granero y se asomó cautelosamente al interior.

Oyó como un roce en el henil, al que había trepado el fugitivo.

—¡Salga de ahí! —gritó Pete.

Nadie contestó.

Oyó a su espalda unos cascos de caballo. Un jinete, salido del bosquecillo, galopaba hacia el granero. Pete le apuntó con su Colt. Un segundo después el joven Tod Carey estaba a su lado.

—¿Qué haces aquí, Tod? —le preguntó Pete, asombrado.

El muchacho no contestó.

Salió un silbido del otro lado del henil. El caballo del enmascarado emprendió un medio galope hacia aquel lado del granero. Se oyó crujir de maderos. El misterioso individuo estaba arrancando uno de los tablones medio podridos del henil. Se proponía saltar a la grupa del animal para continuar la huída. Su figura se destacaba como una sombra, aún más negra que las tinieblas que le rodeaban.

Pete hizo girar su Colt para encañonar al fugitivo.

—¡No se mueva de ahí... o es hombre muerto! —gritó.

Pero, de pronto, el joven Tod Carey se arrojó sobre el *sheriff*. Sus manos agarraron los puños de Pete haciéndole desviar los revólveres. Se oyó galopar un caballo. El enmascarado había realizado su propósito y huía.

Pete trató de desprenderse del jovenzuelo. El muchacho se agarraba a él como una lapa. De pronto, se soltó y saltó a la grupa de “Rowdy” y se lanzó como una exhalación hacia el sitio en que había quedado “Sonny”. Al pasar, alargó el brazo y agarró la brida del alazán.

—¡Vuelve! —gritó Pete.

Tod no contestó. Galopaban los caballos. Su rítmico tableteo iba alejándose gradualmente. El *sheriff* quedaba sin cabalgadura. Y el qué le había traicionado, el que había ayudado a la fuga de Gila Kid era el joven Tod Carey... ¡su protegido!

Pete no tuvo valor para disparar sobre el joven. Contuvo su primer impulso apretando las mandíbulas con decisión. Pero capturaría a aquel enmascarado jinete aunque no tuviera que hacer otra cosa en la vida. Le seguiría la pista por todo Arizona, si fuera necesario. Registraría el Valle entero para darle caza. Utilizaría a “Vulcano” y enviaría a buscar a Hopi Joe, a la Quebrada del Buitre.

Cuando Pete llegó a pie al más próximo rancho hacía una hora que había amanecido. El ranchero acababa de saltar de la cama. Pete le pidió prestado un caballo y él mismo lo ensilló y lo embridó.

—¿Quieres abandonar tu trabajo para hacerme un servicio? —preguntó al granjero.

—Con mucho gusto, *sheriff*. ¿Qué hay que hacer?

—Vete a Agua Fría. Busca a mis comisarios, Hicks “Miserias” y Teeny Butler. Habla con Larry Keeler, también.

—Ahora mismo me pongo en camino, *sheriff*.

—Diles que traigan con ellos a “Vulcano”, mi mastín. Y que me traigan también el caballo más veloz que encuentren en Agua Fría. Por ahora utilizaré uno de los tuyos.

—¿Te vas a quedar aquí, Pete?

—No. Voy a seguirle la pista a cierto sujeto. Diles a mis muchachos que hagan ellos lo mismo a partir de aquel granero abandonado. Si yo no doy con mi hombre, me reuniré con ellos en el Valle.

Pasaron casi tres horas antes de que los comisarios pudieran reunirse con *Pistol* Pete Rice. Encontraron a su jefe completamente descorazonado, como no le habían visto nunca. El caso no era para menos. El hombre que iba persiguiendo, debía ser un maestro en evasiones. No había duda que el caballo que acudió a su silbido

cuando se encontraba oculto en el henil, era un animal maravillosamente amaestrado.

A partir de aquel momento la táctica del fugitivo no había podido ser más hábil: desmontaba a intervalos del caballo y lo ahuyentaba para que el animal describiera un amplio círculo sobre un terreno de rocas y mezquitas; al poco rato, le silbaba para que volviese, y de ese modo iba dejando una falsa pista difícilísima de seguir. Entre idas y venidas, siguiendo las falsas huellas, se les había ido el tiempo a los defensores de la ley. ¡No iba a estar Pete Rice descorazonado!

A “Sonny” lo encontraron pastando en la linde de un denso bosque al pie de la cordillera de Pompano. Serían entonces las dos de la tarde. Pete prescindió del caballo que le habían llevado hasta allí y montó en su alazán.

Los comisarios habían podido descansar en Agua Fría, pero Pete estaba medio muerto de sueño. No obstante, se resistió a abandonar la caza. Tenían sus ojos círculos amoratados y surcaban su rostro arrugas de mortal cansancio. Pero el gesto de sus apretadas mandíbulas revelaba que ni el hambre ni el sueño le harían detenerse hasta dar caza a su enemigo.

Y fue “Vulcano”, el mastín, el que, al fin, terminó la aventura. El rastreo les había conducido hasta una cortadura por el lado de la montaña. Era muy difícil percibir las huellas. El terreno era en su mayor parte de sólidas rocas. Las huellas aparecieron solamente de vez en cuando, y cabía la duda de que pertenecieran al caballo del enmascarado fugitivo.

Pero “Vulcano” pegó su hocico a la tierra y se metió por un grupo de alisos. Unos centenares de metros más allá se detuvo y ladró furiosamente. Pete Rice desmontó y exploró el terreno. Descubrió al poco la entrada de una cueva y se abrió paso, decidido, por entre las malezas que la obstruían.

Había señales evidentes de que su enemigo había descansado allí. En el centro de la cueva quedaban todavía restos de la pequeña hoguera que había encendido. El suelo de dura roca mostraba de vez en cuando huellas de cascos.

Pete atravesó la cueva y, en su exterior, observó nuevas señales que procuraban que el enmascarado fugitivo había cambiado allí de caballo. El otro fue encontrado ramoneando entre unos actos. Las

huellas se dirigían después al camino que conducía a la frontera y estaban mezcladas con las que habían dejado otros muchos jinetes.

El *sheriff* contempló el abandonado caballo. Era viejo, quizá tenía ocho años, y tenía una marca extraña. Al fijar la mirada en patas, vio brillar un objeto. Se agachó y lo recogió. Era una navaja. Posiblemente se le había caído al fugitivo cuando desmontó.

La navaja estaba muy usada. En el mango de hueso llevaba esculpida la siguiente marca: “The Rockin R.” El *sheriff* la examinó detenidamente. Brillaron sus grises ojos. Su rostro reveló intensa emoción.

—La caza ha terminado, —muchachos dijo.

—¿Qué quieres decir, patrón? —preguntó sorprendido Hicks “Miserias”.

—Nada más que lo que he dicho, compañero: la caza ha terminado. Volvamos al granero abandonado y durmamos hasta que oscurezca. Todos necesitamos un poco de descanso.

—Apuesto a que ya tienes algo en la manga, Pete —dijo Teeny Butler—. ¿De qué se trata, patrón?

—Espera un poco, Teeny. Casi me asusta decíroslo. Pero nunca se debe hablar de las esperanzas y ambiciones hasta verlas cumplidas. Vamos, muchachos.

Acababa de anochecer sobre el Valle de Agua Fría cuando Pete Rice se deslizó fuera del henil del granero abandonado.

—¡A caballo, muchachos! —dijo a sus comisarios—. Pero iremos con precaución. Seguidme.

Montó en “Sonny” y le puso a medio galope. A la hora el grupo ataba sus caballos a unos centenares de metros de la casa de Jed Larking, Larry Keeler quedó al cuidado de los animales, incluyendo a “Vulcano”.

Pete Rice necesitaba espiar y no se podía confiar en que el perro refrenase sus ladridos a los primeros síntomas de excitación. Y aquella excitación no podía dejar de producirse... si las sospechas del *sheriff* resultaban ciertas.

Durante más de una hora, Pete y sus comisarios permanecieron tendidos entre las altas hierbas que rodeaban la casa de Larking. El ranchero, sentado en su cuarto de trabajo, leía con la ventana abierta. Llevaba al cinto su Colt y tenía un fusil al alcance de la mano. Estaba completamente solo.

Pero de pronto, hizo su aparición otro personaje. Un corpulento individuo de verde antifaz y pantalones del mismo color saltó por la ventana y apuntó a la cabeza del ranchero con su 45. Evidentemente, estaba diciendo a Larking que no hiciera el menor movimiento para coger el fusil.

—Quedaos aquí muchachos —musitó Pete—. Uno hace menos ruido que tres.

Se arrastró por entre los hierbajos hasta situarse bajo la abierta ventana. Se incorporó cautelosamente y, agachándose lo necesario para no ser visto, miró al interior de la habitación. El individuo del verde antifaz estaba hablando.

—... —anoche vine aquí, y como vi que no estaba solo, aplacé mi visita para mejor ocasión. Esta ocasión ha llegado. No acostumbro a matar por la espalda. Pero eso es lo que te mereces, Larking. Te voy a permitir que empuñes tu revólver. Si quisiera, no te daría tiempo para dispararlo. Pero te voy a conceder alguna ventaja. Podrás disparar cuando cuente “tres”. ¡En ese momento dispararé yo el mío!

Pete Rice podía oír claramente todas las palabras. Larking estaba situado frente a él. El rostro del ranchero tenía una expresión de rabia contenida. El enmascarado empezó a contar:

—¡UNO!

Las sílabas fueron pronunciadas con extraordinaria energía. Pete no se movió. Quería ver cómo reaccionaba Larking.

—¡DOS!

Pete pudo ver que Larking hacía un movimiento casi imperceptible hacia su pistolera. Se proponía, evidentemente, interrumpir la cuenta. Pete empuñó su Colt y apoyó el cañón en el alféizar de la ventana.

—¡Tire ese revólver, Larking! —gritó Pete al tiempo que saltaba al interior.

Jed Larking dejó caer al suelo el arma.

—¡Así me gusta! —rió Pete—. No quise volarle la cabeza, Larking. No es plomo lo que usted se merece. ¡Cuerda es lo que le darán a usted! ¡Nadie se la ganó mejor que en este mundo!

CAPÍTULO XXII

EL MISTERIO DEL VALLE

Pete Rice mantuvo su revólver al nivel del asombrado rostro de Jed Larking.

—¡Levántese y siéntese en aquella otra silla!

Larking lo hizo así y Pete se colocó entre él y el fúsil. Pete se pasó el revólver a su mano izquierda y alargó la derecha al enmascarado.

—Quítese el antifaz, Jim. Reconocí su voz. Pero antes ya lo había adivinado todo. Vi la marca grabada en el mango de aquella navaja.

Jim Carey, primitivo dueño de la hacienda de Larking, se arrancó del pálido rostro el antifaz y logró sonreír al estrechar la mano de Pete Rice.

—Ya sabía yo que te sorprenderías al verme vivo, querido Pete —murmuró.

—Mi sorpresa fue al pie del Pompano, Jim —contestó Pete—. Entonces me dieron ganas de bailar de alegría. Todo se me pareció completamente aclarado. Recordé su figura y ella me explicó la extraña conducta de Tod. ¿Cuándo le vio a usted por primera vez el chiquillo?

—Fue anoche, Pete. Yo estaba rondando por aquí. Quería verme con este miserable a solas. Pero no acababa de presentarse la ocasión. Salió entonces Tod para dirigirse al granero y me acerqué a él, quitado el antifaz para que me viera. Tuvimos una explicación... Le hice que cogiera su caballo y fuimos a escondernos entre aquel grupo de árboles donde me encontraste.

Pete apuntó un dedo hacia Jed Larking.

—Larking, le detengo a usted como responsable de los asesinatos que han ensangrentado este Valle. Todo está aclarado. Usted mató

también a Galt “Dinamita”. Es inútil que lo niegue. Lo colgarán de todos modos.

—Yo no estoy tan seguro —replicó Larking. Había en su rostro una sonrisa extraña y amenazadora—. Es cierto que maté a Galt—confesó tranquilamente—. Pero no para traicionarle, como usted cree. Galt era Gila Kid y tuve que ajustarle una cuenta. Cuando Jim Carey se me presentó aquí anoche con su antifaz verde, yo, naturalmente, lo tomé por Galt. Me figuré que había venido a matarme... y que había desistido de hacerlo ante la repentina aparición de Booneford en la casa.

“Por eso, cuando usted y sus hombres partieron a seguirle la pista, yo me deshice de Tod dejándole ir con ustedes y corrí a la choza de Galt. Llevaba el propósito de matarle antes de que hiciera el menor movimiento y vacié en él todo un cargador en cuanto me abrió la puerta. Me hubiera él matado a mí si tardo más.

El ranchero puso en su vez un tono suplicante.

—Ahora, muchachos, tened compasión. Sé que no me he portado bien con Jim. Y sé que usted es honrado, Pete Rice. Pero...

Pete iba a interrumpirle, pero Larking alzó la voz y continuó:

—¡Nada más que un momento! Déjeme terminar antes de que venga alguien. Galt ha muerto. Él es el único que sabía lo que yo sé. Vosotros podréis odiarme y pensar de mí lo que queráis. ¡Pero no seáis tontos! ¡Si muero, desaparecerá conmigo una fortuna! Me llevaré el secreto a la tumba. Y como dicen que cada hombre tiene su precio...

Pete levantó el puño para cerrar la sobornadora boca del ranchero; pero le venció la compasión al contemplar el ya maltrecho rostro de Larking.

—Estás perdiendo el tiempo, Larking —replicó—. Sí, dicen que cada hombre tiene su precio. Pero cuando un hombre se vende, el precio que pide es siempre demasiado elevado. Una ínfima moneda de cobre vale mucho más que él.

Se aproximó a la ventana y silbó. Teeny Butler y Hicks “Miserias” surgieron de entre los hierbajos y saltaron a la habitación.

—Muchachos —dijo Pete a sus comisarios—, tenéis derecho a intervenir en lo que estamos tratando. Larking es el miserable que sembraba el terror en el Valle de Agua Fría. —Y añadió señalando a

Jim Carey:— Vosotros no conocéis a este hombre tan bien como yo, pero es posible que le hayáis visto una o dos veces. ¿Sabéis quién es?

Jim Carey sonrió a los comisarios. Los trabajos y las privaciones le habían cambiado mucho, pero, de repente, “Miserias” lanzó un estridente silbido y le tendió la mano.

—¡Recoyotes! ¡Yo nunca olvido un rostro que he afeitado! Hace tres años le corté el pelo y le afeité a usted en la Quebrada. ¡Usted es Jim Carey!

—Acertó usted, Hicks —dijo Carey, estrechando las manos de Hicks “Miserias” y Teeny Butler, a quien nunca había visto antes.

—Muchachos —dijo con voz insegura—, hubo un tiempo en que yo llamaba a Larking mi amigo. Hubiera sido mejor poner mi afecto en una culebra. Hace unos quince meses Larking y yo salimos a cazar en los Pompanos. Larking me disparó un tiro... me disparó deliberadamente y por la espalda.

Jim miró a Larking, que bajó la mirada.

—Cuando recobré el conocimiento me enteré de que luchaba con la fiebre desde hacía varias semanas. Deliraba aún casi constantemente. Los indios que me cuidaban me dijeron que me habían encontrado en el fondo de una barranca, donde Larking me había arrojado creyéndome muerto.

Miró de nuevo a Larking y continuó:

—Me encontraba débil como un gato. Estuve privado de la memoria durante más de un mes.

Jim Carey siguió explicando que, pasados algunos meses, había vuelto al Valle una noche. Sólo entonces pudo convencerse de la perfidia de Larking. El miserable había hecho registrar su muerte como “accidental” y se había casado con la señora Carey.

—La noticia casi me hizo enloquecer prosiguió. —Yo no censuraba a María. Sabía que era una mujer buena, que se había dejado atrapar en la red tendida por este criminal. ¿Qué sabía de engaños aquel ser tan ingenuo y tan sencillo?

—Tiene usted razón, Jim —se apresuró a decir Pete—. La señora Carey no fue infiel a su memoria casándose al poco tiempo de su supuesta muerte. Puedo asegurárselo. Aceptó a Larking porque le creía su mejor amigo y, como tal, el único hombre que podía salvar su hacienda. Le parecía, además, que Larking poseía el carácter más

apropiado para ejercer una beneficosa influencia sobre Tod. Pero, ahora que lo nombro, ¿dónde está el muchacho?

—Vendrá enseguida —dijo Jim con cierto disimulo—. Sí, yo nunca perdí mi fe en María. Estaba en su lecho de muerte cuando yo regresé. Supongo que moriría con el pesar de tener que dejar a su hijo en manos de un miserable.

—¿Pero por qué volvió usted a marcharse? ¿Por qué no vino a ver a María? —preguntó Pete.

—Debiera haberlo hecho así —confesó Carey—. Pero María era muy sensible. Y, además, muy orgullosa. Era una Todhunter. Si llegara a saber que se había casado estando yo vivo, se hubiera muerto de vergüenza. Y pensé que como mejor podía demostrarle mi cariño era desapareciendo, ya que estaba hecho todo el daño.

Se quebró su voz. Volvió la cabeza para ocultar las lágrimas. Pete le apoyó una mano en el hombro.

—Quizá fue lo mejor que pudo usted hacer, Jim —dijo dulcemente.

—Ese era mi consuelo —sollozó Carey—. Pero cuando Mary murió, volví y me oculté en este país. Mi guarida era la cueva donde tú encontraste la navaja.

Pete le interrumpió para explicar el detalle a sus comisarios.

—Cuando yo era peón de la hacienda “Rockin R.” Jim era capataz. Él me enseñó a montar y a lanzar el lazo. Yo le estaba muy agradecido, y en cierta ocasión le regalé esa navaja. Hoy la reconocí. Sabía que no podía ser otra. Y eso me dio la clave.

Pete Rice se sentía todavía intrigado. Desconocía aún los motivos que habían impulsado a Larking a aterrorizar a los habitantes del Valle.

—Cuidad de Larking un minuto —ordenó a sus comisarios—. Jim, salga usted conmigo un momento.

Carey siguió al *sheriff* a la habitación inmediata.

—Jim, ¿conoce usted el juego de Larking? —preguntó Pete en voz baja.

—No —confesó Carey—. Esa es otra de las razones que me inducían a seguir escondido. Quería descubrir lo que tramaba. Pero nada he podido averiguar. ¿Para qué querría esta árida faja de tierra?

—Yo le acusaré de lo que sé —dijo Pete—. Quizá entonces se

figure que lo hemos descubierto todo y escupa el secreto.

Pete y Carey volvieron a la primera habitación.

—Larking —dijo Pete—, estamos más enterados de tus andanzas de lo que usted se figura. Usted y Galt y el hombre del cuello largo, que mataron ustedes, asaltaron el tren de Agua Fría. Usted llevaba bajo su antifaz una barba postiza. De este modo, si alguno de los empleados del tren vivía para contarlos, como en efecto sucedió, buscaríamos a un hombre barbudo en lugar de a un barbilampiño como usted. ¿Acierto?

—Como el mismísimo demonio, *sheriff* —contestó Larking, deslizando una furtiva mirada al reloj.

—Después, usted y Galt quemaron las valijas que contenían las solicitudes de registro de los mineros. Sabían ustedes que el tiempo límite era el día uno del mes, y que los mineros no tendrían tiempo de enviar nuevas solicitudes. Necesitaban ustedes expulsarlos del Valle.

Larking no dijo nada, y Pete continuó:

—Usted y Galt trabajaron mano a mano para apoderarse de estas tierras. Hicieron creer que se odiaban mutuamente; pero estaban de acuerdo para sembrar el terror. Lo ensayaron todo. Llevaron ustedes el cuerpo del vagabundo que Pock Drake arrojó del tren y lo colgaron de un árbol de esta misma hacienda, poniéndole aquel letrero firmado por Gila Kid. Y todo con el mismo objeto.

—Ya veo que sabe usted mucho —confesó Larking con indiferencia—. Yo podría contar el resto.

A Pete le dio un vuelco el corazón. Creía que, al fin, había logrado inducir a Larking a revelar el secreto del Valle de Agua Fría. Larking contó calmamente que, a fin de asaltar el tren con más seguridad, había enviado a su hijastro Tod a la Quebrada del Buitre con el pretexto de regalar a Pete el caballo “Medianoche”. Confesó también que había matado a puñaladas al empleado de correos, y había colocado el cadáver de Zeke, antiguo miembro de la banda de Galt, para despistar a Rice y a sus comisarios cuando realizasen cerca de los mineros la gestión que él había sugerido.

Él no podía aparecer inmune a las depredaciones de Gila Kid, y por eso había convenido con Galt el prender fuego a su granero. Este era muy pequeño, y las pérdidas fueron insignificantes. Después había discurrido con Galt el que el pistolero desafiara a

Trant Rowland. El malhechor llevaba todas las de ganar, y les habría librado de uno de los más testarudos rancheros de la región.

También había llegado a preocuparles Pete Rice. Unos individuos pagados, tenían la misión de espíarle en la Quebrada del Buitre, y hasta de quitarle de en medio. El hombre que había sustituido las balas de los revólveres de Pete era uno de esos espías. Y el otro, el que provocó a Pete.

Larking confesó también haber fingido un afecto que no sentía por Tod, su hijastro. Era su tutor oficial, y tenía la esperanza de dominar al joven en provecho propio o hacerlo desaparecer para heredarlo. Lo confesaba todo... excepto una cosa. Y el ranchero se echó a reír.

—Usted es listo, Pete, no hay que negarlo, —terminó diciendo—. Sabe usted muchas cosas de mí. Pero hay una que no puede usted saber. Es la que me impulsaba a ahuyentar la gente de aquí para comprar después sus tierras a bajo precio.

—Explíquese —dijo Pete con cierta avidez.

—Con una condición. Somos cinco en este cuarto. Se ventila una fortuna. Hace unos minutos podríamos habérmola repartido en tres partes iguales. Pero, aun contando con sus comisarios, podríamos tocar a muchísimo dinero.

Hicks “Miserias” lanzó un bufido, pero Larking continuó diciendo:

—Piénselo, Hicks. En lugar de afeitar a los otros, serán los otros que le afeiten a usted. Y en cuanto a Butler, podrá volver a Texas y comprar el mayor rancho de aquel Estado. —Hizo una pausa y añadió, dirigiéndose a Jim:— Aunque me odies, reflexiona en lo que esto significará para tu hijo Tod. Se hará independiente, rico...

—¡No sé cómo me contengo! —le interrumpió Carey—. Aunque se tratase de un billón de dólares no me asociaría con un reptil como...

¡Bang! Sonó una detonación allá afuera. La lámpara voló hecha pedazos. La habitación quedó a oscuras. Pete se lanzó a la ventana seguido de Carey y los comisarios. Las bocas de sus pistolas empezaron a escupir llamaradas.

Por la corralada del rancho se agitaban unas sombras. Se trataba indudablemente de los pistoleros que Larking esperaba, pues el *sheriff* había observado que procuraba alargar el relato y miraba al

reloj de vez en cuando.

Dos de los malhechores cayeron atravesados por el plomo de la Ley. El resto empezó a replegarse hacia el granero quemado. No esperaban, por lo visto, tan calurosa acogida.

Pero otros dos revólveres empezaron a disparar por la parte del granero... y los disparos iban dirigidos a los bandidos, no partían de ellos. Pete comprendió que uno de los revólveres pertenecía a Larry Keeler, que había acudido atraído por el tiroteo. Pero sólo cuando los malhechores se rindieron pudo averiguar quien era el dueño de la otra arma. ¡Se trataba del joven Tod Carey!

Entretanto, Larking había escapado de la habitación tan repentinamente sumida en las tinieblas. Pete escuchó, esperando oír el galope de un caballo. No oyó nada. Pero sobre un pequeño montículo, unos centenares de metros más allá, descubrió una figura que corría a la luz de la luna. El *sheriff* echó a correr tras el fugitivo. Sus largas piernas cubrían el terreno en gigantescas zancadas.

El fugitivo era Larking, a juzgar por su carrera vacilante. El rancharo distaba mucho de encontrarse en condiciones para tal esfuerzo. Pete vio que el homicida penetraba en un pequeño cobertizo a orillas de un arroyo. Quizá se propusiera recoger algún arma oculta allí y hacer resistencia. No obstante, Pete siguió avanzando.

Estaba ya casi en lo alto del montículo, cuando reapareció Larking en la puerta del cobertizo. Llevaba en la mano un puñado de cartuchos de dinamita. Pete observó con espanto las chisporroteantes mechas unidas a cada uno de ellos.

Rió Larking demoníacamente.

—¡Voy a burlar la ley! —gritó—. ¡Voy a volarme a mí mismo! ¡Y a ti también, Rice, si te acercas! ¡Me llevaré mi secreto!

Pete empuñó instantáneamente su Colt. ¡Bang! Disparó a la mano de Larking. Vio que el criminal dejaba caer los cartuchos de dinamita, los vio hundirse en el profundo arroyo mientras Larking saltaba de dolor sobre la orilla.

¡¡¡BUUU-UUUUM!!!

La detonación fue ensordecedora. Todos los cartuchos explotaron al mismo tiempo. Pete se sintió levantado en vilo mientras la tierra retumbaba y se estremecía. Un terremoto no

habría sido más violento y aparatoso.

El cerebro de Pete funcionaba todavía. Mientras llovían rocas y barro a su alrededor, continuaba atisbando, medio ciego, por entre la terrible cortina de Larking antes de que el asesino pudiera volver al cobertizo para coger más dinamita. Quería salvar a Larking para entregárselo a la ley.

Y sucedió entonces como un milagro ante los asombrados ojos de *Pistol* Pete Rice. ¡De las profundidades del arroyo surgió como un inmenso surtidor de espejeante agua!

La columna líquida alcanzó a Larking, que, loco de dolor, continuaba sobre la orilla, y lo derribó. Otra maravillosa cascada pareció alargar su brazo para coger al homicida y lo arrastró al arroyo convertido ahora en un torrente enfurecido y espumeante.

La columna de agua fue elevándose, ensanchándose. Inundaba ya las orillas del arroyo y se precipitaba como líquido alud colina abajo.

—¡Agua! —exclamó Pete—. ¡Toneladas y toneladas de agua! ¡Océanos de ella! ¡Aquí, en el árido Valle de Agua Fría! ¡Qué inmenso, qué deslumbrante Tesoro!

¡Aquel era el secreto de Jed Larking... sacado involuntariamente a la luz por su propia mano! ¡Por debajo del Valle había un lago que no tardaría en convertir en un vergel el desierto!

¡Pete Rice había triunfado otra vez y había descubierto el secreto del Valle!

FIN